



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

POLI FO NÍAS

historia

INSTITUTO DE HISTORIA
Pontificia Universidad Católica de Chile



Polifonías es un tercer volumen de Revista Historia que aquí inauguramos. Nace de la intención de participar de lo que se está postulando y experimentando en lo que deviene llamarse Ciencia Pública. Revista Historia ha ido crecientemente implementando las prácticas que la llamada Ciencia Pública propone y dispone para facilitar el acceso al conocimiento. Participamos activamente de esta posibilidad de socializar y, por tanto, de democratizar la ciencia y el conocimiento.

Esta accesibilidad es un requerimiento mínimo, deseable y necesario. De este modo, queremos robustecer y ampliar la definición y alcance de lo público y hacerlo extensible a las preguntas, formatos y actores que pensamos deben participar en un diálogo polifónico acerca de los problemas que interesan e importan a nuestras sociedades. A través del diálogo entre diversos actores -un diálogo articulado con múltiples voces- *Polifonías* activa las relaciones entre diversos académicos, profesionales y estudiantes de Historia y otras disciplinas, para abordar problemáticas de nuestro mundo contemporáneo. Lo hacemos con una profundidad temporal e invitando a conversar a todos aquellos que comparten la convicción de que, a través del conocimiento y el diálogo, podemos aportar en la construcción de una sociedad más pluralista, cohesionada y libre.

Invitamos a nuestros lectores a leer este nuevo volumen que hemos dedicado a la Historia Pública en el contexto de los Cincuenta Años del Golpe de Estado en Chile. Las reflexiones en torno a las definiciones y acciones de los historiadores e historiadoras de orientación pública en sociedades que han experimentado un pasado traumático, están contenidas en una entrevista, una conferencia, una mesa redonda, un ensayo y los trabajos de estudiantes de un curso de Historia Pública de la licenciatura en historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Las editoras invitadas a pensar y coordinar este volumen -Macarena Ponce de León y Daniela Serra- interpretaron perfectamente lo que queríamos lograr en esta primera versión de *Polifonías* y con su profesionalismo, experticia y capacidad de liderazgo, cosntruyeron el volumen que aquí presentamos.

Esperamos que Polifonías llegue a muchas personas. Esto depende de nosotras pero también de ustedes, lectores y lectoras, que esperamos compartan este volumen con muchas personas.

Olaya Sanfuentes

Editora General Revista Historia

Introducción. <i>Macarena Ponce de Leon y Daniela Serra</i>	3
Sobre el juicio de la historia. <i>Joan W. Scott</i>	10
Una conversación sobre la Historia Pública. <i>Diálogo entre Joan W. Scott y Rafael Sagredo</i>	19
Historia en acción. Experiencias de hacer pública la historia	
<i>a. Nancy Nicholls, Chile</i>	27
<i>b. Catalina Muñoz, Colombia</i>	40
<i>c. Noor Nieftagodien, Sudáfrica</i>	59
Formación y prácticas de la Historia Pública en el Instituto de Historia UC	
<i>a. Publicación digital: “Los derechos humanos son una invencción, muy sabia, de los marxistas”. El Archivo de la Vicaría de la Solidaridad y su rol hoy: Pilar Quintana y Paula Smith. Profesores: Rodrigo Sandoval y María José Vial.</i>	72
<i>b. Exhibición virtual: “Vale más que mil palabras”: el muralismo en la población La Bandera en tiempos de dictadura (1973- 1989): Bernardita Bascuñán y Josefina Rossi. Profesor: Rodrigo Mayorga.</i>	73
<i>c. Documental: Aún en 3 y 4 Álamos: Samuel Ávila, Dayenus Pino, Francisco Valderrama. Profesor: Javier Correa.</i>	74
<i>d. Documental: Ninguno está olvidado: Vicente Gómez, Carmina Gutiérrez y Daniela Pizarro. Profesor: Javier Correa.</i>	75
Campeón del mundo en las políticas del pasado y de memoria. <i>Stephan Ruderer</i>	76

Introducción

Macarena Ponce de León y Daniela Serra

1 ¿Por qué Historia Pública? ¿No basta con decir que la Historia es una disciplina que produce conocimiento y que su vocación es la divulgación de sus resultados? Desde hace varias décadas, esto ya no es suficiente. Tanto así que, durante la década de 1970, cuando la crítica a las jerarquías alcanzó la producción del conocimiento histórico, la autoridad disciplinaria de la profesión se vio profundamente cuestionada. Al mismo tiempo, muchos historiadores e historiadoras empezaron a tomar contacto con otras disciplinas en espacios diferentes a la academia —como museos, archivos, empresas culturales, canales de televisión, radio, teatro, entre otros— para crear, recrear y usar la historia con el fin de acercarse a públicos más amplios y producir conocimiento con ellos y para ellos. Fue esta ampliación hacia otros contextos, el contacto con nuevas audiencias, y la colaboración con las necesidades de conocimiento expresadas por comunidades específicas, lo

que aportó a la elaboración de historias en entornos situados —espacial y temporalmente—. Esto introdujo cambios en la perspectiva pública de la Historia, así como el reconocimiento de que tanto los expertos, como cada persona, pueden aportar a este proceso con sus conocimientos y experiencias. Esta toma de contacto entre los circuitos de conocimiento académicos y públicos hizo que, para algunos, la Historia Pública se definiera, en primer lugar, por la producción de conocimiento histórico fuera de la academia, en espacios que involucraban a públicos y comunidades diversas, las que también elaboraban sus propias historias, y se vinculaban a los procesos investigativos, educativos, de mediación y divulgación. Aceptar estas premisas respondía, en parte, al sentido de este “nuevo” carácter “público” de una disciplina que, como se ha dicho, es intrínsecamente pública. Sin embargo, no lo resuelve, sobre todo en sociedades contemporáneas cada vez más diversas y ávidas



Macarena Ponce de León

Directora del Museo Histórico Nacional de Chile y profesora asistente del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.
Correo electrónico: mponcede@uc.cl



Daniela Serra

Jefa del Departamento de Estudios y Educación Patrimonial de la Subsecretaría del Patrimonio Cultural, Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio y profesora del Instituto de Historia y del Centro del Patrimonio Cultural, ambos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: mda-nielaserra@gmail.com

de conocimientos históricos, donde incluso hay muchas comunidades que llevan tiempo elaborando sus propias historias de manera independiente del conocimiento experto, usando metodologías y formatos más allá del texto escrito para conectarse con sus audiencias. La televisión, la radio, el teatro, y últimamente los medios digitales, han revolucionado los circuitos de la comunicación masiva de la historia y han amplificado el alcance, diversidad e impacto de las narrativas históricas sobre el pasado. Esto ha impulsado cada vez más a diferentes profesionales de la historia a ir más allá del libro, el artículo y el seminario académico para vincularse con audiencias más amplias en todas las fases de la producción y difusión del conocimiento. Reconocer y visibilizar esta condición y potencial de la historia, como apunta Denise Meringolo, resulta fundamental y co-mulga con la idea de que la Historia Pública no debe entenderse como un campo únicamente arraigado en la disciplina formal de la historia, sino también como un espacio ampliamente interdisciplinario e inclusivo, tanto del conocimiento formal como del conocimiento adquirido a través de la experiencia directa¹. De hecho, la propia historia de la Historia Pública da cuenta que ésta es anterior a su delimitación como ámbito disciplinar emparentado con la historia y su desarrollo desde la propia academia, a través de la creación de programas de formación, siendo el primero de ellos el instaurado en 1976 en la Universidad de

¹ Denise D. Meringolo, "Social Justice and Public History. The Networks, Goals, and Practices That Shaped Our Noble Dream", en *Radical Roots: Public History and a Tradition of Social Justice Activism*, Massachusetts, Amherst College Press, 2021, p. 2.

California en Estados Unidos². Previo a esta formalización y conceptualización como tal, ya existían "historiadores públicos" (aunque muchos de ellos no se concebían a sí mismos como tales, e incluso no lo hacen en la actualidad) en espacios de divulgación fuera de la academia, quienes aprendieron a usar formatos de amplio alcance y tomaron prestadas metodologías y enfoques de otros campos disciplinares para construir conocimientos sobre el pasado de manera compartida, lo que ha hecho complejo llegar a una definición consensuada de Historia Pública como disciplina. Incluso más, podría decirse que hay quienes dudan que sea una disciplina en sí misma. En los últimos años, el debate sobre el potencial de la Historia Pública en tanto campo disciplinar que trabaja con y para públicos no académicos se ha amplificado, y tomado nuevas connotaciones en sociedades con pasados traumáticos recientes, especialmente en cuanto al creciente protagonismo de las comunidades y las personas en la producción de conocimiento, reviviendo cuestiones que no cuentan con una respuesta unívoca. Por una parte, sobre quién tiene la autoridad de construir historias: ¿los y las historiadores? ¿ellas y ellos en conjunto con los grupos interesados o protagonistas de dichas historias? También respecto a cuál es la legitimidad del conocimiento y sus objetivos: ¿para quiénes se estudia el pasado? ¿Cómo dilucidar en qué formas opera el pasado en el presente para esas personas o comunidades? Incluso sobre los límites y posibilidades del oficio del historiador: ¿cómo

² Daniela Torres-Ayala, "Historia pública. Una apuesta para pensar y repensar el quehacer histórico", en *Historia y Sociedad*, No 38, 2020, Medellín, pp. 239-238.

se interactúa con otras disciplinas? ¿cómo se usan nuevas metodologías y formatos para trabajar o alcanzar más y nuevas audiencias?

2 En 2020 el Informe de Satisfacción Global con la Democracia, dio cuenta que en los últimos años se han registrado los índices más altos de insatisfacción respecto a la democracia como sistema de gobierno y forma de convivencia social³. “Democracias de baja intensidad”, también se le ha llamado a este fenómeno de continua desafección de la población a los valores y prácticas democráticas, sobre todo entre jóvenes de 18 y 25 años, para quienes éstas son consideradas como algo dado⁴. Tal como refleja el último informe elaborado por *Idea International* (Institute of Democracy and Electoral Assistance), signos de este debilitamiento en las Américas son la baja participación electoral, la crítica a las instituciones -entre ellas el Estado-, la persistencia de populismos, el alza de la desconfianza y la sensación de inseguridad⁵. En Chile, la cuestión respecto de la valoración de la democracia ha adquirido mayor resonancia en 2023, producto de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado ocurrido en septiembre de 1973. Esta coyuntura ha revita-

³ Foa, R.S., Kalssen, A., Slade, M., Rand, A. y R. Williams, *The Global Satisfaction with Democracy Report 2020*, Cambridge, United Kingdom, Center for the Future of Democracy, 2020.

⁴ Olga Forero Forero, “Democracias de baja intensidad”, en *Revista Opera*, No 3, 2003, pp. 19-40.

⁵ Según el Informe, tres de cada siete democracias en retroceso se encuentran en las Américas, lo que apunta a instituciones debilitadas incluso en democracias de larga data. *The Global State of Democracy 2023. The New Checks and Balances*, International IDEA, Stockholm, 2023. Disponible en: <https://www.idea.int/gsod/2023/> [fecha de consulta: 2 de noviembre 2023].

lizado viejos debates del norte global sostenidos con motivo de la expansión del campo de la Historia Pública, y que hoy adquieren nuevas y complejas dimensiones en el sur global, cuyas sociedades han estado marcadas por historias de violencia y desigualdad, quiebres democráticos e instauración de regímenes autoritarios, procesos de reconciliación y memoria, el auge de movimientos sociales, entre otros aspectos. Abrir un espacio de diálogo entre historiadores e historiadoras, estudiantes universitarios de programas de Licenciatura en Historia, futuros profesionales y audiencias interesadas en el rol y agencia de la historia en el presente, motivó a centrar la inauguración de **Polifonías**, una nueva sección de la *Revista Historia* del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en la Historia Pública, en cuanto perspectiva metodológica, epistemológica y política. De esta forma, entre el 21 y 23 de marzo de 2023 se realizó el encuentro “Historia en acción. Diálogos para el futuro”, con el objetivo de compartir experiencias, trayectorias y proyecciones respecto a la Historia Pública, entendiendo que el conocimiento sobre el pasado y la vinculación de este oficio con las comunidades en el presente puede contribuir a mejorar la experiencia democrática y aportar a la construcción de justicia social. Esta actividad contó con la participación de dos intelectuales de renombre como Joan W. Scott, académica norteamericana cuyo trabajo integra la historia, la filosofía y la teoría de género, y Rafael Sagredo, profesor, historiador y Premio Nacional de Historia de Chile 2022, quienes no necesariamente se reconocen como historiadores públicos, pero cuyas obras y trayectorias los acercan a los

problemas teóricos y prácticos de la Historia Pública en Chile y en el mundo. Junto a ellos, tuvo lugar un diálogo entre las historiadoras Nancy Nicholls de Chile y Catalina Muñoz de Colombia, junto al historiador Noor Nief-tagodien de Sudáfrica, cuyas experiencias los sitúan en el campo de la Historia Pública. Además, participaron de este encuentro tres grupos de estudiantes de la carrera de Licenciatura de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, exponiendo sus experiencias formativas en la producción de proyectos vinculados a la conmemoración del golpe de Estado en Chile. Es importante relevar su incorporación al debate sobre la pertinencia de la Historia Pública, porque el lugar de la disciplina y su aporte al conocimiento histórico descansa en la formación de especialistas en nuevas metodologías, muchas de ellas interdisciplinarias y participativas, cuya enseñanza es relativamente reciente, pero de gran impacto en los últimos años. En Chile, en particular, existe una creciente necesidad por reconocer los aportes de la Historia Pública, en medio de un interesante debate epistemológico sobre la disciplina al interior de los claustros académicos y la reciente creación de programas de formación que abran posibilidades profesionales a los estudiantes de historia. Como respuesta a este proceso, en 2024 la Pontificia Universidad Católica de Chile dará inicio al primer programa de magister de Historia Pública en el país. Al respecto, es importante notar que los programas académicos sobre Historia Pública existentes en diversos países contienen ideas aplicadas y modificadas de acuerdo al contexto nacional, local y universitario de cada país. Esto,

considerando el ineludible carácter situado que tiene la Historia Pública. En nuestro país, por ejemplo, existe una larga experiencia en proyectos de memoria histórica e historia local a partir de la década de 1970 y 1980, en ámbitos demandados por la ciudadanía, como la justicia social, los movimientos sociales, los procesos de construcción de memoria, ciudadanía, derechos humanos, entre otros aspectos.

3 Compartiendo el principio de algunos historiadores públicos para quienes producir historias debe ser un quehacer ampliamente relevante, valdría la pena detenerse y revisar cómo han sido las trayectorias de la Historia Pública en países del sur global, como Colombia, Sudáfrica y Chile. En el caso colombiano, la contribución de Catalina Muñoz, historiadora de la Universidad de los Andes, con Maestría y Doctorado en historia de la Universidad de Pennsylvania y profesora asociada del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad de los Andes de Colombia, se concentra, aunque no únicamente, en el contexto de los procesos de paz del gobierno colombiano con la guerrilla de la FARC desde 2016, y los usos públicos de la historia. En ese momento, fundó junto a otras historiadoras y estudiantes el proyecto *Historias de lo que viene*, especialmente para aportar a través de la historia a la construcción de la paz colombiana. Su trabajo releva la historia y las narrativas como instrumentos poderosos para generar diálogo y evidenciar las causas estructurales del conflicto ante un público amplio y variado. En el caso de Sudáfrica, el historiador Noor Nieftagodien nos muestra la trayectoria que existe en dicho país en cuanto a la vincula-

ción entre el activismo, la historia y diferentes movimientos de lucha. Como profesor de la cátedra sobre Historias Locales, Realidades Presentes en la Universidad de Witwatersrand en Johannesburgo, y como director del Taller de Historia, Nieftagodien evidencia la importancia de la historia local como un elemento de articulación de las luchas populares insurgentes contra el *apartheid*. Actualmente está investigando la historia del Congreso de Estudiantes Sudafricanos, organización estudiantil líder en las luchas contra el *apartheid* y encabeza la iniciativa de Historia Pública, Proyecto de Historia y Archivos de Soweto. En cuanto a Chile, contribuye Nancy Nicholls, historiadora de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Doctora en Sociología de la Universidad de Essex de Gran Bretaña y profesora del Instituto de Historia de la Universidad Católica. Nicholls se ha especializado en las temáticas de historia y memoria, e historia del tiempo presente, utilizando entre otras, la metodología de la historia oral. El enfoque multidisciplinario ha guiado parte de las investigaciones que realiza, haciendo confluír en el análisis de las problemáticas históricas del tiempo presente, los enfoques y herramientas provenientes de la historiografía, pero también de la antropología, el teatro, el cine y la literatura.

4 Desde los años 80, la reactivación del debate sobre los desafíos de la historia pública ha cuestionado la función y utilidad del saber histórico y, como corolario, su legitimidad: ¿Para qué la historia? ¿Para quiénes?⁶. Las respuestas han

sido del orden disciplinario y también político. En el primer caso, se apunta a dar cuenta de los principios o del método por el cual el saber histórico prueba su legitimidad teórica, en lo cual existe un cierto acuerdo disciplinario fundado en el oficio de los archivos, y la búsqueda de estándares de coherencia e inteligibilidad. En el segundo, se interroga a la Historia por las funciones que desempeña el saber más allá del conocimiento, al constatar que toda interpretación del pasado persigue un fin en sí mismo y forma parte, además, de la cadena de ideas, creencias y prácticas sobre las formas en que concebimos el presente y el futuro. Según Catalina Muñoz, se debe reconocer el carácter político de la práctica histórica, toda vez que el historiador es sujeto y objeto de su tiempo y contexto. El error es creer que la historia solo debe aportar datos sin interpretaciones que les den sentido, en honor a la neutralidad. En medio de este debate, las recientes investigaciones de Joan Scott han constatado que en momentos de crisis y conflicto, la relación entre ambas líneas, los principios y las funciones de la Historia, se tensionan cuando la opinión pública intensifica su escrutinio sobre el pasado y las y los historiadores “se sienten llamados a justificar sus estándares, lo que no es siempre una tarea fácil”⁷. El encuentro de **Polifonías** aportó en generar un diálogo “situado” a partir de las experiencias de sociedades marcadas por pasados traumáticos como Chile, Colombia y Sudáfrica, insta-

glo XXI Editores, 1980 y su reinterpretación actual Alfredo Ávila [et al.], *Ecos de Historia. ¿para qué?*, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 2023.

7 Joan Scot, “¿Después de la Historia?”, en *Rey desnudo, Revista de Libros*, Año II, No 4, Otoño 2014, pp. 6-30.

⁶ Carlos Pereyra [et al.], *¿Para qué la Historia?*, México DF., Si-

lando la pregunta por los desafíos de la Historia y de la Historia Pública, en particular, en la coyuntura de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado en Chile. El momento parecía propicio, pues en las décadas previas de conmemoraciones de dicho conflicto –los 10, 20, 30 o 40 años– el debate político se exagera al volver a constatarse la existencia de una clara división en cómo se recuerdan los hechos del pasado. A esta arista, se suma la legitimidad que desde los años 80 han adquirido los estudios de memoria y sus metodologías participativas, así como también las prácticas de Historia Pública ligadas al activismo y la justicia social, instalándose, ambos, como nuevos campos de acción social y de investigación. Las conmemoraciones, entendidas como “estallidos de memoria”, hacen de los recuerdos de los enfrentamientos y de los crímenes pasados no solo una forma de rememorar, de no olvidar, sino que también movilizan a la sociedad civil, al Estado y a las personas para que las memorias de dolor y de violencia contribuyan a la paz social y a mejorar el presente y futuro de nuestra experiencia democrática y la paz social⁸. Parte de la tensión mencionada sobre las funciones de la Historia, más allá del conocimiento, remite a que muchas veces esa memoria se transforma en una amenaza contra los equilibrios alcanzados después del trauma. Elizabeth Jelin, intelectual y académica argentina experta en temas de memoria, propone que en momentos conmemorativos, no solo se agudiza el debate sobre el sentido de la memoria, sino que se tensiona al enfrentar a quienes hacen de ella

⁸ Ver: Elizabeth Jelin, *La lucha por el pasado: como memoria social*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2019, pp. 263-285

el fundamento de verdad y de justicia necesario para la reparación de la democracia, con quienes hacen de esa misma memoria un dispositivo de tergiversación de los hechos, contrario al trabajo de la historia⁹. En efecto, durante la conmemoración de los 50 años del golpe, se ha develado con mayor fuerza que otros años la certeza respecto a que su significado sigue siendo objeto de disputa y de uso político en el presente, en parte, porque la consideración de cuáles recuerdos se convierten en memoria histórica o qué interpretación se legitima institucionalmente, es equívoca. No hay consenso, como también subyace la constatación de que aún sabemos muy poco sobre algunos pasajes ocurridos durante la dictadura y el tiempo se acaba para generar un diálogo con quienes protagonizaron los hechos. En 2023, el núcleo de este debate se puso en la persistencia de más de 1.000 casos de personas detenidas desaparecidas durante la dictadura de quienes aún no se cuenta con información sobre su paradero, y el compromiso del Estado chileno de hacerse cargo de la búsqueda a través del Plan Nacional de Búsqueda Verdad y Justicia¹⁰. En un escenario como este, aparece con fuerza la necesidad y oportunidad de elaborar narrativas de forma colectiva sobre el pasado, sobre todo entendiendo el rol cada vez más central que juegan las personas en la creación de interpretaciones del pasado con un sentido específico y/o significativo para ellas.

⁹ Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2002.

¹⁰ El presidente de Chile, Gabriel Boric Font, firmó el decreto que oficializa el Plan Nacional de Búsqueda, el 30 de agosto de 2023 en el marco del Día Internacional de las Víctimas de Desapariciones Forzadas.

Y en ello la Historia Pública tiene un potencial importante, ya que no construye conocimiento en laboratorios, sino que se desarrolla en el mundo real e involucra a comunidades con intereses y necesidades determinadas. Sin duda existen numerosos desafíos y cuestionamientos que juegan en contra de la co-producción de historias. Desde ya, el compromiso con prácticas participativas horizontales entre academia y comunidades, poniendo en disputa la cuestión sobre la autoridad del conocimiento y problematizando el compromiso de los historiadores con la justicia social. Junto a esto, la superación de prácticas investigativas extractivistas, como plantea el caso sudafricano, está en el eje del actual debate de la Historia Pública, al proponer que las metodologías participativas establezcan alianzas y determinen los intereses mutuos, tanto de los historiadores como de las comunidades, en los procesos de co-construcción de narrativas sobre el pasado. Este enfoque reconoce que las personas son actores en la creación e interpretación de sus propias historias, posición que se levanta como una necesidad para la paz social en sociedades marcadas por pasados traumáticos. Reconociendo lo anterior, quizás uno de los mayores desafíos actuales respecto a la Historia Pública, pero sobre todo de los historiadores públicos, es aportar a la construcción de justicia social, sin abandonar los métodos y consensos disciplinarios. Hacer que la historia entre en acción y tenga una incidencia en la construcción de un presente y futuro más justos.

CONFERENCIA

Sobre el juicio de la historia

Joan W. Scott

Conferencia de apertura dictada por la intelectual estadounidense Joan W. Scott centrándose en sus recientes reflexiones sobre el papel de la historia como parte constitutiva de la interpretación que se hace del pasado, a partir de la publicación de su reciente obra *Sobre el juicio de la historia* (Alianza, 2022). Esta actividad se realizó en el Museo Histórico Nacional de Chile, como una forma de iniciar este encuentro fuera de la academia y convocar a audiencias amplias, despertando un gran interés por parte de estudiantes y público general.

Sobre el juicio de la historia

Joan W. Scott

Mi charla de hoy consiste en cuatro partes: Primero, una explicación de cómo llegué a este tema. En segundo lugar, un resumen de los capítulos del libro. Tercero, algunas reflexiones sobre lo que significa escribir la historia sin creer en sus poderes, necesariamente, redentores. Y, en cuarto lugar, algunas reflexiones sobre la relación entre la historia que escribimos y sus usos públicos/políticos.

Durante los años del gobierno de Donald Trump en los Estados Unidos, me interesaban e impacientaban cada vez más las repetidas referencias al “juicio de la historia”. En ese contexto, me pareció que se invocaba a la historia como un correctivo, un consuelo para los tiempos oscuros. Entonces, el periodista Michael Luo, quien escribió en el *New Yorker* en 2019 sobre el escándalo de la política de

inmigración del presidente Trump, concluyó con una especie de advertencia: “Depende de [el entonces director de Seguridad Nacional, Ken] Cucinelli y otros en la Administración Trump y posibles facilitadores en el Partido Republicano, decidir cómo desean que la historia los juzgue, incluso mientras llevan un legado vergonzoso del cual la democracia estadounidense ha luchado por escapar”¹. Como si la “historia” fuera una fuerza independiente, que se mueve en una dirección necesariamente progresiva, una garantía de que de alguna manera el bien y la verdad prevalecerán al final. Probablemente no sea sorprendente que, en un momento de mayor tensión política y con el futuro de la democracia en juego, la “historia” adquiera un lugar destacado en nuestro discurso. De hecho, es un tema recurrente en los anales de la política. En mi libro cito, entre otras, la respuesta de Fidel Castro al tribunal que lo envió a prisión en 1953 (“La historia me absolverá”) y la cita de Martin Luther King sobre la creencia del abolicionista Theodore



Joan W. Scott es profesora emérita en la School of Social Science en la Institute for Advanced Study en Princeton, New Jersey. Es autora del ahora clásico “Género: una categoría útil para el análisis histórico”. Su libro más reciente es, *On the Judgment of History*, N.Y.: Columbia University Press, 2020.

¹ Michael Luo, “America’s Exclusionary Past and Present and the Judgment of History”, en *The New Yorker*, 17 de agosto de 2019. Disponible en: <https://www.newyorker.com/news/our-columnists/americas-exclusionary-past-and-present-and-the-judgment-of-history>

Parker de que “el arco del universo moral es largo, pero se inclina hacia la justicia”. La historia a la cual se refieren estas citas no es tanto la historia del pasado, sino más bien el relato que se dará de nuestro presente en el futuro. No es simplemente un relato desapasionado, sino un juicio moral sobre las acciones que nos rodean. Examine en mi libro esa visión de la historia, una reliquia, en muchos sentidos, de la creencia de los siglos XVIII y XIX en la dirección inevitablemente progresiva de la evolución. Mi propia reacción a la manifestación “Unite the Right” de Charlottesville, Virginia, en 2017, me tomó por sorpresa y me conmovió al hacerlo. Mientras observaba con horror y disgusto cómo los neonazis y los aspirantes al Klan marchaban para salvar su versión de la América blanca, mi primer pensamiento fue “¿qué pasó con el juicio de la historia?” ¿No habíamos llegado a un consenso sobre lo que ya no es políticamente aceptable? ¿No era “nunca más” la promesa de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial? Incluso cuando ese pensamiento me vino a la mente, supe, como historiadora entrenada que soy, que no hay un cierre para la historia, ni tampoco una sola historia que se pueda contar. De hecho, gran parte de mi trabajo se ha dedicado a desafiar las narrativas maestras que han enseñado las historias nacionales durante tanto tiempo. Entonces, ¿de dónde vino esta respuesta reflexiva? ¿Cuál fue la fuente de su poderosa influencia, no solo en el discurso popular, sino también en mí y en muchos de mis colegas? Creo que hay varias respuestas. Una de ellas tiene que ver con una convicción de certeza moral; otra con una necesidad de consuelo a largo, sino a corto, plazo; otra respuesta amalgama la

fe religiosa en un Dios justo con la creencia secular en el poder redentor de la razón humana (los historiadores se convierten en ejemplos de esta razón cuando están encargados de aclarar el registro oficial). También es una fantasía de venganza: “ellos” pueden escapar del castigo ahora, pero “ellos” sufrirán las consecuencias de sus acciones “al final”. Condenar a alguien al juicio de la historia es una amenaza, una maldición, una promesa de desgracia permanente, una predicción de condenación eterna.

Sin embargo, hay poca eficacia —política o moral— en esas palabras. Y, como he dicho, no reflejan en nada mis ideas sobre cómo se escribe la historia. Esas se acercan a la visión más cínica, o tal vez realista, expresada por el entonces fiscal general William Barr en respuesta a la pregunta de un periodista sobre la decisión del presidente de indultar al delincuente convicto Michael Flynn. “Cuando en el futuro la historia mire esta decisión”, preguntó, “¿cómo crees que se escribirá?” “La historia la escriben los ganadores”, respondió, “por lo que depende en gran medida de quién está escribiendo la historia”. Por mucho que deplore la política de Barr, sobre todo la forma en que socavó el estado de derecho y la separación constitucional de poderes, no estoy en desacuerdo con su evaluación (que, para aquellos fanáticos de la Escuela de Frankfurt, se parece mucho a Walter Benjamin). No hay una fuerza autónoma de la historia que inevitablemente se incline en la dirección de la justicia. La historia es lo que los historiadores deciden que es el significado del pasado. Y, como reconoce Barr, lo más frecuente es que prevalezca la “historia oficial”, la historia contada por los vencedores.

Si el juicio de la historia es emitido por los vencedores, entonces aquel sirve para legitimar su gobierno. Deja de lado los desafíos que han enfrentado y la violencia que pueden haber ejercido para prevalecer. Implica que no hay una alternativa factible al desarrollo de los eventos. De hecho, representa a estos eventos como inevitables. Si la creencia en su inevitabilidad justifica a los vencedores, también puede deprimir a quienes se opusieron a ellos, haciendo que sus luchas parezcan inútiles, ya que se imaginan que el resultado ha sido pre establecido. La idea de una dirección inevitablemente progresiva para la historia puede inspirarnos a actuar, obviamente, pero también puede disuadirnos. Si es una garantía que el futuro será mejor ¿por qué molestarse en apresurar su llegada entonces?

Mi respuesta a esa pregunta, que comparto con muchos historiadores, es que la acción humana hace la historia, y somos nosotros los historiadores los que decidimos lo que cuenta como esa historia. No hay garantías sobre lo que traerá el futuro, solo existe la determinación de cambiar o preservar las cosas y los conflictos entre los humanos y la dirección en que irán. Estos conflictos toman forma en contextos sociales, políticos, culturales y económicos específicos, justificados por la ideología, por preceptos éticos y morales, y por apelaciones a ideales aspiracionales como la igualdad y la justicia. No son solo los vencedores los que hacen historia, sino también aquellos que la desafían. El hecho del conflicto significa que la historia nunca se resuelve, siempre hay otra historia que escribir sobre lo que sucedió en el pasado y cómo llegamos al presente. La propia escritura de la historia profesional refleja los con-

flictos. Michel de Certeau lo expresa de esta manera: “En toda historia se puede encontrar un proceso de significado que siempre apunta a cumplir con el significado de la Historia”². Hay grandes diferencias entre nosotros sobre lo que cuenta como una representación justa y precisa del pasado. Hay quienes respaldan un relato esencialmente progresista, y quienes lo abordan de manera crítica, multiplicando las narrativas y los actores, escribiendo en términos de luchas de poder a menudo inconclusas, desafiando el historial auto-legitimador que los vencedores quieren establecer. (Yo creo que esta es la historia con que los historiadores públicos deben comprometerse mientras buscan formas no solo de educar a un presunto público, sino también de contribuir a las luchas políticas que desafían las cuentas del vencedor). Con este conocimiento de la escritura de la historia, replanteé mi pregunta inicial. En lugar de preguntar “¿qué pasó con el juicio de la historia?” Pregunté “¿qué función cumple la invocación del juicio de la historia ?”

II

Dado que la tarea que enfrenté originalmente era una serie de tres conferencias (las Ruth Benedict Lectures en Columbia University en la primavera de 2019), tomé tres casos como objetivo. Estos fueron el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg, Alemania, en 1946; la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR) de Sudáfrica en 1996; y los movimientos en curso durante siglos para establecer reparaciones por la esclavitud en los Estados Unidos.

² Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, Nueva York, Columbia University Press, 1999, p. 41.

En cada uno de estos casos, el papel del Estado como fuente principal del juicio de la historia está en juego. Existe una lógica similar que opera en dos de los casos (Nuremberg y la CVR) en los que un poder maligno (nazismo, *apartheid*) es llamado a la banca en nombre de sus víctimas por un poder estatal benevolente o un conjunto de poderes estatales benevolentes. Por el contrario, los movimientos de reparación rechazan esta lógica, cargando al estado-nación con la responsabilidad por sus repetidos fracasos en llevar justicia a los esclavizados y sus descendientes. En el caso de las reparaciones, los agentes del juicio de la historia no son los estados, sino los que han vivido la esclavitud y sus legados. Las reparaciones proporcionan un contraejemplo crítico a los dos primeros casos. En los tres casos, la raza es un tema central. En Nuremberg, la victoria en la guerra se equiparó con un juicio de la historia. El racismo nazi se distinguía de otras formas de nacionalismo que a menudo estaban en el corazón de la identidad del estado-nación. Los fiscales de Nuremberg distinguieron al estado nazi de sus contrapartes, al representarlo como un anacronismo bárbaro e incivilizado, presentando así a los aliados victoriosos como avatares del progreso de la historia y dejando de lado el tratamiento de sus propias minorías domésticas y súbditos coloniales. Ni los linchamientos en EE. UU., ni la violencia de los ejércitos imperiales franceses o británicos estaban en cuestión ante el tribunal militar, de hecho, fueron deliberadamente descartados. El fiscal principal, el juez asociado de la Corte Suprema de los Estados Unidos, Robert Jackson, declaró claramente que “se cree que la forma en que un gobierno trata a sus pro-

prios habitantes generalmente no es motivo de preocupación para otros gobiernos o para la sociedad internacional. Ciertamente, pocas opresiones o crueldades podrían lograr la intervención de potencias extranjeras”³. Aunque, continuó, el “propósito declarado de la acción nazi era la destrucción del pueblo judío en su conjunto...” también era “una preparación para la guerra, como una disciplina de los pueblos conquistados”⁴. Al final, fue la guerra agresiva y no el tratamiento de los judíos, el crimen nazi que se castigó. No niego que el comportamiento nazi fuera extremo, pero sí sostengo que, suponiendo que fuera un “mal” que podría consignarse al proverbial basurero de la historia, dejó en su lugar el etno nacionalismo que lo impulsó, un etno nacionalismo que estaba en el corazón de la construcción del estado-nación. La condena moral de las atrocidades nazis, el ostracismo de ese estado de parte de la comunidad de naciones, estableció a los otros estados-naciones como la fuente última de justicia y, por lo tanto, del *telos* de la historia. En Sudáfrica, la CVR operaba en un contexto diferente. En lugar de la victoria en la guerra, hubo un estancamiento, en el que (como dijo el arzobispo Desmond Tutu) las fuerzas de seguridad del estado todavía tenían todas las armas (y el poder económico también). El fin del *apartheid* marcó un claro juicio de la historia: un régimen malvado iba a ser reemplazado por un gobierno más progresista y democrático. Pero la justicia retributiva simplemente no era

³ Robert H. Jackson, *The Case Against the Nazi War Criminals: Opening Statement for the United States of America*, Nueva York, Knopf, 1946, p. 47.

⁴ Jackson, *op. cit.*, p. 119.

posible cuando no había ganadores y cuando las instituciones estatales claves todavía estaban en manos de los opresores. El trabajo de la CVR era funcionar como un foro cuasi judicial, mediando en la transición a un nuevo régimen nacional, escuchando testigos, pero sin el poder de imponer castigos. El nombre de la comisión, Verdad y Reconciliación, describió a su función. La verdad era sinónimo de historia, las mentiras y la violencia del *apartheid* se revelarían en los relatos que proporcionarían los testigos. La reconciliación dependía del perdón, una postura moral, la voluntad de las víctimas individuales de renunciar a la imposición de justicia sobre el comportamiento criminal de los gobernantes del *apartheid*. Para Desmond Tutu, presidente de la CVR, el trabajo fue una “iniciativa profundamente teológica y ética”⁵. Definió el perdón como una forma de terapia para las víctimas de violencia traumática. “Perdonar es renunciar a tu derecho a vengarse. Es como abrir una ventana para dejar que el aire fresco entre en una habitación húmeda y cerrada, es como separar las cortinas para dejar que la luz entre en una habitación oscura”⁶. El énfasis estaba en la psicología individual, no en la causalidad estructural. (En este punto, Tutu prevaleció sobre el gramsciano Kader Asmal, quien esperaba que la comisión resultara en una conciencia colectiva “catártica” de las estructuras de opresión). La conclusión del informe de la comisión dejó

⁵ Desmond Mpilo Tutu, “Prólogo” en H. Russel Botman y Robin M. Peterson (eds.), *Remember and Heal, Human and Rousseau*, Ciudad del Cabo, 1996, pp. 7-8.

⁶ Desmond Mpilo Tutu, “Speech, No Future Without Forgiveness (Version 2)”, en Archbishop Desmond Tutu Collection Textual, 2003, p.7. Disponible en: <https://digitalcommons.unf.edu/archbishoptutupapers/15>.

de lado el tema del poder: “Solo reconociendo el potencial del mal en cada uno de nosotros podemos asumir toda la responsabilidad de garantizar que dicho mal nunca se repita”⁷. El llamado a las víctimas del gobierno de la minoría blanca a perdonar a sus opresores, en nombre de una moralidad (cristiana) superior, impidió un análisis (exigido por críticos de la CVR como Asmal) de las estructuras del capitalismo racial en las que se había basado el sistema de dominación. El estatus cuasi judicial de la CVR estableció al Estado como el árbitro final de la verdad y la justicia; en el proceso, los que fueron oprimidos por el sistema llegaron a ser definidos como víctimas en vez de resistentes. Sostengo que prevaleció el juicio moral, que el *apartheid* era un sistema malvado relegado con razón al basurero de la historia, pero que el juicio político sobre lo que había permitido y desafiado su poder estaba ocluido. El énfasis en el cierre moral desvió la atención de las bases estructurales de la supremacía blanca. A pesar de la emancipación electoral de la mayoría negra, el futuro igualitario imaginado por los luchadores por la libertad de la nación aún no se ha realizado. Los movimientos de reparación por la esclavitud en los Estados Unidos proporcionan un contrapunto a estos dos primeros casos. Consideran que la desigualdad racial es fundamental para la identidad nacional estadounidense y piden una reescritura de la historia de los Estados Unidos que esté atenta no a una linealidad u homogeneidad singular, sino a las opera-

⁷ Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica, Informe (1998-99), I:133. Disponible en: www.justice.gov.za/trc/report/index.htm.

ciones plurales de poder y diferencia. En este ejemplo, no se requiere un juicio en el sentido de un fallo que consignará el mal al pasado. Más bien, es precisamente una contabilidad, una demanda de reconocimiento de que el pasado no ha pasado, de que las narrativas lineales progresistas son insostenibles porque malinterpretan la historia estadounidense. En este enfoque, la nación como unidad de la historia sigue siendo incuestionable, pero el concepto de esa historia se revisa radicalmente. No se convierte en una forma de cerrar los libros sobre un pasado malvado, sino que proporciona un registro de discontinuidad y múltiples temporalidades (los tiempos vividos de los esclavizados y sus descendientes son diferentes de los de los estadounidenses blancos), un proceso de contención y conflicto, una historia de luchas con y por el poder, sin límites establecidos entre el pasado, el presente y el futuro. El movimiento de reparaciones ha sido malinterpretado, creo, como un simple llamado al reembolso de la deuda financiera que el país debe a aquellos cuyo trabajo no remunerado permitió un enorme crecimiento económico. Seguramente es eso, pero también, y yo creo que más importante, es una relectura desafiante de la historia de los Estados Unidos. Llama al país a rendir cuentas en el sentido moral de asumir la responsabilidad de una deuda contraída. Como lo expresó Ta-Nehisi Coates al defender las reparaciones: “Para los estadounidenses, la parte más difícil al pagar las reparaciones no sería el desembolso de dinero. Sería reconocer que su mito máspreciado no era real”⁸.

En el libro, ocupó el proyecto *1619* del New York Times como un ejemplo del enfoque reparador. Es una obra ejemplar de historia pública, producida como parte de la New York Times Magazine que sale los domingos junto con el diario, por lo que no se limita a audiencias académicas. Su objetivo es documentar la esclavitud como un “pecado original” de la historia de los Estados Unidos. Desde esta perspectiva, si existe tal cosa como el juicio de la historia, siempre es contingente y nunca definitivo. En vez de eso, es un juicio entregado por personas que actúan para lograr el cambio. Actúan, escriben, protestan, porque las condiciones de sus vidas y los principios éticos por los que viven los llevan a desafiar o resistir las políticas y acciones de quienes los gobiernan. Si los activistas creen que el progreso es posible, sin embargo, rechazan la idea de que los procesos jurídicos del Estado puedan garantizar ese progreso. *Precisamente porque no creen que la historia garantice un futuro mejor, actúan para crear un futuro diferente.* No es extraño, por supuesto, que *1619* fuera cuestionado por los “historiadores del consenso”, aquellos que han dedicado sus carreras a documentar la historia de Estados Unidos como impulsada por principios liberales ilustrados (a pesar de sus “lamentables retrocesos”). Los historiadores denunciaron a *1619* como una distorsión sesgada de los “hechos históricos objetivos” (como si la interpretación no siempre estuviera en juego en la escritura histórica). Lo que está en juego en proyectos como *1619* no es una sustitución de la política por los hechos, ni la creencia en un futuro pre-

⁸ Ta-Nehisi Coates, *We Were Eight Years in Power: An American Tragedy*, Nueva York, One World, 2017, p. 159.

determinado, sino la determinación de repensar la historia para alterar el presente. Constituye una obra importante de la historia pública.

III

En el capítulo final de mi libro, discuto las implicaciones de mis argumentos para la relación entre la política y la historia; abordo la cuestión de qué significa la pérdida de la creencia en el juicio final de la Historia para aquellos que quieren lograr un mundo mejor. Examinó algunas de las diferentes formas en que los filósofos, historiadores y teóricos políticos han pensado sobre estos temas y termino con la escritura de Michel Foucault sobre la gubernamentalidad. El sugiere que la aparición de los estados como la forma dominante de gobierno político produjo no solo sujetos obedientes, sino también insubordinados, aquellos que se oponen a ser gobernados “así”. “No querer ser gobernado así...significa no querer aceptar estas leyes porque son injustas, porque... esconden una ilegitimidad fundamental”⁹. Si no hay garantía de un futuro mejor, no podemos depender ni de una fuerza autónoma (Historia), ni del buen juicio de alguna supuesta razón humana universal para implementar regímenes de igualdad y justicia. Es, precisamente, la imposibilidad de la llegada del “Día del Juicio”, en el sentido de un ajuste de cuentas final, una verdad final, lo que nos mueve a la acción. Esa acción está inspirada en principios éticos y en la evidencia histórica de negativas desafiantes a someterse al gobierno de los poderosos. Estas historias alternativas nos permiten pen-

sar y escribir la historia de manera diferente. Es en estos términos que debemos escribir nuestras historias, no como el desarrollo de la lógica lineal, sino como historias de búsquedas interminables, como luchas por el poder que no toman victorias temporales para ser determinaciones finales, y como el esfuerzo colectivo de aquellos que (en palabras de Michel Foucault) “se niegan a ser gobernados así” y cuyo rechazo, ya sea triunfante o no, constituye un movimiento por el cambio. Walter Benjamin, escribiendo sobre el revolucionario francés Auguste Blanqui, insistió en que sus actividades “ciertamente no presuponen ninguna creencia en el progreso, simplemente presuponen una determinación de acabar [con] la injusticia actual”. Terminó el libro con estas palabras: “No es el miedo o la promesa del juicio de la historia lo que nos mueve a actuar, sino la sensación de que, frente a lo que consideramos injusticia, no tenemos otra opción”.

IV

Quiero terminar con algunas reflexiones sobre la dificultad de traducir el trabajo de lo que considero una historia crítica al ámbito público. Nuestra formación como historiadores profesionales no siempre tiene en cuenta este aspecto de nuestro trabajo. Y tampoco tiene en cuenta la reacción violenta que proviene de las historias oficiales (estatales) contra el trabajo de los que las critican. Ahora en los Estados Unidos estamos en medio de una situación política así: Ron DeSantis, el gobernador republicano de Florida (y otros gobernadores republicanos como él) están prohibiendo la enseñanza de cualquier historia que desafíe su perspectiva nacionalista blanca

⁹ Michel Foucault, “What is Critique”, en Sylvère Lotringer y Lysa Hochroch (eds.), *The Politics of Truth*, Nueva York, Semiotext[e], 1997, p. 46.

cristiana. Estas son precisamente las historias contenidas en el *Proyecto 1619*. Y también lo enfrentamos, cuando la mayoría derechista de la Corte Suprema de los Estados Unidos anuló *Roe v.s Wade*, el caso que durante cincuenta años había legalizado el aborto. La mayoría de la corte recurrió a la “historia” para argumentar que no había derecho al aborto. Las principales asociaciones históricas condenaron el fallo diciendo que los jueces se equivocaron en los hechos. Pero eso me pareció una respuesta débil que suponía que de alguna manera los hechos hablan por sí mismos. En cambio, debemos argumentar que toda la historia es una cuestión de interpretación, de interpretación de hechos, sin duda, pero interpretación destinada a legitimar las visiones morales y políticas que dan forma a nuestros mundos. Son esas visiones, de igualdad y justicia, las que impulsan nuestro trabajo, como historiadores, como historiadores públicos responsables ante el público al que esperamos inspirar y servir. Nuestra formación profesional no nos prepara para convertirnos en los actores políticos que a menudo requiere el trabajo de abogacía pública. Me llamó la atención un artículo de un colega que es antropólogo ambiental y se considera un antropólogo público. Sugiere la necesidad de prestar atención a las dimensiones políticas de nuestro trabajo de maneras que tal vez deban formar parte de la formación profesional. Solo leeré una breve cita de su artículo y luego me detendré. Este trabajo también llevó a la etnografía en una dirección ligeramente heterodoxa, si no completamente despoblada... Es un trabajo que requiere un conjunto de habilidades en gran medida ignoradas en los programas de

posgrado de antropología: emitir comunicados de prensa en lugar de presentar propuestas, elaborar puntos de conversación enérgicos (y mantenerse en el mensaje) en lugar de narrar un documento de conferencia hábilmente cubierto, describir vívidamente el trauma vivido por la negligencia de la industria y las fallas regulatorias en lugar de revisar y volver a presentar fragmentos de experiencia en legibilidad disciplinaria, medir el éxito en cómo su marco novedoso se convierte en sentido común periodístico en lugar de en la acumulación de citas, y usar cada oportunidad para hacer demandas incómodas de instituciones serias en lugar de hacer que nuestra vida profesional sea aceptable para la digestión institucional. Hay momentos en que las cualidades contradictorias y coherentes del mundo deben aclararse llevándolas al debate disciplinario y al rigor, pero también hay momentos en que la tarea más apremiante es salir de la sala del seminario y alistar nuestras disposiciones académicas en la lucha en cuestión. Expresar la diferencia entre los dos no es cosa fácil, pero tal es la demanda crucial de lo contemporáneo.¹⁰ Esto me parece que se aplica también a la historia pública y al trabajo que nos convoca para discutir. Me siento honrada de que me hayas pedido que forme parte de tu conversación.

¹⁰ David Bond, “Public Anthropology in a Pandemic: Advocacy, Ethnography, and Theory”, artículo inédito, 2023. Citado con permiso del autor.

UNA CONVERSACIÓN SOBRE LA HISTORIA PÚBLICA

Diálogo entre Joan W. Scott y Rafael Sagredo

En el marco de la jornada inaugural del encuentro “Historia en acción. Diálogos para el futuro”, a continuación se reproduce el diálogo entre Joan W. Scott, intelectual estadounidense, y el profesor e historiador chileno, Rafael Sagredo, quien además recibió el Premio Nacional de Historia de Chile en 2022. El objetivo del encuentro fue situar las interrogantes que plantea Scott en el rol que ha tenido la disciplina histórica en Chile, profundizar en sus actuales desafíos disciplinarios y políticos, con especial atención al debate sobre el pasado en sociedades con pasados traumáticos recientes en el marco de la conmemoración de los 50 años del golpe militar en Chile. Esta conversación tuvo lugar en el Museo Histórico Nacional de Chile, en formato híbrido.

Una conversación sobre la Historia Pública

Diálogo entre Joan W. Scott y Rafael Sagredo

Rafael Sagredo: Buenas tardes a todos y a todas. Joan, gusto de estar aquí conversando sobre tu libro. Lo tengo acá y se lo estoy mostrando al público. Lo he leído, por supuesto, y también escuché tu conferencia, tengo muchas preguntas y comentarios. Pero te vienen a escuchar a tí por lo que, yo solo voy a ser un intermediario. Quiero decir que mis preguntas están orientadas por la lectura del libro.

Tomé la lectura desde dos puntos de vista: uno, desde lo que debería ser la historia, como conocimiento, como ciencia, como explicación, como pensamiento analítico, como análisis, como interpretación, pero sobre todo como explicación. O sea, detrás de todo el sustrato de los tres casos presentados —el del juicio de Nuremberg, la Comisión de Verdad y Reconciliación y las

reivindicaciones del movimiento afroamericano—; detrás de esos casos concretos de historia, hay una noción de historia, un alegato por la historia, diría yo. Un alegato incluso ético como lo demuestra la última frase de tu libro, que tú leíste aquí y que yo acabo de repetir al público. Entonces, uno puede hacer preguntas en función de la concepción de la historia como explicación, interpretación y que no hay que ir solo por un camino lineal, sino que hay que buscar las contradicciones, salirse de esa historia lineal, homogénea, etcétera. Pero, por otro lado, está también la hipótesis, la tesis central del libro: que el juicio de la historia en realidad no existe y nunca existirá. Nunca. Que no solo no existe, sino que lo decretan los Estados, los poderes, y no solo eso, sino que es muy insatisfactorio normalmente cuando algún Estado



Joan W. Scott es profesora emérita en la School of Social Science en la Institute for Advanced Study en Princeton, New Jersey. Es autora del ahora clásico “Género: una categoría útil para el análisis histórico”.

Su libro más reciente es, *On the Judgment of History*, N.Y.: Columbia University Press, 2020.



Rafael Sagredo es Historiador y Profesor Titular de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Premio Nacional de Historia 2022.

se pronuncia. Y yo me quiero ir por ese lado, sin desconocer lo otro. Quiero leer una cita que es del discurso de Allende el once de septiembre de 1973: “Tienen la fuerza, podrán avasallar” Se está refiriendo a los golpistas. “La historia es nuestra, la historia los juzgará”. Entonces mi primera pregunta, estimada Joan, es: ¿qué te parece esta paradoja de que la sociedad, incluso los individuos, los agraviados, los perjudicados, los perseguidos, los violentados, en caso de nuestra América Latina, y de Chile en particular, a propósito de la violación a los derechos humanos, ellos esperan siempre una reivindicación del Estado, de lo público, de lo institucional, de lo oficial? Que sea el Estado el que proclame una verdad. No les basta con que los privados o cualquier otro agente proclame la verdad de que fueron abusados, y claro, ese es un juicio de la historia. El del Estado resulta reparador. Entonces, te quiero preguntar acerca de esta idea de que el Estado, por un lado, es el único capaz de ofrecer la “verdad” y, por tanto, la reparación, pero por otro lado, ese Estado muchas veces ofrece una verdad absolutamente parcial, incompleta, insatisfactoria y que, como tú muy bien dices en tu libro, para los tres casos que analizas, agravia todavía más a los violentados anteriormente. Eso es lo que te preguntaría para comenzar.

Joan Scott: Well that’s a really good question, I think one of the things I felt in the book, and I couldn’t do it today as much as I do in the book, is that it seems to me that in calling into question the notion of the

judge of history, I’m also calling into question the notion that it is the state that can deliver it. Because, although all of these movements have looked to the state for some kind of reparation, in fact as I describe in all the chapters, it never comes from the state. Or if it comes from the state it comes in a kind of, excuse the expression, half-assed way of sort of acknowledging it but not acknowledging, looking for a way to minimize the conflicts and antagonism and the violence that the state has actually committed against the people who are claiming a different kind of history. So, I think part of it is that historians and maybe even more public historians, are in the position of having to carry that burden themselves, that is, the state’s not going to do it. But the story that needs to be told has to confront the state official story, has to find ways of bringing evidence, of sometimes documentary films these days, of documenting the interpretation, and I would still call it an interpretation, that they want to bring to the story. That is that forms of violence have been used, right, to refuse justice or equality, here’s what it means, and here are the ways in which people at different moments have tried to provide an alternative to the one in which we are living. This is the thing that Massimiliano Tomba, I don’t know if you’ve read any, it’s called *Insurgent Universality* and he has a number of chapters in which he looks at the way in which different political movements look to political movements of the past to inspire their actions. So, the Commune of Paris in 1871 looks to the Com-

mune of Paris of the French Revolution, a defeated movement in the period of, in 1789, and so on, and inspired by them formulates a set of ideas about an alternative to what the state would look like, to what an organized society which cared about its members would look like. That's the sort of, the [concepto, ininteligible 7:33] that also [nombre de un intelectual, ininteligible 7:36] refers to. But then there's the work of Gary Wilder, a book that's called *Freedom Time* which is about the end of colonialism, the French colonialism, and the proposal that's made initially by Léopold Senghor and Aimé Césaire the two leaders in Senegal in the activities of the independence movements, they come up with proposals, not to have independent sovereign states on their own but to recreate the French Empire as a federation of equals. And the writing that Gary Wilder has uncovered about this shows you that there were people, large numbers of people, movements of people, thinking about alternative ways to organize society, which have been written out by the notion that there is a kind of linear development of history that is necessarily leading to a particular form of the modern nation-state, leading to the ways in which the state administers justice and deals with claims against it now. So, I think it's in our hands, I actually don't think we can look to the state to do the final reparative work that our history needs to do. David Scott, the anthropologist who writes a lot about the Caribbean, talks about a moral and reparative history that has to be done, which is precisely outside, it isn't go-

ing to... It makes claims on the state that it knows the state will not answer, but what it does is document those pasts as a way of, as I said in the book and then in the talk, that calling into account the powers that be so that at least there is a kind of reservoir of information, of alternative understanding that's out there for publics, not only to learn about, but to act on. And so, I think in some ways what we are always doing is feeding in the distance, you know, it's feeding the alternative possibility. At this moment I'm feeling very pessimistic about the turn that the world is taking and certainly the turn that my country is taking. And so, I think less in terms of how we can bring them all down, then how we can sort of protect and preserve the stories that inspire resistance and alternative action. And I think in some ways, that feels to me like a job that's always one that we are going to have to do, and as I say my pessimism right now is so [se ríe] ... would disappoint my father-in-law who believed in the judgement of history and the triumph of socialism in the future. But I think that protecting these legacies is something, and the alternative story, is something that's vitally important as a source, if not for our immediate actions, for future generations actions.

RS: A propósito de tu mención a esto de la historia alternativa, la propuesta, me hace preguntar ¿cuál es la recepción, no voy a decir solo a nivel social, sino que por ejemplo, entre los estudiantes, entre el público culto, en la prensa, de precisamente esta historia revisionista, alternativa, crítica,

que muestra otra realidad, cuando en tu libro mencionas este 1619 como un hito para empezar una historia alternativa de Estados Unidos? Yo me dediqué a buscar el hito fundante alternativo de la oprobiosa historia de Chile. Y resulta que me costó encontrarlo, quizás por mi formación demasiado clásica. Pero en conversación con colegas surgen algunas ideas: cuando Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile se manda a cambiar con el oro de todos, abusando del poder de manera espantosa en 1547 o cuando el 11 de septiembre de 1541 los españoles matan a una cantidad de indígenas indescriptible por salvarse ellos. Pero yo no sé cómo sería la recepción si uno empieza la historia así o que uno haga una historia de esa forma, como se hace de todas maneras, sobre todo para relevar a las minorías. ¿Cómo experimentaste eso en tu quehacer, en tu cotidianidad, con este tipo de propuesta? Tú muestras ahí la crítica tremenda que recibió el New York Times, creo, por el reportaje sobre 1619. ¿Eso se mantiene o ha cambiado?

JS: I don't know exactly what you mean by... You mean move forward in the sense that we rewrite a national history from the beginning? I'm not sure I understand what the question is. And probably it's the translation, I'm going to blame you Gael. But I just didn't quite understand what the question was that you were asking.

RS: ¿Cómo fue recibida tu propuesta, como ha sido recibida esta historia alternativa? ¿Cómo se aprecia por parte,

por ejemplo, de los estudiantes, de círculos académicos y los estudiantes en particular?

JS: It's a really interesting moment because, on the one hand, I'm always considered a sort of critical historian someone who is not quite acceptable as a real historian first because, I mean, as a labor historian that was OK, but when I started to do women's history, you know, the question of what kind of serious could a historian be doing women's history and wasn't this this kind of feminist politics rather than real history. And then when I started to do more theoretical work the answer was always that I didn't, that I was more interested in what somebody called "fancy French theory" than I was in real history. So I always feel that I'm in battle with my fellow historians about what counts as history and what kind of history we should be writing and at the same time as the republican right takes over in state legislature after state legislature and outlaws the teaching, for example, of the history of slavery or the history of women, we're united, I mean it's one of the moments when, in the face of terrible right wing authoritarians, a sort of scattered liberal left comes together to defend the territories that they're in, and that's the place I feel that we're in now. That we are having to spend work I would, you know, I wouldn't say it's terrible work, but work I wouldn't be tremendously excited about because I don't think of it as fulfilling the kind of critical vision that needs to be fulfilled, but it does some of that, and as long as it's doing some of that it needs to keep being done.

So I think given the heightened political moment we're in, the kind of critical work I always [ininteligible 16:04] myself as doing, it doesn't go away, but it takes a kind of second place to the need to defend the academic freedoms of faculty to do the kind of research and teaching that they want to do, even if it's not what I would think of as the best work that they could do.

RS: A propósito de la propuesta teórica del libro y el análisis de los casos, me surge la siguiente pregunta: ¿cómo conciliar, por un lado, lo que podríamos llamar esta aspiración intelectual, teórica, valórica, de cómo se debe entender la historia y cómo a través de esa forma de hacer historia deberían abordarse y explicarse estos procesos como los que tú señalas? Esa es una cosa: ¿cómo conciliamos eso con la realidad concreta, objetiva, de lo realmente ocurrido? Por ejemplo, si lo aplicamos a la Comisión Verdad y Reconciliación de Sudáfrica podríamos aplicar una misma frase que se usó acá: justicia en la medida de lo posible, pero justicia al fin y al cabo. Entonces, por un lado, el imperativo ético y teórico de hacer una historia, pero por otro lado la necesidad que tenemos de analizar lo que efectivamente pasó. Si bien nos resulta absolutamente insatisfactorio en el momento en que ocurrió, efectivamente sí sirvió para reparar, aunque fuera parcialmente, para mejorar la convivencia, etcétera, etcétera.

JS: Well, it depends, I think it depends on if, you know my... Yes, I think there are real facts that happen, I certainly don't deny

that, but I think that how we want to read, both their impact and their complexity, as theory... as historians, is always open to the questions that we have, I mean my sense of [articles/sabbatical? 18:34], the kind of research I do and the teaching I used to do before I retired is that what I want to do is bring questions to the material rather than accept the fact that some stated fact is just a fact. Of course it is, but the question is, and in fact it was the question you just raised, what about the truth and reconciliation commission of what warrants the facts and so there are many answers to that and one of them is the one you gave, that is that it did provide some way of both exposing the violence of Apartheid and giving victims some sense of, at least, a chance to testify, to bear witness to the murder of their sons or the grievances that they had to see, but so that's one set of things, but then my larger question or my other question was OK, but what was the effect of this in terms of actually transforming an apartheid state into what they always called it, a kind of, a "rainbow state". What were the problems that weren't addressed, that left in place, things that continued, it seemed to me, in South Africa today, to betray the hopes of so many people who thought that with the fall of Apartheid justice and equality would arrive. So I think it... for me it's always asking a series of questions, you know, and the more questions that you can ask the more complicated in some ways the answer becomes and that's where the side of doing the serious professional history

work we can do, on the other side is you know, I was... well I guess that's enough to say. So, yes, there are facts, the question is what questions you want to ask of them, beyond the statement that they happened.

RS: Gracias, bueno la última pregunta. Si no existe el juicio de la historia, como se postula y como yo creo que es real, pero la gente vive, mucha gente vive, como tú misma señalas en su libro, de esa esperanza. Tú das el caso de una persona por allá por mil nueve treinta y tantos, no sé si era en la guerra civil española, que estando preso, siendo torturado, acosado, sobrevivió y se mantuvo en su dignidad, digámoslo así, diciendo “bueno algún día, aunque yo ya esté muerto, aunque mis hijos estén muertos, algún día la historia va a reconocer esto”. Entonces, si no tenemos juicio de la historia ¿con qué esperanza miramos el futuro? Sobre todo tratándose de aquellas sociedades sacudidas por trauma, por la falta de justicia real.

JS: Well, I mean, I'm not going to take it away from you [se ríe]. In a way it's like OK, if you need a sense of, some kind of guarantee, then fine. What I was interested in was how that operated to, actually in some ways, foreclose solutions that would have been better. Also to inspire people, but I think you can be inspired by the sense that justice needs to be served and, you know, maybe it's the historians who deliver the judgement of history and maybe it's, you know, it's the critical radical historians who have the job of carrying out that task, that is not necessarily giving people the conclusion that they hoped history would give them but writing the story, giving the account of the at-

tempts to do that, and that is in fact preserves for history and for future activists, something that we might call the judgement of history, that you know is... So, we the historians become the judges, not in the sense of being God, but in the sense of being sort of, a servant of a particular story that we need to keep alive and that we need to keep telling even if it doesn't achieve the end that we hope it achieves.

RS: Bueno, muchas gracias. Para despedirme quería recomendar a todos los aquí presentes y a los que se enteren de esta conversación, este gran y estimulante y oportuno libro: El juicio de la historia.

MESA REDONDA

Historia en acción. Experiencias de Historia Pública

A continuación, se presenta el resultado de un ejercicio de reflexión que tuvo lugar en el encuentro “Historia en acción. Diálogos para el futuro”, en el cual se convocó a tres historiadores públicos, o que su quehacer profesional se identifica con la Historia Pública, a dialogar sobre las posibilidades y desafíos de la Historia Pública y su agencia en un presente en el cual el rol de la historia parece cada vez más interpelado. Lo anterior adquiere especial resonancia en Chile en 2023, en que se conmemoran los 50 años del golpe de Estado ocurrido en septiembre de 1973.

La conversación reunió a Nancy Nicholls de Chile, Catalina Muñoz de Colombia y Noor Nieftagodien de Sudáfrica, a quienes se les propuso reflexionar en torno a cuatro aspectos: cómo entienden la Historia Pública y como definirían el rol del historiador público; la relación entre Historia Pública, activismo y justicia social; el rol de las comunidades en la creación de interpretaciones del pasado, las prácticas participativas en Historia Pública y la autoridad compartida; la Historia Pública y las conmemoraciones controversiales, como es el caso de los 50 años del Golpe de Estado en Chile.

Los tres historiadores se reunieron en una mesa redonda dirigida por las editoras de este número de Polifonías, y también historiadoras, Macarena Ponce de León y Daniela Serra. El evento tuvo lugar el 22 de marzo de 2023 en formato presencial en el Auditorio Rosende de la Facultad de Economía y Administración de la Pontificia Universidad Católica de Chile. A continuación, se presenta el resultado de este ejercicio dialógico, donde cada historiador expone sus reflexiones.



Nancy Nicholls Historiadora de la Pontificia Universidad Católica de Chile y doctora en Sociología de la Universidad de Essex de Gran Bretaña. Profesora del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Se ha especializado en las temáticas de historia y memoria, e historia del tiempo presente, utilizando entre otras, la metodología de la historia oral. El enfoque multidisciplinario ha guiado parte de las investigaciones que realiza, haciendo confluír en el análisis de las problemáticas históricas del tiempo presente, los enfoques y herramientas provenientes de la historiografía, pero también de la antropología, el teatro, el cine y la literatura.

1. La Historia Pública y el historiador público

La historia pública ha sido definida como el conjunto de actividades de producción y difusión de la historia que se realizan fuera del ámbito académico, y en las cuales participa como actor protagónico un público no especializado. Los ámbitos de acción y producción de la historia pública son, consecuentemente, muy variados pero el denominador común en todos ellos es la democratización del conocimiento histórico y el trabajo colaborativo que se produce entre la comunidad y los historiadores o científicos sociales profesionales. Como ha señalado Daniela Torres-Ayala, en la historia pública se genera una “apuesta por la dislocación de la producción y difusión de conocimiento histórico y del quehacer histórico tradicional por vía colaborativa entre profesionales de las ciencias sociales y (la) ciudadanía...¹”. El rol del

¹ Daniela Torres-Ayala, “Historia pública. Una apuesta para pensar y repensar el quehacer histórico” en *Historia y Sociedad*, No 38, Medellín, 2020, p. 229.

historiador público, por lo tanto, independientemente de si la iniciativa haya partido de él o de las comunidades involucradas en el quehacer histórico específico, es primordialmente de apoyo en base a su conocimiento experto. Esto es importante porque significa que las comunidades no se someten a la ‘autoridad académica’, sino por el contrario se trata de un trabajo de tipo horizontal, donde los saberes son compartidos y valorados por igual.

Si bien la historia pública fue definida y por ende constituida como una nueva forma de hacer historia a mediados de la década del setenta en Estados Unidos², su práctica ha estado presente desde mucho antes que el término fuese acuñado, como lo demuestra el trabajo editado por Denise D. Meringolo que recoge diversas experiencias en ese país en las que la historia se ha expandido hacia comunidades y un público amplio³. En Chile, ha habido y siguen habiendo variadas prácticas de historia pública que no son concebidas como tal, simplemente porque el término no es conocido por las comunidades ni el público involucrado en ellas, a la vez que recién comienza a ser utilizado por los historiadores profesionales.

2. Historia Pública, activismo y justicia social

Voy a referirme específicamente a la relación entre historia pública por un lado, e identidades políticas y activismo social por otro, a partir

² Torres-Ayala, *op. cit.*, p. 232.

³ Denise D. Meringolo (ed.), *Radical Roots: Public History and a Tradition of Social Justice Activism*, Estados Unidos CIUDAD, Amherst College Press, 2021.

de casos que han trabajado con historia oral. Las experiencias de relaciones exitosas en esta línea suelen ser iniciadas por una o más personas con una fuerte motivación por emprender una acción transformadora que implique beneficios sociales y, en ocasiones, económicos para una comunidad determinada. Este personaje o grupo tiene además claridad en los objetivos que persigue y puede ser parte de la comunidad o externo a ella, pero de manera relevante, no la invita a trabajar a partir de su condición de experto o experta. De modo que no se trata de una figura que se sitúa por encima del resto, sino más bien actúa como un facilitador o facilitadora del proceso que puede aportar con algunas habilidades o conocimientos. El saber, por lo tanto, está básicamente en la comunidad y una vez que este se ha sistematizado, por ejemplo, en un archivo de historia oral, el objetivo es que esté disponible para el público, que sus usos sean democráticos y rompan con lógicas de individualismo y competencia. Un ejemplo muy claro de esta dinámica lo podemos encontrar en el archivo 'Chicana por mi Raza Digital Memory Collective', cofundado en el 2009 por María E. Cotera, profesora de la Universidad de Michigan en Estados Unidos, dedicado a preservar las historias de los chicanos y latinos pertenecientes a la era de los derechos civiles⁴. María Cotera y su equipo entrevistaron a cientos de mujeres feministas chicanas que habían luchado por sus derechos, entrevistas que pasaron a formar parte de un

⁴ Shane Bernardo, María E. Cotera, Fernanda Espinosa y Amy Starecheski, "What Are the Roots of Your Radical Oral History Practice?" en Denise D. Meringolo (ed.), *Radical Roots: Public History and a Tradition of Social Justice Activism*, Estados Unidos CIUDAD, Amherst College Press, 2021, p. 120.

archivo digital. Buscando una forma diferente de concebir el archivo a la que se utiliza en la academia —en la que a su juicio se acumulan insumos que son primordialmente de uso personal— Cotera aplicó el concepto de co-construcción. Con esto concibió el uso del archivo como un 'encuentro' en el entendido que quienes lo consultaran dejaran algo a cambio, de modo que se produjera un "intercambio igualitario con responsabilidades"⁵. Pero además, su concepción de historia radical la llevó a visualizar el conocimiento adquirido por quienes fueran parte de dicho 'encuentro' como una suerte de extensión viva del archivo propiamente tal que asegurara su permanencia, sobre todo si en algún momento financieramente las condiciones amenazaran su existencia. María Cotera lo explica de la siguiente manera: "... 'And what if we think of the archive as every single individual who walks away from that engagement in that encounter and carries with them some knowledge seed, right, that even if the archive disappears, that can't? That doesn't disappear'"⁶. Así, toda persona que consultara el archivo se convertiría en cierto modo en portador y transmisor de los conocimientos que este albergaba, modificando no solo el uso tradicional de archivo sino también su propia naturaleza. Creo que este caso, cuyo objetivo fue la creación de un archivo oral constituido por entrevistas a personajes con una potente identidad sociopolítica y con una historia de activismo y lucha por la justicia social, evidencia el aporte que puede hacer la historia pública. Lo que hace María Cotera es remover la concepción académica

⁵ Bernardo et al., *op.cit.*, p.130.

⁶ Bernardo et al., *op.cit.*, p.132.

mica y tradicional del archivo, generando una nueva forma de concebirlo y utilizarlo que se entronque con el ideal político que motivó el proyecto y con la tónica de las entrevistas a mujeres que colectivamente lucharon por sus derechos. Al realizar este giro deja abiertas las posibilidades de producción de nuevos conocimientos, así como de difusión del material que compone el archivo propiamente tal, lo cual puede llevar a nuevas capas de interpretación y dotación del sentido del pasado, y a potenciales nuevas formas de activismo social.

En Chile, un caso de historia pública que dio lugar a una rearticulación de identidades sociopolíticas entre los sectores populares fue el que se produjo durante la dictadura militar. En el contexto de las jornadas de protestas populares (1983-1986) en varias poblaciones santiaguinas se llevaron a cabo talleres de elaboración de historias locales. Apoyados por historiadores que trabajaban en ONG de educación popular, las pobladoras y pobladores se reunieron para realizar ejercicios de rememoración individual y grupal sobre la historia de sus poblaciones que luego fueron transformados en narrativas escritas. En los ochenta, no se conocía demasiado sobre la historia oral como disciplina académica en Chile; Mario Garcés, uno de los historiadores que a través de la ONG Eco Educación y Comunicaciones lideró iniciativas de este tipo, ha relatado cómo al comenzar este trabajo él y su equipo no tenían conocimiento alguno de la historia oral, solo la utilizaron porque les pareció el medio más adecuado y democrático para que las y los pobladores investigaran sobre la historia de sus

poblaciones⁷. Los principios básicos de la educación popular de Paulo Freire fueron aplicados para generar productos que involucraran al conjunto de las voces que tomaban parte en los talleres. Se utilizaban medios muy simples y de bajo presupuesto, como un papelógrafo en el cual se dibujaba una línea de tiempo, para incentivar el proceso de rememoración colectiva. Las y los integrantes de los talleres escogían aquellos acontecimientos de la historia poblacional que les parecían más relevantes y significativos; estos hitos se marcaban junto a la fecha de su ocurrencia en la línea de tiempo, donde una vez que todos y todas habían plasmado sus elecciones, se podían visualizar las coincidencias y diferencias. Se iniciaba entonces un debate sobre el significado de los eventos escogidos, en que iban apareciendo las memorias colectivas y de ese modo se iba armando el relato, que en su última etapa era volcado en el papel. Las y los pobladores coincidían en escoger el momento fundacional como uno de los hitos fundamentales en su historia personal y colectiva, en el cual habían pasado a ser propietarios de un terreno o en el mejor de los casos, de un terreno y una casa. Cuando los terrenos fueron conquistados a través de tomas, el momento de fundación estaba revestido de un fuerte sentido de orgullo⁸. El rol que tuvieron los hombres, y sobre todo las mujeres,

⁷ Nancy Nicholls, "El desarrollo de la historia oral en Chile de los talleres de educación popular a los estudios multidisciplinares (1980-2013)" en *Historia, Voces y Memoria*, No 6, Buenos Aires, 2013, p. 289.

⁸ Las tomas son ocupaciones ilegales de terrenos realizadas por familias sin casa con el objetivo de obtener un espacio propio en el cual construir sus viviendas. Apenas realizadas las tomas, sus habitantes levantan viviendas transitorias por lo general muy precarias que luego, si el Estado las reconoce, se transforman en estables y definitivas.

en la decisión de efectuar la toma, después en su defensa ante las fuerzas policiales que intentaban desalojarlos por la fuerza, y finalmente en el proceso de auto-construcción de las casas y negociación con el Estado para conseguir la infraestructura pública, era valorado y pasaba a ser un elemento decisivo en sus identidades individuales y en la identidad colectiva de las comunidades que conformaban. Por medio de un trabajo en conjunto con los historiadores, “el ejercicio de rememoración que implicó la elaboración de las historias locales, permitía a los pobladores entenderse como sujetos con historia, afirmando su capacidad de acción y su condición de actores sociales, en el acto de levantar hábitats urbanos”⁹. Lo anterior fue relevante en un contexto de persecución estatal hacia los habitantes de las poblaciones y del intento de anulación de sus identidades sociales y políticas. En los setenta los pobladores fueron vistos con sospecha por los agentes represivos del Estado, ya que en un porcentaje importante habían sido partidarios de la Unidad Popular; luego en la década de los años ochenta muchos jóvenes pobladores se convirtieron en protagonistas de las jornadas de protesta por lo cual fueron abiertamente perseguidos y reprimidos. De modo que el fenómeno de creación de historias locales dio lugar a procesos de rearticulación identitaria, en los cuales los pobladores valoraron sus luchas y conquistas pasadas, su agencia y capacidad de acción y transformación social. Ello a su vez generó un impulso para que tomaran fuerza diversas iniciativas de desarrollo local, tanto sociales como políticas, en una época en la cual

el desarrollo comunitario poblacional estaba imbricado con la resistencia política¹⁰. Organizaciones de subsistencia como las Ollas Comunes, los Comprando Juntos y los Talleres de arpilleras, así como organizaciones de derechos humanos, grupos juveniles y talleres culturales, tenían además del objetivo específico para el cual fueron creadas, un trasfondo político: la lucha contra la dictadura¹¹. Organizaciones de este tipo fueron las que se vieron revitalizadas tras la elaboración de historias locales.

En las iniciativas de historia pública, la justicia social ocupa un lugar central. Emparentada con los derechos humanos, es un concepto que surgió de la constatación de las grandes desigualdades sociales al interior de las sociedades y de la necesidad de superarlas. La justicia social por lo tanto se desarrolla en los

¹⁰ Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile V. Niñez y juventud*, Santiago, LOM Ediciones, 2002, p. 241.

¹¹ Las ollas comunes constituyen iniciativas de solidaridad popular que han surgido en diferentes momentos del siglo XX en Chile. En el contexto de dictadura, fueron instancias destinadas a paliar el hambre protagonizadas fundamentalmente por mujeres pobladoras y tuvieron un carácter más permanente que en el pasado, orientadas a la sobrevivencia del núcleo familiar. Se trató de la preparación colectiva de alimentos destinados a las familias que no contaban con los medios para adquirirlos. Los Comprando Juntos también fueron iniciativas populares que surgieron en el contexto de crisis económica y altas tasas de cesantía durante la dictadura. Consistían en la compra al por mayor de artículos de primera necesidad por parte de varias familias con el objeto de abaratar costos. Los Talleres de Arpilleras surgieron en la década del 70 tras el golpe de Estado. A través del bordado y el arte de unir retazos, las mujeres que los integraban creaban escenas de represión y pobreza pero también de solidaridad y trabajo comunitario, visibilizando de esta manera la violación a los derechos humanos cometidas bajo la dictadura. Las arpilleras que se comercializaron en el exterior gracias al apoyo de organismos como la Vicaría de la Solidaridad fueron importantes medios de denuncia a la vez que significaron instancias de sobrevivencia para sus integrantes, tanto mujeres familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos como pobladoras.

⁹ Nicholls, *op.cit.*, p. 270.

ámbitos donde se producen brechas sociales, pero también en aquellos donde históricamente ha habido inequidades de diferente signo. Hoy en día en Chile, la justicia social es un objetivo a alcanzar en áreas como la educación, la salud y la vivienda, pero también en relación a las inequidades de género, y extendiendo el concepto, a las discriminaciones de diversa índole que se expresan cotidianamente. En el centro de la justicia social está la dignidad, que se basa en el reconocimiento de los derechos humanos, y en su condición de universalidad, inalienabilidad e indivisibilidad. Chile es un país con grandes desigualdades sociales y económicas, y a ello se suma un clasismo y racismo del cual no se habla demasiado pero que está presente de manera velada y sutil —o bien claramente explícita— en los ámbitos laborales, educativos y en los espacios cotidianos donde la ciudadanía transita y se desenvuelve. Considerando lo anterior, la historia pública puede contribuir a la justicia social, promoviendo espacios de reflexión y de toma de conciencia de las inequidades presentes en las vidas de las personas o en sus entornos cotidianos, no solo entre los y las afectadas sino en la ciudadanía en su conjunto. A la vez, empoderando a las comunidades que han sido o son objeto de inequidad y discriminación, para incentivar o revitalizar procesos de transformación y de mejoramiento de la vida de sus integrantes.

Una experiencia contemporánea de historia pública, que tanto en el proceso mismo como en sus resultados, persigue la justicia social es el proyecto de historia y memoria local del Departamento de Historia de la Universidad de

Santiago (USACH) liderado por el historiador Daniel Fauré¹². El proyecto surgió en el año 2016 (y continúa vigente) ante las demandas de los estudiantes de diversos cursos electivos de educación popular, trabajo comunitario y gestión cultural de esa casa de estudios, para que se generaran instancias de aplicación de los contenidos enseñados en los territorios. Los estudiantes incluso señalaban que no tenía mucho sentido impartir conocimiento teórico en dichos cursos si no existía la posibilidad de aplicarlo. Daniel Fauré entonces, respaldado por el Departamento de Historia, creó un proyecto para que el alumnado trabajara directamente con las organizaciones populares de Estación Central, comuna donde está situada la USACH. El proyecto se transformó en el programa 'Memorias de Chuchunco' siguiendo la metodología de Aprendizaje Servicio (A+S) "que se basa en un diálogo de saberes donde las y los estudiantes colocan al servicio de las comunidades algunos saberes disciplinarios que puedan ayudar a resolver problemáticas concretas de éstas y, al mismo tiempo, aprenden de las experiencias asociativas y organizativas de los integrantes de dichas comunidades"¹³. El programa ha estado centrado en la reconstrucción de la historia de poblaciones del sector, basada en la memoria de sus habitantes y en el rescate y puesta en valor del patrimonio comunitario. Ha permitido a los estudiantes acceder a una

¹² Es importante señalar que el proyecto no ha sido concebido como una iniciativa de historia pública ni por el equipo de historiadores ni por la comunidad de pobladores, si bien cumple con todas las características que la definen.

¹³ Fauré Daniel y José Valdés, "Memoria, educación popular y gestión cultural comunitaria: convergencias y proyecciones desde la experiencia chilena (1985-2018)" en *Nuestra América*, vol. 8, No 15, Concepción, 2020 p. 201.

formación, que si bien no está conceptualizada como historia pública, claramente está en la línea de lo que se entiende por ella. La educación popular y la historia social constituyen referentes teóricos y metodológicos claves y explícitos en el programa. Daniel Fauré se refiere al objetivo que este perseguía al crearse, en términos de formación de los estudiantes:

...queríamos que nuestro estudiantado pudiera formarse como historiadores e historiadoras de cara a las comunidades, entendiendo que el trabajo del historiador no es solo estar encerrado en un archivo sino también se puede construir historia y se debe construir historia en diálogo con los protagonistas vivos de los procesos, nos fuimos a trabajar a la población Los Nogales, población emblemática (...) hay una historia ahí de organización y lucha muy importante en esa población sobre todo de resistencia a la dictadura¹⁴.

Para las vecinas y vecinos de las poblaciones el sentido del programa radica en la rearticulación y fortalecimiento de sus identidades sociales, proceso que se genera a partir de la elaboración de su pasado como comunidad a través de la memoria. Siguiendo los principios de la educación popular, que indudablemente son los que guían las iniciativas de reconstrucción de las historias de comunidades locales en Chile, son las pobladoras y pobladores quienes

eligen qué recordar y cómo interpretar sus recuerdos; del mismo modo, qué rescatar como patrimonio está definido por lo que ellas y ellos consideran que forma parte de él. Así, se han recopilado actas de reuniones, panfletos y volantes, banderines de clubes, entre otros objetos conectados a su historia colectiva¹⁵. El proceso de reconstrucción histórica se va generando a partir de las necesidades, intereses y demandas de los mismos pobladores, como ocurrió en el segundo lanzamiento del libro "Memoria social de la población Los Nogales (1947-2015)", en enero del 2017. En la oportunidad, una dirigente reconocida de la población expresó:

Estoy muy agradecida por el trabajo que han realizado. Sin embargo, cuando uno lee el libro, acá se recoge fundamentalmente la historia de los hombres de la población. Yo no quiero decir que no crea que lo que han hecho los dirigentes no sea importante, al contrario, pero por cada uno de ellos que estaba trabajando por lograr algún adelanto para la población, había una mujer que estaba intentando hacer milagros para darle de comer a un grupo de niños chicos. Y eso también es historia¹⁶.

A partir de ahí surgió el proyecto sobre las historias de las pobladoras. Las iniciativas de construcción de historias locales permiten recomponer o reactualizar el tejido social, que

¹⁴ "Entrevista a Daniel Fauré-STNC-22 07 22" Radio Usach, Disponible en: <https://anchor.fm/podcast-radio-usach/episodes/Entrevista-a-Daniel-Faur--STNC--22-07-22-e1lit6u/a-a89nfa4> [fecha de consulta: 24 de enero de 2023].

¹⁵ Véase El Archivo de los Nogales. Memoria social y patrimonio cultural de la población Los Nogales (1948-2017). Disponible en: <http://poblacionlosnogales.cl/>

¹⁶ Mariana Aguilera, Romina López y Daniel Fauré, *Mujeres pobladoras: tejendo memorias desde la población Los Nogales (1948-2017)*, Quimantú/Ed. Chuchunco, 2020, p.11.

en las poblaciones como las que componen Estación Central, constituyen un recurso que tiene su propia historicidad recogida y significada en la memoria colectiva de sus habitantes. Como dice Daniel Fauré: "...para los sectores populares nuestro principal patrimonio -de hecho- es nuestra memoria, si hay algo que no nos pueden quitar son las formas en que interpretamos nuestro propio pasado..."¹⁷. El proceso de elaboración de memoria y la rearticulación identitaria que lo acompaña, redundan en el fortalecimiento de la organización comunitaria y de los proyectos de cambio orientados a la reducción de la inequidad. A mi juicio, los resultados concretos de esta, como otras iniciativas similares, pueden ser variados, pero sin duda dentro de sus logros pueden nombrarse el empoderamiento de las comunidades, el fortalecimiento de su identidad colectiva y la conquista de la dignidad a través del recurso a la memoria y al patrimonio propios. Una de las mayores dificultades que enfrentan las iniciativas de historia pública no institucionalizadas es el acceso a financiamiento que no está siempre garantizado en el tiempo, por lo cual han dependido del apoyo que puedan otorgar organismos o instituciones externas de modo de hacerlas viables a través del tiempo. La forma de aproximación de quienes desde fuera de la comunidad quieren impulsar iniciativas de historia pública encaminadas a la justicia social es un factor susceptible de convertirse en una dificultad si no está bien ejecutada.

¹⁷ "Entrevista a Daniel Fauré-STNC-22 07 22", Radio Usach, 22 de julio de 2022. Disponible en: <https://anchor.fm/podcast-radio-usach/episodes/Entrevista-a-Daniel-Faur--STNC--22-07-22-e1lit6u/a-a89nfa4> [fecha de consulta: 24 enero 2023].

Los pobladores, por ejemplo, han denominado como 'extractivismo académico' el fenómeno de investigadores que acuden a las poblaciones para desarrollar sus proyectos, los cuales a su juicio, buscan principalmente la obtención de información para su propio beneficio¹⁸. Esta problemática, que aparentemente puede verse como una falla meramente de procedimiento, es en realidad mucho más profunda, porque se relaciona con la desconfianza de las comunidades hacia los profesionales que se aproximan a ellas de una forma vertical, paternalista o pasajera. Daniel Fauré puede dar cuenta de una experiencia exitosa en este sentido. Sobre de los primeros acercamientos del equipo del proyecto a la comunidad de Los Nogales, señala:

A mí me sorprendió que hubiera tan poca resistencia de parte de ellos a aceptar el proyecto y que un aspecto importante fuera lo legitimada que estaba la USACH en el territorio (...) y segundo, que nosotros fuimos bien insistentes en explicar la metodología¹⁹ (...) con ese ejercicio de

¹⁸ Daniel Fauré, historiador, en discusión con la autora, 17 de marzo 2023.

¹⁹ La metodología utilizada en el proyecto consistía en la realización de varias 'asambleas abiertas' o 'encuentros de memoria' en el primero de los cuales los pobladores y pobladoras decidían las temáticas y periodos de la historia de la población que serían trabajados a partir de sus memorias. Se utilizó la línea de tiempo en concordancia con la tradición de historias locales inaugurada en los ochenta. Los encuentros fueron realizados en la parroquia, un espacio legitimado en la población, que permitía reunir a representantes de tendencias políticas diversas. El equipo de la USACH conformado por Daniel Fauré y los estudiantes, solo sistematizaban las narrativas de memoria que iban surgiendo en los encuentros, por lo tanto, a los pobladores les quedaba claro desde un comienzo que los autores del libro serían ellos mismos. La responsabilidad de las convocatorias a los encuentros fue traspasada a los pobladores, de modo que ellos fueran los protagonistas de todo el proceso. Fauré, discusión.

honestidad intelectual también, la dirigencia, sobre todo, baja la guardia, dice 'ya probemos', o sea no fue así con los brazos abiertos, pero 'probemos, veamos qué sale' (...) nos dijeron 'sí, pero aquí ha venido gente, nosotros recibimos a todos', y el problema de ellos no era tanto con la lógica del extractivismo sino con la lógica de la permanencia, 'viene la gente, hace un proyecto muy lindo, nos sirve mucho, trabajan con niños, trabajan con mujeres pero después igual se van, igual nos dejan, si ustedes se quedan, bacán, pero vamos a ver si se quedan'...²⁰

Un trabajo horizontal, comprometido y colaborativo entre profesionales externos y miembros de la comunidad es clave para su éxito, sobre todo si se considera que los principios de la justicia social que persiguen proyectos de este tipo debieran estar presentes también en su proceso de ejecución.

3. Autoridad compartida y prácticas participativas en la Historia Pública

Por lo general, los miembros de las comunidades que participan de iniciativas colectivas en base a la historia oral no tienen un conocimiento experto o académico sobre el pasado como es el que pueden poseer los historiadores profesionales, pero tienen el conocimiento de su propia historia tanto individual como colectiva adquirido a través de la experiencia. Lo interesante es que junto con el conocimiento de los hechos, poseen también la ca-

pacidad de interpretar su pasado. Esto podría pensarse como una cualidad inherente al ser humano, que cuando mira su historia, no solo la reconstruye fácticamente sino también la interpreta²¹. Jeremy Brecher, uno de los líderes del Brass Valley History Project en Estados Unidos, se refiere a esta capacidad interpretativa de sus entrevistados. Brecher y su equipo llevaron a cabo un proyecto sobre la historia de los trabajadores de la industria del latón en el Valle de Naugatuck, hacia fines de la década de los setenta y comienzos de los ochenta. Entrevistado por Daniel Kerr en enero del 2016 y luego en enero del 2017, explicó que al entrevistar no solo buscaban el relato de los eventos sino también el sentido que estos tenían: *"We would ask people what they thought it meant (el evento relatado en la entrevista) and to put things into historical context. We really said, 'The people that we're approaching are the experts, and they're the theorists.' They had spent their entire lifetimes watching, listening, analyzing, trying to figure out what was going on. There were people who were just spectacular as far as their depth of understanding and reflection on what this whole experience meant"*²². Es decir, los testimoniantes tienen muy clara su historia, pueden reconstruirla sin mayores problemas a partir de la memoria. Sabemos que esta última es una representación del pasado realizada desde la subjetividad de los individuos y grupos; los hechos son narrados, ordenados,

²¹ Alessandro Portelli, *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*, La Plata, Prohistoria Ediciones/FaHCE, 2016, p. 23.

²² Daniel Kerr, "We're All Bozos on This Bus": An Oral History with Jeremy Brecher" en Denise D. Meringolo (ed.), *Radical Roots: Public History and a Tradition of Social Justice Activism*, Estados Unidos CIUDAD, Amherst College Press, 2021, p.169.

²⁰ Daniel Fauré, historiador, en discusión con la autora, 17 de marzo 2023.

puestos en contexto e interpretados de acuerdo al sentido que estos tienen para quienes rememoran a partir de un presente determinado. Cuando las comunidades y los historiadores públicos utilizan la fuente oral como forma de acceder al pasado lo hacen proyectándolo al presente y futuro de dichas comunidades, y por lo tanto el sentido que tiene la narrativa de memoria para sus propios enunciantes cobra relevancia y la interpretación del historiador o historiadora profesional pasa a segundo plano. El foco no está puesto en el resultado académico del proceso de investigación histórica, sino en cómo el conocimiento producido impacta en la vida de las personas para mejorarla. Lo que se escoge para narrar, lo que se deja fuera, cómo se narra, qué significado tuvieron los eventos mientras estaban teniendo lugar y en el momento de la entrevista, son todos aspectos que las comunidades y el historiador público ponen de relieve. A la vez, lo que ocurre con las comunidades en el proceso mismo de indagación también se releva, sean cambios en las formas de interpretar el pasado, de relacionarse con otros miembros de la comunidad o con las autoridades locales. Citemos el caso de las historias locales que se desarrollaron en los años ochenta en Santiago y otras localidades de Chile —a las que me he referido más arriba—. En ellas, las tomas de terreno que habían dado origen a muchas de las poblaciones de la capital eran relatadas con matices heroicos e incluso la narrativa adquiría características propias del realismo mágico²³. Se acuñó el

término ‘mito fundacional’ para referirse a la forma que adquiriría el relato de los orígenes, dado su componente de exageración o ficcionalidad²⁴. ¿Por qué el origen se narraba de esta manera? Una de las explicaciones a las que se llegó en el Seminario sobre Historias Locales organizado por ECO en 1993, fue que en las tomas y en los primeros meses que las siguieron se expresaron la determinación, la acción colectiva, la solidaridad y la organización de las pobladoras y pobladores que lograron mantenerse en los terrenos ocupados pese a la represión policial y a las precarias condiciones en las que debieron vivir en esos momentos. Y esto era motivo de orgullo, además de la consideración sumamente relevante de que provistos de historia, eran capaces de verse a sí mismos como actores en el escenario político-social en el cual se realizaba el ejercicio de memoria. Ello a su vez se tradujo en refuerzo e incentivo “... para el trabajo comunitario de base expresado en organismos de derechos humanos, organizaciones de subsistencia como las Ollas Comunes y los Comprando Juntos, grupos juveniles, comunidades cristianas y un sinnúmero de otras organizaciones de base...”²⁵ que actuaron desde una lógica de oposición a la dictadura. Una de las limitaciones en la interpretación del pasado realizada por las comunidades, es el riesgo de que ésta sea concebida como una

poblaciones albergaron a miles de mujeres, hombres y niños que no tenían casa y que en la gran mayoría de los casos habitaban en viviendas precarias levantadas en sitios marginales de las principales ciudades del país.

²⁴ Ana María Farías, Garces Mario y Nancy Nicholls, *Historias locales y democratización local. Ponencias, debate y sistematización del Seminario sobre Historias Locales organizado por ECO*, Santiago, ECO, 1993, p. 61.

²⁵ Nicholls, *op.cit.*, p. 274.

²³ Se denominan poblaciones a los conjuntos habitacionales urbanos que se levantaron a partir de mediados del siglo XX en Santiago y otras ciudades del país, como producto de tomas de terreno o como resultado de planes habitacionales estatales. Las

verdad absoluta o una versión única y unívoca de la historia. Es evidente que en el seno de una comunidad coexisten diferentes visiones sobre un pasado compartido, que provienen sobre todo de las memorias de sus miembros, y que en ocasiones incluso están enfrentadas y no dialogan. Ello tiene que ver con las diversas posturas político-ideológicas, así como con los diferentes roles y tradiciones organizativas que habitan al interior de las comunidades, o incluso con rivalidades de orden personal. Hacer dialogar la pluralidad de memorias e integrarlas en un relato que admita el disenso y el conflicto es importante en este sentido, para ampliar las posibilidades de interpretación. Abordar críticamente los diversos sentidos del pasado puede ser un ejercicio muy fructífero para las comunidades, que aporte además a la comprensión del rol que tienen los mitos, imaginarios y 'errores' presentes en las narrativas de memoria. Junto con el amplio desarrollo de las historias locales que comenzó de manera sistemática en los años ochenta y continúa hasta hoy, otra de las prácticas participativas favorables para el desarrollo de la historia pública en Chile es la actividad teatral. El teatro ha sido un dispositivo utilizado por dramaturgos y actores, pero también por historiadores públicos, para representar acontecimientos del pasado que por su impacto y trascendencia a nivel social y político han sido importantes de elaborar, evidenciar y comunicar. Un ejemplo de cruce entre historia y teatro es el proyecto que se realizó en el 2008 en la escuela de Teatro de la UC, sobre las vivencias de niños y niñas provenientes de familias opositoras a la dictadura militar que no habían sufrido represión directa. El proyecto contempló la realización de entrevistas de his-

toria oral a trece mujeres y hombres entre 30 y 48 años que habían sido niñas y niños para el golpe de Estado en septiembre de 1973 o para el ciclo de protestas populares (1983-1986)²⁶. La puesta en escena resultante fue de tipo experimental, en la cual el público entraba a la sala de teatro con walkmans y casetes —evocando los 80— que reproducían fragmentos seleccionados de las entrevistas para que fueran escuchados en determinados momentos de la obra. A través de esta forma inusual de incorporar las voces de los protagonistas a la teatralización realizada en el escenario por los actores, el público se conectaba con las historias de esas niñas y niños que se estaban representando. La memoria se gatillaba, en el caso del público que había vivido ese periodo histórico y las y los espectadores podían transportarse a través del recuerdo a vivencias similares de aquellos años. En una época en que había un corpus pequeño de investigaciones sobre los niños y niñas en dictadura, esta obra puso en el tapete una temática descuidada y olvidada. En varias funciones que tuvieron lugar ese año y en los años siguientes, el público asistente pudo visitar el pasado histórico reciente que había vivido o que había escuchado por boca de algún testigo de la época, o bien conocía en base a libros, *films*, documentales y otros dispositivos representacionales. Y como sucede con el teatro, luego de la función, los espectadores conversaban sobre la obra y de ese modo, un pasado silenciado —muchas veces porque las personas no creen relevante hablar de lo que

²⁶ María José Contreras, Milena Grass y Nancy Nicholls, "Pajarito nuevo la lleva. Teatro e memoria. Estrategias de representação e elaboração cênica de memória traumática infantil" en *Aletria*, vol. 17, Belo Horizonte, 2009, pp.157-158.

vivieron cotidianamente cuando niños y niñas, o bien porque sus experiencias en dictadura no les parecen suficientemente graves— pudo emerger y ser verbalizado, compartido e integrado a sus historias personales y familiares. También existe en Chile el teatro que aborda temáticas históricas, explicita su componente político y lleva las puestas en escena a espacios no tradicionales, articulando su trabajo con las propuestas y acciones de las comunidades con las que se vincula. Es el caso del colectivo Tarea Urgente formado en el año 2013, cuyas obras han estado centradas en la historia de los trabajadores y de los movimientos sociales en el Chile reciente. Una de ellas trató sobre los Cordones industriales, experiencia de organización política surgida desde las bases del movimiento obrero y de los partidos políticos de izquierda hacia fines del gobierno de la Unidad Popular. La idea de las integrantes del colectivo fue llevar la obra a diversos territorios de Santiago que históricamente no han tenido acceso al teatro y apoyarlos en los procesos sociales o políticos particulares que estaban impulsando. Por ello no se trata solo de una aproximación a las comunidades y organizaciones sociales para hacer una función, sino que el colectivo busca articularse con los territorios y representar la obra en diálogo con sus necesidades y demandas. Para ajustarse a las dinámicas de las organizaciones locales, el colectivo creó una versión corta de la obra Cordones industriales, que no necesitaba andamiaje ni iluminación ni los demás elementos propios de un montaje. Así, fue posible presentarla dentro del marco de actividades que las agrupaciones barriales tenían planificadas y que incluían múltiples participantes.

Una de las integrantes del colectivo relata:

“...cuando vino el estallido social, o sea en esa época, con esta muestra corta de Cordones industriales que armamos, es la muestra de veinte minutos, donde no tenemos los andamios, somos los personajes así nomás, con algunos textos, fuimos a muchas asambleas territoriales para apoyar su organización territorial, para a lo mejor ser parte de la Parrilla programática de sus actividades”²⁷.

Para el colectivo es fundamental compenetrarse con las comunidades, dialogar y entender su dinámica; es a la vez muy relevante transmitir el mensaje de transformación que está presente en las cuatro obras que han creado. Los espacios y comunidades donde representan sus puestas en escena son diversos, pero para el colectivo es importante ir a “esos lugares donde las papas queman, donde hay mucha precariedad, donde el mensaje activista, y el mensaje de transformación puede ser realmente potente, donde podemos escuchar y estar empapadas de lo que sucede en la población, con los niños, la mamá, la guagua, el perro, todo eso”²⁸. En el colectivo Tarea Urgente participan las historiadoras Ana López y María Graciela Acuña, pero las actrices han aprendido varios aspectos del oficio del historiador. Se han sumergido en las fuentes escritas para anali-

²⁷ “Teatro Tarea Urgente”, Entrevista No 4, Centro de Investigación, Archivo y Documentación Teatral, realizada por Vania Maturana, Lucía Espinosa, Héctor Ponce de la Fuente. Disponible en: <https://artes.uchile.cl/dam/jcr:c2c12dc4-d3a9-4e32-b2c6-8cac9b883c8e/entrevista-tarea-urgente-noviembre.pdf>. [fecha de consulta: 22 de enero de 2023].

²⁸ *Ibid.*

zalarlas y se han capacitado para realizar entrevistas de historia oral a las y los protagonistas de las historias que quieren visibilizar. Lo que las mueve a representar eventos históricos como el de los Cordones industriales es una finalidad política; se trata para ellas, de luchas que otros hicieron en el pasado, que intentan develar y comprender, y a la vez permitir que otros —el público— también conozcan y comprendan en el contexto actual. Explican:

“Nosotras no nos definimos como un teatro pedagógico, pero sí cumplimos y sí entramos en ese rol a veces. Todas nuestras obras tienen un componente educativo, entregan información que no es tan fácil de acceder (...) Los Cordones Industriales como una historia desconocida para nosotros, y resulta que la gente va a la Fábrica Outlet a comprarse ropa sin saber que esa era la fábrica Sumar donde se enfrentaron a cañonazos con un helicóptero en pleno 11 de septiembre. Entonces tiene que ver con romper con la hegemonía de los discursos, de la memoria...”²⁹.

Estos ejemplos muestran cómo la historia puede llevarse a públicos amplios a través del teatro; en ambos casos se trata de eventos de la historia reciente de Chile que dada su densidad histórica y la disputa de que han sido objeto, sobre todo a nivel de la memoria colectiva, se hace necesario visibilizar, debatir e interpretar. Lejos de buscar un consenso sobre un pasado complejo y disputado, más bien el objetivo que se persigue es darlo a co-

nocer, romper incluso el tabú que lo rodea y estimular las memorias personales y colectivas para movilizarlas en el presente. En última instancia, se plantea contribuir a la elaboración de un pasado que aún nos divide, o bien ponerlo a disposición de las comunidades de modo de incentivar procesos de transformación que estén teniendo lugar en su interior.

4. 50 años del Golpe de Estado en Chile y las posibilidades de la Historia Pública

En relación a los 50 años del golpe, pienso que el aporte y la diferencia de la historia pública respecto a la historia académica radica en el involucramiento de la comunidad en la conmemoración, sean los y las sobrevivientes, los familiares de las víctimas, las vecinas y vecinos de los barrios donde funcionaron los centros de detención clandestinos u otros miembros de la sociedad civil. Las conmemoraciones y más específicamente los memoriales y monumentos que recuerdan y honran a las víctimas del terrorismo de Estado bajo dictadura, han sido por lo general fruto de políticas públicas o acciones estatales específicas que responden a las demandas de los sobrevivientes, familiares de las víctimas y defensores de los derechos humanos. El involucramiento de estos varía, pero en los casos en que es significativo, la memoria cobra relevancia, con lo cual las víctimas no solo se conceptualizan como números o casos, y más relevante aún, no solo se definen por su condición de tales. El recurso a la memoria visibiliza sus biografías donde las militancias sociales y políticas, o las relaciones intersubjetivas son resignificadas y puestas en valor.

²⁹ *Ibid.*

Una experiencia de memorialización y conmemoración interesante es la que se llevó a cabo en la localidad de Paine, donde en 1973 fueron ejecutados o hechos desaparecer setenta hombres, en su mayoría campesinos, que habían participado de la Reforma Agraria durante el gobierno de la Unidad Popular. Si bien las viudas y otros familiares se movilaron tempranamente en busca de sus seres queridos, su constitución formal como Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Ejecutados de Paine, no se produjo sino hasta el año 2000. Ante la necesidad de las familias de visibilizar a las víctimas, y a la vez contar con un espacio de encuentro y rememoración, en el año 2002 y gracias al financiamiento del Estado se levantó el ‘Memorial Paine. Un lugar para la Memoria’, consistente en un bosque topográfico de, aproximadamente, 1.000 postes de madera. En su interior faltan 70 postes, que representan a las víctimas y que fueron reemplazados por mosaicos que sus familiares realizaron escogiendo escenas que los retrataran en su historia e identidad³⁰. La tercera generación se ha involucrado en la Agrupación y específicamente en el Memorial, con lo cual se ha generado una “agenda intergeneracional” como señalan Steve Stern y Peter Winn, que ha permitido a las y los jóvenes ‘conocer’ a sus abuelos y tíos abuelos, a la vez que proponer acciones de tipo cultural y pedagógico en la línea del respeto y defensa de los derechos humanos³¹. Esto es lo interesante de este pro-

ceso de memorialización y conmemoración de las víctimas; las mujeres primero —sobre todo las viudas— pero luego los jóvenes de la tercera generación, han sido los actores fundamentales en la constitución y mantención en el tiempo del Memorial Paine. Juan René Maureira, historiador y nieto de René Maureira, una de las víctimas de Paine desaparecida el 16 de octubre de 1973, ha sido uno de los principales dirigentes juveniles de la agrupación. De modo que iniciativas de historia pública como ésta, incorporan otra capa de significados a los eventos, aquella que proviene de la memoria de los familiares e incluso de las propias víctimas cuando estas han sobrevivido. La conmemoración, por lo tanto, recoge el entramado subjetivo con el cual la memoria se construye, cobrando importancia todo aquello que constituyó a la víctima más allá de su condición de tal: su militancia, su trabajo, su cotidianeidad, su personalidad y sus afectos.

En relación a las terceras generaciones, desde hace algunos años estas han comenzado a manifestar interés por involucrarse en los procesos de memorialización relacionados con las víctimas de la dictadura chilena. El interés proviene de los descendientes directos, quienes, como lo han demostrado estudios en el ámbito de la psicología social pueden ser afectados por las experiencias traumáticas de sus abuelos y abuelas³² lo cual influye en

morialización”, en Peter Winn, Steve J. Stern, Federico Lorenz y Aldo Marchesi, *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*, Santiago, LOM Ediciones, 2014, pp. 264-270.

³² Ximena Faúndez, Jean Luc Brackelaire y Marcela Cornejo, “Imágenes de la detención de presos políticos de la dictadura militar chilena reconstruidas por los nietos” en *Psykhé*, vol. 22, No 2, 2013, pp. 83-95.

³⁰ Vanessa Haro, Mauricio Ibarra y Catalina Riquelme, “El arte de recordar: trabajo de memoria y construcción narrativa de Memorial Paine” en *Persona&Sociedad*, vol. 34, No 2, Santiago, 2020, p. 79.

³¹ Steve J. Stern y Peter Winn, “El tortuoso camino chileno a la me-

la articulación de sus identidades, pero también ha surgido en otras y otros jóvenes cuyas familias no fueron directamente reprimidas. En ambos casos, estos jóvenes son portadores de una memoria heredada, que no siempre ha sido elaborada, o incluso conocida en su totalidad, pero que ellos buscan conocer, visibilizar y significar en su presente. La historia pública hace posible trabajar con la memoria de forma intergeneracional, provocando un diálogo entre experiencias y sensibilidades diversas, y aportando a la elaboración del pasado traumático a nivel individual y social.



Catalina Muñoz Rojas Historiadora de la Universidad de los Andes, con Maestría y Doctorado en Historia de la University of Pennsylvania. Profesora asociada del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad de los Andes (Colombia). Su trabajo se concentra en los usos públicos de la historia, especialmente en la aplicación de la historia a la construcción de paz en Colombia. Su interés está orientado a apelar a la historia y las narrativas como instrumentos poderosos para generar diálogo y evidenciar las causas estructurales del conflicto ante un público amplio y variado.

1. La Historia Pública y el historiador público

Las prácticas que hoy en día entran bajo la denominación de historia pública son muy diversas y están íntimamente ligadas con sus contextos. La historia pública en el sur global, por ejemplo, tiene connotaciones distintas que en el norte global. Desde mi propia práctica, ubicada en Colombia hoy, entiendo la historia pública como la producción de interpretaciones y relatos históricos —por históricos me refiero a que abordan la experiencia pasada, presente o futura como un fenómeno temporal— que cuestiona la idea decimonónica de que, para ser legítimo, el conocimiento histórico debe producirse exclusivamente en entornos académicos y de manera aislada al resto de la sociedad y de sus intereses. La historia pública tiene una comprensión más amplia de lo que constituye el conocimiento histórico y se enfoca en producirlo con y para públicos más allá de la academia. La historia pública resiste los esfuerzos por jerarquizar la producción de conocimiento histórico, que asumen que el único conocimiento histórico válido

y valioso es aquel que se produce bajo la autoridad disciplinaria de la profesión. Al cuestionar y resistir dichas jerarquías, reconoce que existen distintas formas de producción de conocimiento histórico en la sociedad, es decir, que en este proceso pueden participar actores diversos que no necesariamente son profesionales en la disciplina, se pueden utilizar distintas fuentes más allá de las que reposan en archivos históricos y se pueden producir distintos tipos de narrativas, escritas o no para públicos diversos. En este sentido, la historia pública tiende a ser colaborativa, estableciendo vínculos con actores sociales que no son profesionales en la disciplina, pero que están interesados en la producción de conocimiento histórico. Si bien puede basarse en investigación de archivo, también está abierta a explorar otras fuentes de evidencia menos tradicionales como pueden ser la historia oral, el paisaje o la corporalidad. Finalmente, su producción tiende a privilegiar géneros y formatos que faciliten diálogos amplios, incluyendo narrativas digitales, exposiciones, producciones en audio y audiovisuales, *performances*, entre otros. Pero más allá de estos aspectos formales, la historia pública invita a una reflexión en torno a estas preguntas: ¿De quién es el conocimiento? ¿Quién(es) tienen legitimidad para producirlo? ¿Para qué y para quiénes lo producimos? Estas preguntas adquieren un valor especial en sociedades profundamente desiguales como la colombiana, donde la producción de conocimiento ha estado aliada a la producción del poder tanto colonial como de las élites republicanas.

La idea de que solo es válido el conocimiento producido por académicos aislados de la sociedad, fundamental en los inicios de una

disciplina que necesitaba legitimarse, ha tomado distintas formas según los contextos y debe también historizarse, pues ni los historiadores ni el conocimiento son ajenos a su tiempo. La historia pública hace pues un llamado a entender la producción de conocimiento histórico como un hecho histórico en sí mismo, siempre enmarañado con las relaciones de poder de la sociedad donde se ubica.

2. Historia Pública, activismo y justicia social

El relato histórico ha sido una herramienta que los grupos humanos hemos usado para dar forma y legitimar identidades, así como para avanzar distintas causas en el presente. Las narrativas que contamos sobre el pasado son un elemento fundamental en la configuración de identidades de diverso tipo. Es amplia la historiografía que examina cómo distintos grupos humanos han forjado identidades a partir de narrativas sobre el pasado: identidades nacionales, étnicas, raciales, de género y de clase, por mencionar solo algunas¹. Todas, por supuesto, son políticas, pues son configu-

¹ Para algunos ejemplos ver: Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*, México D.F. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993; John R. Gillis (ed.), *Commemorations: The Politics of National Identity*, Princeton, Princeton University Press, 1996; Joanne Rappaport, *Cumbe Reborn: An Andean Ethnography of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1994; Daniel James, *Doña María: Historia de Vida, Memoria e Identidad Política*, Buenos Aires, Manantial, 2004; Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002; Alessandro Portelli, *La orden ya fue ejecutada: Roma, las fosas ardeatinas, la memoria*, México (CIUDADAD?), Fondo de Cultura Económica, 2004; David W. Blight, *Race and Reunion: The Civil War in American Memory*, Cambridge, Harvard University Press, 2002; Steve J. Stern, *Recordando el Chile de Pinochet, en vísperas de Londres 1998*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2009.

radas por las personas en el marco de luchas por el poder, por el posicionamiento de grupos sociales y por la definición de lo que se considera justo o injusto, moralmente aceptable o inadmisible. De hecho, la historiografía de las últimas décadas se ha dedicado precisamente a señalar cómo esas identidades, lejos de ser universales o neutras, son un producto histórico y por tanto no pueden entenderse por fuera de los contextos sociales, económicos, culturales y políticos en los cuales se producen.

La historia pública, en tanto práctica que produce y difunde conocimiento sobre el pasado con y para públicos no académicos, tiene enorme potencial para el desarrollo de identidades políticas y el activismo, pero este potencial es también muy debatido. La disciplina histórica actual, encarnada en departamentos de historia universitarios, revistas, organizaciones profesionales, congresos y conferencias, es heredera de una fuerte tradición que desde el siglo XIX ha fundamentado la legitimidad del conocimiento histórico en su aislamiento e independencia de los mundos que estudia. La premisa de que el historiador debe mantenerse neutro y distante de su objeto de estudio como prerrequisito de la rigurosidad, sigue teniendo mucho peso hoy, incluso tras décadas de crítica posmoderna y poscolonial que ha evidenciado la relación entre la producción de conocimiento y las estructuras de dominación.

Actualmente, el involucramiento de los historiadores ubicados al interior de la academia en procesos de creación de conocimiento que involucren el uso de la historia con miras a tener algún impacto en el orden social del presen-

te —es decir, con fines políticos— sigue siendo objeto de críticas. Un ejemplo, desde la misma historia pública, es el libro *Public History. A Textbook of Practice* de Thomas Cauvin. Hacia el final del libro, Cauvin incluye una sección sobre la historia pública activista, en la cual se muestra cauteloso frente al trabajo del historiador comprometido con la justicia social: “es necesario insistir en que el activismo por parte de los historiadores es controversial dado que con frecuencia se basa en sus convicciones personales”². También en su libro *Introduction to Public History*, Cherstin M. Lyon, Elizabeth M. Nix y Rebecca K. Schrum previenen a los lectores de que, si bien el historiador público puede aproximarse al activismo, “el historiador público siempre está regido ante todo por la ética de la profesión histórica”³. De esta manera, reafirman la necesidad de que el historiador se ubique fuera de las estructuras de poder con las que pueda involucrarse su trabajo. Más allá de la historia pública, en el campo de la historia académica esta postura opuesta al involucramiento por parte de los historiadores en los debates políticos de su presente se hizo evidente recientemente en una columna del presidente de la American Historical Association, James Sweet. En su columna de agosto de 2022 en la revista *Perspectives on History* lanzó una fuerte crítica a los historiadores cuyo trabajo intenta tener relevancia política en el presente por caer en el presentismo, es decir, promover miradas

² Thomas Cauvin, *Public History: A Textbook of Practice*, Nueva York, Routledge, Taylor & Francis Group, 2016, p. 231. Todas las traducciones son mías.

³ Cherstin M. Lyon, Elizabeth M. Nix, y Rebecca K. Shrum, *Introduction to Public History: Interpreting the Past, Engaging Audiences*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2017, X.

que, al buscar continuidades entre el presente y el pasado pierden de vista el deber-ser de la disciplina: estudiar el pasado en sus propios términos sin teñirlo desde el presente⁴.

Estas críticas, quiero argumentar, están atadas a una visión conservadora de la disciplina que sigue insistiendo en que los historiadores debemos y podemos ser neutrales al enfrentarnos a nuestro objeto de estudio y que nuestro trabajo no debe involucrarse con lo político. De esa manera, entre más removido en el tiempo esté el objeto de estudio, mejor. Así, hemos dejado el estudio del pasado reciente a politólogos, sociólogos, abogados, entre otros. Los eventos de las últimas décadas no se consideran historizables pues el historiador está aún involucrado⁵. La añorada neutralidad implicaría poder librarnos de los hilos que nos unen a un posicionamiento temporal y espacial para observar desde “afuera” aquello que estudiamos. Difícilmente podríamos argumentar hoy que esto sea posible, incluso si estudiamos un periodo muy distante de nosotros en el espacio y en el tiempo. ¿Cómo evitar que nuestras preguntas, nuestros métodos, nuestras fuentes, nuestras interpretaciones, estén desligadas de los mundos sociales en los que estamos insertos y sus relaciones de poder?

⁴ James H. Sweet, “Is History History? Identity Politics and Teleologies of the Present”, en *Perspectives on History*, 17 de agosto de 2022. Disponible en: <https://www.historians.org/research-and-publications/perspectives-on-history/september-2022/is-history-history-identity-politics-and-teleologies-of-the-present>. Ver también: Joan W. Scott, “History is Always About Politics”, en *The Chronicle of Higher Education*, el 24 de agosto de 2022, <https://www.chronicle.com/article/history-is-always-about-politics>.

⁵ Henry Rousso, *La última catástrofe: la historia, el presente, lo contemporáneo*, Chile CIUDAD??, Editorial Universitaria, 2018.

No parece sostenible mantener el mito de que la producción de conocimiento puede estar fuera de la historia, y por lo tanto ser independiente de las estructuras que organizan y jerarquizan una sociedad. Los historiadores, como nos lo recuerda Michel-Rolph Trouillot, somos actores sociales y narradores de historias a la vez, y estos dos elementos son indisolubles⁶.

Eso no quiere decir que desaparezca cualquier criterio para evaluar la calidad de las historias que narramos. Producimos narrativas dentro de unos marcos metodológicos consensuados, que no son universales y por tanto pueden cambiar en el tiempo, pero ofrecen un marco común para definir qué es conocimiento legítimo en un momento y lugar particular y qué no lo es. Las narrativas que resultan de este proceso no apuntan a presentar verdades irrefutables; ofrecen interpretaciones coherentes y convincentes, que nos permiten explicar no solamente el qué ocurrió sino el por qué y sus significados. Los marcos metodológicos que usamos son los que garantizan la rigurosidad y pueden hacer de la historia un terreno fértil —y necesario— para el debate democrático. Los intentos por usar la historia con fines políticos que hacen caso omiso de estos marcos y que limitan la comprensión de la historia a un mero aporte de datos en función de apoyar una idea predeterminada (como si fuéramos jueces buscando la prueba reina capaz de dar por terminado un debate) son usos dogmáticos que, más que fomentar una conversación informada y crítica, buscan cerrar la conversa-

⁶ Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past: Power and the Production of History*, Boston, Beacon Press, 2015.

ción. Es un uso de la historia que vemos con frecuencia hoy, tan problemático cuando lo usa la derecha como cuando lo usa la izquierda, y no solo por el uso de datos falsos o “fake news”, lo que por supuesto es preocupante, sino porque el énfasis mismo en los datos distrae nuestra atención de los debates políticos subyacentes. Un ejemplo: en varios países latinoamericanos se han hecho grandes esfuerzos por aclarar datos de pasados difíciles, como cuántas personas fueron desaparecidas y quién dio la orden. Conocer estos datos es de suma importancia. Sin embargo, el aclararlos no necesariamente pone fin al debate político. Hay otras preguntas espinosas: ¿Qué causó la violencia? ¿Por qué los desaparecieron? ¿Quién se benefició y quién salió perjudicado? ¿En qué contextos es legítimo el uso de la violencia? Estas preguntas requieren datos, pero su respuesta no se limita a ellos. Requieren también interpretación y, de manera muy importante, nos enfrentan a cuestiones éticas. Son preguntas indisociables de nuestra vida política, centrales para imaginarnos un futuro.

Lo problemático entonces no es el reconocimiento del carácter político de la práctica histórica, sino el limitar su aporte a una concepción enciclopédica que se aferra al presentar datos sin una lectura crítica, íntegra, balanceada, cuidadosa de la complejidad, capaz de proponer interpretaciones sustentadas y abiertas al debate. Dicho de otra manera, el error está en asociar el rigor exclusivamente con el aporte de datos verídicos —como si la historia no pudiera producir más que eso y como si los datos hablaran solos— y asociar esto a su vez con la neutralidad.

En el año 2016 cofundé el proyecto de historia pública *Historias para lo que viene* con un grupo de colegas historiadoras y estudiantes. Este trabajo me ha conducido a las reflexiones anteriores y también se ha nutrido de ellas. Surgió de identificar una ausencia de reflexión histórica en las conversaciones públicas sobre los acuerdos de paz que firmó el gobierno colombiano con la guerrilla de las FARC en 2016. Las conversaciones en los medios de comunicación y en nuestra cotidianidad, abordaban en su mayoría la construcción de paz como un asunto del presente y era poco lo que se mencionaba del pasado. Para nosotros, como historiadores, resultaba evidente que la construcción de un futuro donde las distintas formas de violencia que ha vivido nuestra sociedad dejaran de repetirse, implicaba considerar las raíces históricas de dicha violencia. Para prevenirla, es necesario comprenderla y transformar estructuras históricas de exclusión. De hecho, los acuerdos de paz incorporaron esta visión, como resultado de la participación que tuvieron en ellos distintas organizaciones de víctimas incluyendo organizaciones de mujeres y de comunidades indígenas y afrocolombianas. Pero el debate público siguió enfocado en una noción de justicia centrada en el papel de individuos perpetradores y no en estructuras sociales, económicas, políticas y culturales que permiten la producción y reproducción de la violencia.

Historias para lo que viene partió pues del reconocimiento de que el debate público en Colombia es pobre históricamente, y eso se debe al menos en parte a lo aislada que ha estado la academia en las últimas décadas. Nos pro-

pusimos diseñar estrategias para enriquecer el debate público desde la historia, pero buscamos ir más allá de la difusión y aproximarnos a la historia como una herramienta que puede producir cambios. Así como las narrativas históricas han sido parte de la configuración de relaciones de poder, pueden contribuir a cuestionarlas y transformarlas. Uno de los proyectos que estamos desarrollando es la producción de narrativas para radio —buscando con esto una circulación amplia— sobre la historia del país desde la perspectiva y con la participación de las comunidades que más han sufrido las consecuencias de la guerra y que, no es casualidad, son comunidades excluidas históricamente sobre las cuales sabemos poco y pesan muchos prejuicios. Desde el siglo XIX, narrativas históricas nacionales —académicas y populares— han repetido nociones de estas comunidades como ajenas a la modernidad, a la política y a la historia. Estos relatos hegemónicos y el proyecto de estado-nación excluyente han sido cuestionados insistentemente por distintas comunidades. En *Historias para lo que viene* articulamos una mirada crítica de las narrativas hegemónicas de la nación, informada por la metodología de la historia académica, desde los cuestionamientos que han formulado las comunidades excluidas. Planteamos proyectos conjuntamente, que responden tanto a los intereses de los historiadores públicos como a los de la comunidad con la que colaboramos, y rastreamos juntos su papel en la historia, su agencia, y cuestionamos nociones de la historia lineales y teleológicas, que han asumido que los proyectos del progreso y del estado-nación liberal son neutros e incluyentes. Conscientes de las limitaciones del conoci-

miento académico, que no es ni puede ser universal ni exhaustivo, y su relación íntima con el poder colonial, la metodología que usamos reconoce que cada integrante del grupo —que incluye miembros de la comunidad, académicos y comunicadores— tiene conocimiento y experiencia para aportar. Utilizamos la historia oral como herramienta para construir entre todos el relato histórico y la ponemos en diálogo con la historiografía existente. Las narrativas que producimos se alejan de los géneros académicos al producir relatos en audio, para *podcast* y radio, en los que figuramos todos como autores.

Este es un proyecto sin duda activista. Busca poner la indagación crítica histórica, que se pregunta por las maneras como se forjan las relaciones de poder en el tiempo, al servicio de un interés presente que es la construcción de una sociedad más justa. Parte del reconocimiento de que la historia, como campo del conocimiento, ha sido actor de la configuración de estructuras excluyentes que han propiciado la violencia y propone una intervención frente a ello. Pero este reconocimiento no implica renunciar a la posibilidad de conocimiento y a la necesidad de contar con unas normas compartidas, coherentes más no universales o ahistóricas, que nos ayuden a determinar qué es conocimiento legítimo y cómo evaluarlo. Como ha señalado la socióloga feminista boliviana Silvia Rivera Cusicanqui, un proyecto descolonizador como este, que busca la coexistencia de epistemologías diferentes, puede generar diálogo pero también tensión; complemento pero también antagonismo. No pretendemos encontrar un modelo ideal, único, definitivo. Más bien experimentamos, abiertos a aprender y desaprender.

Por supuesto, el alcance de este trabajo activista está atado a su capacidad de ser reconocido como legítimo. A la vez que no pretendemos ser neutrales, pues nos mueve un interés cívico orientado a desafiar la injusticia y a promover el debate democrático crítico y plural, tenemos un compromiso con la rigurosidad. Al decir que este trabajo se reconoce político, no me refiero a una noción partidista, dogmática y reducida de lo político, en búsqueda de imponer un relato oficial, de romantizar actores históricos, o definir una verdad incuestionable que justifique un orden social particular. Me refiero a la producción de una historia inquisitiva y crítica, comprometida con el estudio riguroso de la forma como han operado históricamente los sistemas de dominación, jerarquización y exclusión, así como los esfuerzos por resistirlos y transformarlos. Esto implica trabajar desde fuentes primarias, contrastando distintos puntos de vista, contextualizándolos, identificando intereses, cuestionando críticamente toda postura en tanto histórica, incluida la propia. Se trata pues de una ética guiada por dos principios, sin que ninguno sea más importante que el otro: el de la rigurosidad profesional (con la producción de conocimiento coherente y relevante que, al seguir las normas que hemos acordado al interior de la disciplina, sea considerado legítimo) y un compromiso con la transformación del presente en función de lograr una sociedad más justa.

¿Qué entiendo por una sociedad más justa? El concepto de justicia social es de difícil definición y ha generado complejos debates en la filosofía. Me he apoyado en el filósofo nigeriano-americano Olúfemi Táíwò quien ha

abordado el tema con mucha claridad para proponer además un abordaje histórico a la justicia social⁷. Desde una mirada inicial, se podría pensar que la justicia tiene que ver con la distribución de la riqueza. Sin embargo, filósofos como John Rawls han argumentado que una visión desde lo monetizable es insuficiente, pues hay también bienes sociales como son los derechos, los deberes o el respeto que son deseables para las personas. Pero la justicia no tiene que ver solo con la distribución de bienes, sean estos materiales o no. Amartya Sen y Martha Nussbaum han señalado que, además de los recursos, es necesario tener en cuenta la capacidad u oportunidad que tienen las distintas personas para ser y hacer lo que quieren. Factores como el medio —natural y construido— o las interacciones sociales posibles, determinan qué tan efectiva es nuestra libertad. Añadiendo otra capa aún, otros filósofos han señalado que, en las interacciones sociales cotidianas, hay patrones o estructuras informales que seguimos en la distribución de cuidado y atención que generan formas sistemáticas de exclusión. Estos patrones determinan qué es lo “normal” al momento de formular una política, diseñar una herramienta o definir cómo estudiar una enfermedad⁸. Podríamos decir, entonces, que la justicia social involucra intervenir en el flujo de recursos materiales y sociales para lograr una distribución más equitativa tanto de recursos como de oportunidades, aten-

⁷ Olúfemi O. Táíwò, *Reconsidering Reparations*, Philosophy of race series, Nueva York, Oxford University Press, 2022, pp. 87–98.

⁸ Para una interesante mirada desde el diseño ver: Sasha Costanza-Chock, *Design Justice: Community-Led Practices to Build the Worlds We Need (Information policy)*, Cambridge, MIT Press, 2020.

diendo a los patrones de relacionamiento entre las personas que han generado exclusión. Además de presentar estas concepciones de justicia social, Táiwò argumenta que es fundamental adoptar una mirada histórica al pensar la justicia y critica algunas de las teorías más influyentes —como la de Rawls— por tener una visión de “foto instantánea” que se aproxima a la justicia distributiva como un asunto exclusivamente del presente, abstrayéndola de la historia. Mirar solo el presente, argumenta, nos da una mirada incompleta, pues las desigualdades de hoy hacen parte de sistemas formados históricamente que movilizan recursos, ventajas y desventajas en unas direcciones y no otras. En el mismo sentido, argumenta que muchas teorías de la justicia se ubican espacialmente al nivel del estado-nación y aboga por la necesidad de una mirada global dado que no podemos entender la distribución de bienes en un solo país sin atender al hecho de que los países operan como parte de un sistema global y no independientemente. Atender a las dimensiones temporales y espaciales del funcionamiento de este sistema, al cual llama el “imperio racial global”, es fundamental para atender al problema de la justicia social actualmente. Las injusticias no son solo del aquí y el ahora. Las injusticias distributivas son históricas y están atadas a un sistema global que reparte ventajas y desventajas, ganancias y costos, de forma desigual y que debe ser replanteado para poder diseñar un futuro más justo⁹. En la medida en que la justicia no es asunto únicamente del presente, sino que está atada al pasado del cual hemos heredado las

estructuras que producen injusticia, la historia —y en particular la historia pública— tiene mucho que aportar. El primer aporte de la historia, y quizás el más obvio, tiene que ver con ofrecer una explicación de las condiciones actuales. La investigación histórica puede ayudarnos a comprender cómo se han configurado en el tiempo y el espacio las distintas formas de jerarquización social que han producido el acceso diferenciado que tienen hoy poblaciones como las mujeres, las personas negras, las personas indígenas, los países del sur global, entre otros, a distintos recursos y oportunidades incluyendo la educación, la vivienda, el conocimiento, el crédito y la justicia. Pero el aproximarnos a las condiciones del presente, no como una realidad universal, atemporal o eterna, sino como producto de un flujo histórico es fundamental no solo para comprenderlas, sino también para imaginar y actuar a futuro. El pensarnos como actores históricos, vinculados al pasado, también nos permite pensarnos en tanto seres vinculados con el futuro a través de nuestra capacidad de agencia. No se trata de fusionar pasado, presente y futuro, señalando únicamente continuidades de un eterno presente que se extiende en ambas direcciones, lo que nos haría víctimas del patriarcado de siempre, la dominación blanca de siempre, el atraso de siempre. La historia nos enseña a comprender los distintos momentos en su propia dimensión, en su particularidad. Se trata pues de insertar una mirada temporal y atender a los cambios y continuidades en nuestras lecturas del pasado, del presente y en nuestras miradas al futuro. Esto puede permitirnos desnaturalizar identidades y conceptos que damos por

⁹ Táiwò, *op.cit.*, pp.84–87.

universales. Pienso por ejemplo en la manera como quienes habitamos el sur global tendemos a identificarnos con pasados de violencia, de atraso, de carencia, volviéndolos identidades naturales inalterables. Si comprendemos esas ideas en tanto históricas, es decir, como producto de un momento y un lugar y sus relaciones de poder particulares, entonces dejan de aparentar ser fijas y se vuelve imaginable cambiarlas. La violencia de nuestras sociedades en Latinoamérica, por ejemplo, no siempre ha sido igual. Se trata de distintas formas de violencia, o más bien, de violencias en plural, cada una con sus condiciones y características particulares. Historizar lo que aparenta ser natural puede permitirnos apropiarnos de nuestra agencia, es decir, de nuestra capacidad para replicar o no esas violencias, para imaginar un mundo distinto, para ampliar el rango de lo que nos parece posible¹⁰. La historia nos permite comprender que ideas como la nación, la modernidad, el progreso o la superioridad blanca, no son ahistóricas sino que han sido configuradas y reconfiguradas por grupos humanos a partir de condiciones e intereses particulares. Además, si nos salimos de los relatos oficiales, la historia está llena de experiencias de resistencia, de desafío y de propuestas alternativas al proyecto excluyente de la modernidad¹¹.

¹⁰ Esta idea de que la historicidad nos permite a la vez conocer y actuar es desarrollada en torno al imaginario de la historia de Colombia como una historia eterna de violencia en: Constanza Castro, "Historicizing Violence, Politicizing the Present", en *Public History Weekly*, No. 8, 21 de octubre de 2021. Disponible en: <https://doi.org/10.1515/phw-2021-18867>.

¹¹ Para una propuesta riquísima de cómo el explorar momentos de insurgencia perdidos en la historia puede revelar proyectos de "modernidades alternativas" y ayudarnos a imaginar futuros diferentes ver: Massimiliano Tomba, *Insurgent Universality: An Alternative Legacy of Modernity*, Nueva York, Oxford University Press, 2019.

La historia pública se enfrenta pues a un reto enorme para hacer aportes a la justicia social. La propuesta que vengo delineando, involucra un ejercicio de pensamiento histórico que se involucra no solo con la generación de conocimiento sobre el pasado, sino con un cuestionamiento de la manera como hemos pensado los límites entre pasado, presente y futuro para poder intervenir en el presente. Es un ejercicio que tiene un carácter evidentemente político. Las estructuras institucionales que tenemos hoy para la producción de pensamiento histórico no fueron creadas con este fin. Por el contrario, nos invitan a producir conocimiento "puro" sobre el pasado, desvinculado con el presente, sin que el futuro aparezca en ninguna conversación. Las reglas de ascenso profesoral, por ejemplo, nos invitan a producir conocimiento en forma de monografías académicas que aportan comprensión, lo cual por supuesto es importantísimo, pero no nos incentivan a vincular esa comprensión con formas de acción en el presente. Este trabajo es subvalorado e incluso, para algunas personas, no deseable en tanto se percibe como no riguroso y como amenaza a la legitimidad de la disciplina. ¿Quién pierde y quién gana cuando la historia se involucra con asuntos de justicia social en el presente? Si ese involucramiento se hace desde una posición política simplista, apoyando sin cuestionamiento una postura partidista o renunciando a los principios compartidos de rigurosidad que dan legitimidad a nuestro conocimiento, perdemos todos. Pero, si el involucramiento se hace acatando las normas compartidas de coherencia para producir conocimiento que se considere válido —que incluyen, por ejemplo,

la lectura crítica de fuentes primarias que se pregunta por los contextos e intereses en juego, la incorporación y contraste de distintos puntos de vista y el cuestionamiento crítico de la evidencia y de nuestros propios presupuestos— y reconociendo la historicidad de la disciplina y de nosotros mismos como investigadores, se enriquece el debate democrático.

3. Autoridad compartida y prácticas participativas en la Historia Pública

La mejor manera de presentar lo que entiendo por autoridad compartida y mi manera de poner en práctica métodos participativos es a través de mi trabajo actual. Ana Luisa Ramírez y Jenry Serna son dos líderes sociales afrocolombianos de la región del Bajo Atrato, en el Departamento del Chocó colombiano, con quienes estamos produciendo actualmente una serie sonora de ocho episodios titulada *Nuestra Orilla*. En 1997, cuando ellos eran apenas adolescentes, las comunidades ribereñas a las que pertenecen sufrieron un desplazamiento forzado masivo por parte de distintos grupos armados, incluyendo al ejército colombiano, y se vieron obligados a vivir en un campo de refugiados al que lograron llegar tras caminar por un mes atravesando la selva. Desde entonces, Ana Luisa y Jenry se perfilaron como líderes comunitarios y han venido trabajando por mejorar las condiciones de su comunidad en diversos temas, incluyendo la defensa del derecho colectivo de las comunidades negras a vivir digna y pacíficamente en su territorio, la protección de los derechos de las mujeres y el fortalecimiento de las organizaciones étnico-territoriales. Como parte de su lideraz-

go, identificaron la necesidad de fortalecerse en el área de las comunicaciones para poder contar la historia de sus comunidades desde el territorio mismo. Esta necesidad estaba atada a varias preocupaciones. La primera era el hecho de que periodistas e investigadores visitan constantemente este territorio y buscan su ayuda para poder reportar y entender la experiencia de sus comunidades, pero a pesar de que ellos los acompañan a hacer las entrevistas correspondientes, los investigadores se van y no queda nada a las comunidades. La segunda, que al no existir repositorios de información locales, la gente joven no conoce la historia de su propia comunidad y en particular, no conoce las luchas de sus antepasados por garantizar su derecho a vivir dignamente en sus territorios. La tercera motivación fue la de contrarrestar estereotipos que pesan sobre la gente negra del Chocó colombiano. En los medios de comunicación e incluso entre políticos prevalecen nociones de sus comunidades como atrasadas, apolíticas, perezosas, precarias material e intelectualmente. Ante el desplazamiento, por ejemplo, Ana Luisa y Jenry encontraban ofensivo el ser representados únicamente en tanto víctimas y querían resaltar que, ante la tragedia, las comunidades respondieron con distintas iniciativas organizativas y lograron retornar al territorio como producto de sus propias luchas y no de ayudas externas. Por todo esto decidieron capacitarse para investigar, documentar y contar ellos mismos sus historias. Este apelar a la historia, al pasado, para fortalecer y reivindicar identidades en el presente, no es por supuesto una excepción en el caso de Ana Luisa y Jenry. Como mencioné en el apartado anterior, son muchísimos los casos que

ha documentado la historiografía en los que identidades de distinto tipo se han definido y configurado apelando al pasado. La relación entre la memoria y las identidades nacionales, por ejemplo, ha recibido muchísima atención¹². Como individuos, también lo hacemos. Nuestras identidades están atadas a las historias que nos contamos sobre nuestras trayectorias personales y familiares. Por supuesto, las narrativas del pasado que se construyen con miras a configurar una identidad, son interpretaciones generadas desde el presente, desde sus preguntas, preocupaciones e intereses. Toda narrativa del pasado lo es, las producidas por no académicos y las producidas por académicos. Pero también las narrativas de académicos y no académicos tienen el reto de la credibilidad. Una narrativa no creíble, simplista, romantizante o sectaria, no tendrá mayor legitimidad y será fácilmente cuestionada. Académicos y no académicos podemos enriquecer las historias que producimos si fortalecemos nuestro trabajo desde la experticia y conocimiento que ambos podemos aportar. Eso es justamente lo que intentamos hacer desde *Historias para lo que viene* en nuestra colaboración con Ana Luisa y Jenry. Como expliqué, ellos tienen un interés particular por producir y narrar la historia de las comunidades negras del Bajo Atrato desde el territorio mismo. No es un interés sectario frívolo, de

¹² Algunos ejemplos clásicos son: Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984; Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Revised edition), Londres; Nueva York, Verso, 1991; John E. Bodnar, *Remaking America: Public Memory, Commemoration, and Patriotism in the Twentieth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1994; Gillis, *Commemorations*; Hobsbawm y Ranger, *La invención de la tradición*. FALTA INFORMACIÓN

presentar a sus comunidades de manera romántica; es más bien un interés constructivo por cuestionar las relaciones de poder a las que han estado sujetos. Desde *Historias para lo que viene* tenemos también un interés por producir y narrar dicha historia, como parte de una agenda que busca poner el conocimiento histórico al servicio de la justicia social en Colombia, interrogando las estructuras de poder persistentes y su funcionamiento detrás de categorías que aparentan neutralidad como la de nación, la de modernidad, o incluso la de historia. El hecho de que ni ellos ni yo nos aproximamos a este proyecto desde la neutralidad o sin agenda alguna, no implica que abandonemos la rigurosidad. De ella depende en buena medida que logremos nuestro objetivo, que es convencer a las audiencias de que la historia que estamos produciendo tiene valor, e invitarlos a hacerse preguntas e iniciar diálogos productivos a partir de la misma. ¿Cuál es el rol de cada participante en este proceso? Me voy a centrar únicamente en el rol de ellos, como representantes de su comunidad, y el mío como historiadora, dejando de lado otros colaboradores fundamentales que aportan desde el periodismo, la antropología, el diseño sonoro y el diseño gráfico. Empecemos con el aporte de la comunidad. En este caso, estamos contando la historia de las comunidades negras del Bajo Atrato sobre las cuales es poco lo que ha escrito la historiografía académica. Sabemos poco sobre ellas pues la producción de conocimiento histórico académico no ha sido ajena a las jerarquías históricas raciales y regionales de Colombia que han privilegiado el estudio de los actores blancos, ubicados en las zonas altas en el centro del país. En

esta historiografía, las comunidades étnicas afrodescendientes e indígenas, especialmente las ubicadas en las zonas bajas marginales, o bien no aparecían o han sido representadas por mucho tiempo como premodernas, apolíticas, atrasadas o precarias. Así, historias nacionales guiadas por los ideales de progreso, modernización y desarrollo, vieron a estas comunidades como ajenas o como obstáculos de la historia nacional. Esto ha empezado a cambiar en las últimas décadas, a partir del trabajo de algunos historiadores de la región, como el historiador Sergio Mosquera, como también de historiadores que desde los centros de poder —en Colombia y fuera de ella— han empezado a rescatar el papel de los llamados grupos subalternos en la historia, incluyendo a las poblaciones negras del Chocó. Estos trabajos han excavado el archivo en busca de documentos que dan cuenta, por ejemplo, del papel que jugaron las poblaciones negras en la abolición de la esclavitud, en la economía de exportación, en el logro de la independencia administrativa de su departamento, en la titulación colectiva de tierras y en los debates en torno al desarrollo¹³.

¹³ Ver por ejemplo: Sergio Mosquera, *De esclavizadores y esclavizados en la provincia de Citará: ensayo etno-histórico, siglo XIX*, Quibdó, Promotora Editorial de Autores Chocoanos, 1996; Sergio Mosquera, “Los procesos de manumisión en las provincias del Chocó”, en Claudia Mosquera, Muricio Pardo, Odile Hoffman (eds.), *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias a 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional/ ICANH, 2002, pp. 99–119; Yesenia Barragán, *Freedom's Captives: Slavery and Gradual Emancipation on the Colombian Black Pacific*, Cambridge/Nueva York, Cambridge University Press, 2021; Claudia Leal, *Paisajes de libertad: el Pacífico colombiano después de la esclavitud*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2020; Pietro Pisano, *Liderazgo político “negro” en Colombia, 1943-1964*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2012; Eduardo Restrepo y Axel Alejandro Rojas (eds.), *Conflicto e (in)visibilidad: retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, Popayán, Universidad del Cauca, 2004; Claudia

Los trabajos existentes tienden a concentrarse en ciertas zonas del pacífico colombiano, para las cuales se encuentra más documentación en el archivo: los centros mineros durante el periodo colonial y los centros comerciales y administrativos durante el periodo republicano. Sin embargo, hay zonas como el Bajo Atrato para las cuales la documentación es muy escasa. Contar la historia de esta zona implica apoyarse en lo que pueda aportar la historiografía existente y complementarlo con historias orales. Para esto, el rol de Ana Luisa y Jenny es fundamental. Ellos conocen a los líderes de su comunidad y tienen acceso a entrevistas con profundidad pues ya hay relaciones de confianza establecidas que serían más difíciles de lograr para un investigador externo. El papel de Ana Luisa y Jenny también es crucial en la definición de a quiénes entrevistar y hacia qué temas orientar las entrevistas. Ellos conocen las experiencias de organización, de acomodación y de resistencia de sus comunidades, que permiten cuestionar los relatos de la modernidad en los cuales o han estado ausentes o se han asumido pasivos. Además, ellos conocen las lógicas del registro histórico en sus comunidades, que no reposa únicamente en documentos —como tiende a ocurrir en otras tradiciones históricas como la nuestra— o en la oralidad, sino también en el territorio mismo. La relación que establecen estas comunidades entre el relato histórico y la espacialidad es distinta a la nuestra. Voy a dar un ejemplo. Como

Leal y Eduardo Restrepo, *Unos bosques sembrados de aserríos: historia de la extracción maderera en el Pacífico colombiano*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2003; Kiran Asher, *Black and Green: Afro-Colombians, Development, and Nature in the Pacific Lowlands*, Durham, Duke University Press, 2009.

dije anteriormente, estas comunidades fueron desplazadas de su territorio en 1997 por distintos actores armados. Relatar este desplazamiento pasa por entender lo que significó para quienes lo vivieron. Para estas comunidades su territorio no es solo su hogar y modo de sustento. En él están forjadas sus identidades e historias, construidas a través de la práctica del ombligamiento. Cada vez que un niño nace, su ombligo es enterrado bajo una planta, lo que forja una relación estrecha entre cada persona y el lugar donde está su ombligo. Cuando alguien relata su historia familiar, esta historia está entrelazada con los lugares de ombligamiento. El desplazamiento tiene entonces un significado particular. Cuando alguien es separado de su territorio, también es separado de sus ancestros, de su identidad, de una parte fundamental de su ser y su comunidad. Si el objetivo es contar la historia de estas comunidades de manera colaborativa, debe haber espacio para formas de conocimiento distintas. Nuestra colaboración parte del reconocimiento de que todos tenemos algo que aportar para conocer y contar su historia y que podemos contarla mejor si la contamos juntos. ¿Qué aportamos entonces los académicos? Nosotros traemos al proyecto una mirada crítica, disciplinar, que puede enriquecer y fortalecer desde sus preguntas y métodos las historias que quiere contar a la comunidad. Voy a señalar algunos aportes que el pensamiento histórico disciplinar puede hacer¹⁴. El pensamiento

histórico nos permite vincular una experiencia en un momento y lugar particulares, con otras experiencias en distintas escalas temporales y espaciales, aportando así a la comprensión más profunda de los fenómenos estudiados y de su relevancia más allá del caso particular. Cuando nos preguntamos por eventos como una decisión legislativa o una pandemia global, por ejemplo, los entendemos no como eventos aislados sino como parte de un flujo del tiempo más amplio, que los vincula a experiencias pasadas que en la corta, mediana e incluso larga duración. En la historia que estamos contando, por ejemplo, abordamos la existencia actual de estereotipos sobre la gente negra de esta región como gente perezosa, atrasada, corrupta, apolítica, pobre y con poca capacidad intelectual. Pero decidimos enriquecer la mirada a los estereotipos contemporáneos abordando la forma como estos estereotipos que se han reproducido en el tiempo. Rastreamos pues los estereotipos desde la llegada de los primeros colonizadores españoles a inicios del siglo XVI, abordando también ejemplos de viajeros y gobernantes de los siglos XIX y XX. Abordar la historicidad de estos estereotipos nos permite enfatizar su potencia y formular preguntas sobre quiénes los han formulado y con qué fin. El pensamiento histórico también nos permite producir historias más ricas al contrastar puntos de vista, para lo cual buscamos acceder a distintas fuentes que nos permitan observar e interpretar una situación desde distintos ángulos. Pero también enriquecemos nuestras explicaciones y relatos contextualizando, tanto esos puntos de vista como situaciones concretas. Contextualizar significa identificar cómo un actor o situación está relacionado

¹⁴ En esta sección me baso en: Ana María Otero-Cleves, Constanza Castro, y Catalina Muñoz, "¿Para qué sirve la historia hoy?", en *Clase a la casa. Historias para lo que viene*, Temporada 1, episodio 8. Disponible en: <https://cienciassociales.uniandes.edu.co/podcast/para-que-sirve-la-historia-hoy/>.

con elementos sociales, culturales, políticos, culturales y ambientales que hacen posible y dan forma a su experiencia particular. Esto nos permite escapar de interpretaciones simplistas que atribuyen logros o fracasos a la genialidad de un individuo —como puede ser un científico, un político o un líder comunitario— o a la grandeza de una entidad institucional —como la nación o una organización local— para proponer en cambio interpretaciones más complejas, ricas y matizadas de las condiciones que confluyen en hacer posible una situación. También nos permite preguntarnos por los distintos intereses y valores que entran en juego cuando las personas interactuamos. Así, producimos no solo descripciones, que dan cuenta del qué, sino interpretaciones, que indagan por el porqué de forma crítica. La autoridad compartida, en este caso, ha implicado entonces la investigación y producción de un relato a varias manos, donde distintos conocimientos se juntan y complementan. El compromiso con la rigurosidad no riñe con los intereses que las distintas partes queremos alcanzar con el proyecto. Más bien, sirve a esos intereses al procurar producir un relato coherente, balanceado, crítico, que escapa de relatos románticos simplistas de vencedores y vencidos o victimarios y víctimas. En mi experiencia, el quehacer de la historia pública ha sido más enriquecedor cuando he logrado establecer colaboraciones horizontales con otras formas de conocimiento —como puede ser el de otras disciplinas o el de comunidades— en lugar de los proyectos guiados principalmente por la mirada histórica académica. Cuando el historiador público plantea un proyecto, e invita a diferentes

disciplinas o comunidades a nutrirlo, esa participación es instrumental. En cambio, cuando se plantea un proyecto en conjunto, donde los distintos participantes se apropian del mismo como coinvestigadores y coautores en lugar de simplemente servirlo como participantes, cooperantes o informantes, hay más posibilidades de intercambio, fertilización en distintas direcciones y aprendizaje para todos. Voy a presentar algunos ejemplos.

Mi experiencia inicial con la historia pública fue desde la museología. Estudiándola y practicándola a comienzos de la década del 2000 entendí que el museo que yo había conocido, que era la torre/templo del conocimiento a la que las personas, tras ascender por unas larguísimas escaleras, venían a ilustrarse, estaba siendo objeto de fuertes críticas. Escuché por primera vez hablar de museos participativos, donde los visitantes eran invitados a ser más que eso, y su conocimiento podía ser incorporado en distintas etapas: la producción misma de las exposiciones, entrando en diálogo con ellas una vez estaban montadas, o en la evaluación posterior. Esto me empezó a ilustrar sobre las distintas formas de prácticas participativas donde unas eran más radicales que otras, es decir, unas estaban más dispuestas a reconocer a los no académicos como productores de conocimiento que otras.

Mis primeros proyectos colaborando en la creación de guiones museográficos no contaron con una participación sustantiva de comunidades en el proceso de construcción del conocimiento. Más bien fueron un esfuerzo por difundir conocimiento académico inte-

grando objetos, un lenguaje accesible y en general la museografía para llegar a públicos más amplios. Aquí la colaboración fue sobre todo con museógrafos de quienes aprendí mucho.

Posteriormente lideré proyectos que, a partir de la historia oral, buscaban iluminar problemas contemporáneos de interés para una comunidad. El primero, fue con una comunidad indígena, los Arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta al norte de Colombia. Desde la Universidad del Rosario, donde yo trabajaba, se estableció una colaboración con los líderes de esa comunidad. Uno de los proyectos en los que la comunidad estaba interesada era el de investigar la historia de la presencia de misioneros capuchinos en su territorio desde la década de 1910, hasta la década de 1980 cuando la comunidad misma los expulsó de su territorio. Planteé un proyecto de investigación que incluía pesquisas en archivos nacionales y regionales, así como recolección de historias orales en la Sierra Nevada. Mi intervención en el proyecto, si bien involucraba a la comunidad, no los incluyó en tanto coinvestigadores. Organicé talleres en la Sierra Nevada donde compartí hallazgos de los archivos y se generaron conversaciones interesantes que entendí en su momento como enriquecedoras de lo que veía como *mi* investigación. Al final, junto con una colega museógrafa, produjimos una exposición itinerante que viajó por la Sierra Nevada y yo publiqué dos artículos en revistas indexadas, como exigía la universidad donde yo aún era profesora asistente.

Más adelante lideré otro proyecto donde la forma de participación fue similar. Junto con

un grupo de estudiantes, desarrollamos una investigación que, basada en la historia oral, buscaba indagar por los significados que daban al espacio los habitantes de un barrio tradicionalmente obrero de Bogotá, vecino a nuestro campus universitario y que en ese momento se enfrentaba a una iniciativa de desarrollo urbano que lo iba a cambiar radicalmente. Nos interesaba enriquecer el debate que se estaba dando en la universidad y en la ciudad sobre el plan de desarrollo urbano para transformar un tradicional barrio obrero en el corazón de la ciudad, en un conglomerado moderno de edificios, desde la perspectiva y memorias de sus habitantes. Nuevamente, seguí la lógica anterior. Nos acercamos a la comunidad, en tanto su experiencia nos era valiosa para entender los significados cambiantes del barrio en sus memorias. Junto con mis estudiantes, definimos una pregunta de investigación, el marco historiográfico y teórico y la metodología para abordarla. Hicimos entrevistas y grupos focales, que resultaron en unas recomendaciones para la universidad y un artículo en revista indexada. La investigación fue completamente liderada por nosotros y, si bien hubo participación de la comunidad, esta fue limitada pues no los invitamos a ser parte del diseño del proyecto o a investigar junto con nosotros. Fueron nuestros informantes y, si bien nos preocupamos por retribuir a la comunidad (hicimos un evento de cierre donde entregamos las grabaciones y transcripciones de las entrevistas como valioso material para la historia del barrio), el proyecto no fue suyo sino nuestro.

Esta forma de trabajo empezó a cambiar para mí cuando tuve la oportunidad de conocer el

modelo del Humanities Action Lab (HAL) en Rutgers University-Newark. HAL lideraba investigaciones sobre temas de justicia social en el presente, como la crisis carcelaria en Estados Unidos o el problema de la justicia climática, desde un modelo en el que historiadores y organizaciones comunitarias producían juntos investigación local sobre el tema. HAL invitaba profesores universitarios a sumarse a su iniciativa, bajo la cual debían establecer una alianza con una organización en su comunidad que trabajara en función del tema en cuestión. Juntos, estudiantes, profesores y organización, definían y llevaban a cabo un plan de investigación histórica local. Sus resultados se reunían en una exposición integradora de los distintos casos. Aquí las comunidades entraban ya no como informantes sino como coinvestigadores. Esto me introdujo al concepto de “*engaged research*”.

Mis proyectos más recientes han estado orientados por esa forma de participación. Actualmente, el proyecto *Nuestra Orilla* ha involucrado a Ana Luisa Ramírez y Jenry Serna desde su inceptión. Juntos escribimos la propuesta de investigación para conseguir financiación. Ellos participaron en la definición de elementos claves como los objetivos y la metodología. Desde el inicio, firmamos un acuerdo de colaboración que establecía las responsabilidades de cada miembro del equipo en el proceso, así como que la propiedad y autoría del conocimiento producido sería de todos los integrantes del equipo. Parte de nuestro objetivo es que, tras hacer este proyecto juntos, Ana Luisa y Jenry puedan continuar produciendo investigación y relatos por su propia cuenta, con los equipos necesarios. Esta forma de participa-

ción presupone que ellos tienen conocimiento y pueden producirlo también, cuestionando modelos anteriores que presuponen que esto es prerrogativa de los académicos. Ha sido sin duda un espacio enriquecedor para todos. Para mí como historiadora ha implicado salir de los marcos de investigación tradicional, aprender nuevas maneras de trabajar en equipo y una forma de liderazgo menos vertical. Hasta ahora he mencionado únicamente la participación de la comunidad, pero también hay otros conocimientos que han entrado en el proceso. La producción de un *podcast* narrativo como este, implica que el proceso no es individual —como lo es la escritura de un producto monográfico. Comunicar nuestra investigación ha implicado colaborar también con músicos, ingenieros de sonido, ilustradores, diseñadores y periodistas. He visto cómo mi rol de investigadora se conjuga con uno de directora ejecutiva de un proyecto con muchos procesos y personas que trabajan paralelamente. Esto requiere desarrollar habilidades que no adquirí en mi formación como historiadora. También ha generado preguntas muy importantes sobre la colonialidad del conocimiento que me han obligado a interpelar mis propios presupuestos. En muchos sentidos, este tipo de trabajo ocupa un lugar incómodo en los espacios de producción de conocimiento habituales. Los productos que resultan no se ajustan a las demandas académicas de la carrera docente y el tipo de trabajo no puede ubicarse fácilmente en categorías aisladas de investigación-docencia-servicio. Pero a la vez, nuestras instituciones universitarias cada vez se preocupan más por el llamado “*impacto social*” con lo que se abren puertas para la transformación.

4. 50 años del Golpe de Estado en Chile y las posibilidades de la Historia Pública

A propósito de la conmemoración de este hecho tan gravitante en la historia reciente de Chile, que ha impactado de manera tan significativa a la sociedad chilena y al mundo ¿de qué manera las prácticas de la historia pública o los historiadores públicos podrían abordar este tipo de conmemoraciones? ¿En qué medida la historia pública puede hacerlo de una manera diferente a la historia académica? ¿Cuál es su aporte? El rol de la historia pública frente a eventos como la conmemoración de los 50 años del Golpe de Estado en Chile es importante en la medida en que es un evento cuyo significado sigue siendo objeto de disputa y uso político en el presente. No se trata de una historia muerta. Los hechos de 1973 siguen en el corazón de disputas políticas importantes en el presente. Son varios los aportes que pueden hacer la historia y la historia pública a estos debates. Lo que presento a continuación se deriva en parte de un texto corto que publiqué en 2021 en *Public History Weekly* precisamente en torno a esta pregunta de cómo puede la historia contribuir a la manera como las sociedades abordan pasados difíciles¹⁵. El primer aporte tiene que ver con profundizar nuestra comprensión de lo ocurrido. La historia puede aportar comprensiones de mediana y larga duración. Con frecuencia, al enfrentar violaciones a los derechos humanos como los que ocurrieron durante la Guerra Fría en América

Latina, la mirada al pasado ha estado dominada por el derecho. Desde allí, se han producido investigaciones de los hechos concentradas en el quién, cuándo, cómo y dónde de la corta duración. Sin embargo, como lo ha señalado Carlo Ginzburg la mirada del historiador es fundamental en el sentido de ahondar en esta verdad, aportando comprensión del por qué: ¿qué dinámicas y jerarquías de poder al nivel de la sociedad nos ayudan a comprender lo sucedido más allá de los actores individuales? ¿Qué patrones sociales, culturales o económicos pueden ampliar nuestra comprensión de los hechos?¹⁶ El aportar explicaciones de más largo aliento nos permite ir más allá de narrativas simplistas de víctimas y perpetradores, y reconocer el papel no solo de los individuos sino de grupos sociales —como los grupos de interés político y económico— e incluso de estructuras socio-culturales de exclusión como el racismo en la sistematicidad de la violencia y sus ciclos. Hay un segundo aporte, relacionado con el anterior, y es el de problematizar las lecturas posteriores a las violaciones a los derechos humanos, incluyendo las actuales. Es fundamental historizar estas lecturas: ¿Quién ha liderado los esfuerzos por interpretar ese pasado atroz? ¿Con qué fin ha sido interpretado? ¿En qué contextos? ¿Qué han dado por sentado quienes lo han interpretado? ¿A quién favorecen y a quién no con sus lecturas? Así, la historia no solo aporta datos a nuestra comprensión del pasado, sino que aporta también, desde su mirada crítica, lecturas historiográficas que cuestionan e historizan la producción misma

¹⁵ Catalina Muñoz, "History, Memory, and Violent Pasts in Latin America", en *Public History Weekly*, No. 8, 7 de octubre de 2021. Disponible en: <https://doi.org/10.1515/phw-2021-18859>.

¹⁶ Carlo Ginzburg, *The Judge and the Historian: Marginal Notes on a Late-Twentieth-Century Miscarriage of Justice*, Londres, Verso, 2002.

de los relatos históricos sobre ese pasado contencioso. Esto requiere una práctica histórica que no se presente como definitiva y concluyente, sino que pueda observarse como participante del proceso histórico y sus disputas. Greg Grandin hizo un análisis en este sentido de las comisiones de la verdad de Argentina (1983-1984), Chile (1990-1991) y Guatemala (1997-1999)¹⁷. Grandin explica que las dos primeras estuvieron conformadas principalmente por abogados interesados en afirmar los valores liberales que creían prevendrían la repetición. Temían que el indagar sobre los intereses económicos, las luchas colectivas por la igualdad o los movimientos políticos, traería la violencia de regreso. Su mirada al pasado no fue entonces una mirada que buscara causas en las relaciones sociales y en las dinámicas de poder; fue una mirada que usó el pasado como parábola, es decir, como ejemplo de los peligros de la interrupción de la democracia con el fin de promover valores liberales como la tolerancia y el pluralismo. Estas comisiones, inspiradas en un proyecto nacionalista de unidad, dejaron incuestionado el estado liberal y sus formas de exclusión e incluso represión. Grandin propone así una mirada crítica de las comisiones de la verdad como agentes históricos con intereses, y nos invita a historizar incluso lo que nos parece universal: “Los valores como la armonía nacional y la reconciliación han sido asumidos en lugar de examinados,” dice, y argumenta que las comisiones termi-

¹⁷ Greg Grandin, “The Instruction of Great Catastrophe: Truth Commissions, National History, and State Formation in Argentina, Chile, and Guatemala”, en *The American Historical Review*, vol. 110, núm. 1, 2005, p. 64. Disponible en: <https://doi.org/10.1086/ahr/110.1.46>.

naron por afirmar el nuevo orden neoliberal, silenciando la violencia que ha permeado los procesos de formación del estado liberal¹⁸. De manera similar a Grandin, en su reciente libro *On the Judgment of History*, Joan Scott también formula la necesidad de cuestionar esfuerzos de justicia transicional como el tribunal internacional militar de Nuremberg y de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica con una mirada historizante de los mismos. Estos esfuerzos por hacer justicia, argumenta Scott, han estado planteados desde una visión lineal, progresiva y universalista de la historia, que asume al estado-nación como el fin último de ese progreso, como la fuente de justicia y como entidad neutra, por encima de las pugnas de la sociedad. Esta comprensión de la justicia se basa en una idea de la historia que es política y que debe ser interrogada pues oculta estructuras de poder persistentes. En Nuremberg, por ejemplo, el énfasis que pusieron los jueces en las aberraciones del nazismo y sus líderes ocultó el racismo asociado al nacionalismo y al imperialismo que seguían afectando a minorías domésticas y sujetos coloniales. El estado-nación fue reafirmado como símbolo de progreso, encarnando la justicia en nombre de las víctimas de los nazis; las estructuras de poder al interior de esos estados-nacionales quedaron sin interrogar. En el caso de Sudáfrica, el énfasis en el imperativo moral del perdón para recomponer la unidad nacional cerró la posibilidad de discusión sobre las estructuras del capitalismo racial. Se juzgó el *apartheid* como un régimen perverso que debía demolerse, pero no hubo discusión sobre qué lo

¹⁸ Grandin, *op.cit.*, p.64.

hizo posible o sobre los esfuerzos desde abajo por resistirlo, cuestionar sus relaciones de poder y plantear un sistema diferente. Si bien la población negra adquirió la ciudadanía, persistieron estructuras de exclusión que no fueron atendidas en nombre de la armonía nacional. A diferencia de estos ejemplos, Scott encuentra en los movimientos que piden reparaciones por la esclavitud hoy día en los Estados Unidos un ejemplo de una perspectiva distinta, más crítica y quizás productiva, de la historia. Estos movimientos no esperan de la historia un juicio moral sobre el pasado, sino el reconocimiento de que el pasado no ha pasado y que las narrativas históricas de la modernidad, que dejan a la nación incuestionada, son parte de las estructuras de opresión. La historia que piden estos movimientos es una que no busca redención, progreso, unidad. Se trata más bien de “una visión que renuncie a la función redentora de la historia, y en su lugar la tome como un registro de discontinuidad y temporalidades múltiples [...], como un proceso de contienda y conflicto, una historia de luchas con y por el poder, sin límites estrictos entre pasado, presente y futuro”¹⁹. Esta visión crítica de la historia, por la que abogan Grandin y Scott, es evidentemente política pues reconoce el rol de la historia en el devenir histórico en lugar de presentarla como ajena o neutra. Es una visión que interpela el poder al exponer su funcionamiento. Quiero cerrar sugiriendo que, además de exponer el funcionamiento del poder, la historia y la historia pública también pueden

ser ejercicios constructivos, que miran hacia adelante. Precisamente si dejamos de comprender la historia como un proyecto universalista, lineal, unidireccional, con una meta definida, se vuelve posible pensar en futuros diferentes, alternativos a lo que nos propone la modernidad con sus exclusiones. La historia está llena de ejemplos de cómo las acciones de los seres humanos han producido cambio; de acción política innovadora para cuestionar los modelos de dominación. Esta visión crítica de la historia nos permite reconocernos como historiadores con agencia: historiadores que no dejan de ser actores históricos al desempeñar su oficio y que reconocen que este oficio puede enriquecer la contienda política.

¹⁹ Joan Wallach Scott, *On the Judgment of History*, Nueva York, Columbia University Press, 2020, p. 82.



Noor Nieftagodien Ocupa la Cátedra de Historias Locales, Realidades Presentes en la Universidad de Witwatersrand (Sudáfrica), donde también es director del Taller de Historia e imparte clases en el Departamento de Historia. Sus intereses se centran en aspectos de las luchas populares insurgentes, la historia pública, la política juvenil y la historia local. Actualmente está investigando la historia del Congreso de Estudiantes Sudafricanos, la organización estudiantil líder en la lucha contra el apartheid y dirige la iniciativa de historia pública *Proyecto de Historia y Archivos de Soweto*.

1. La Historia Pública y el Historiador Público

A nivel mundial, la historia pública ha experimentado un crecimiento impresionante en la última década, evidenciado por la multiplicación de los programas de posgrado en las universidades. Para este proceso se han retomado debates sobre cómo definir la historia pública, tras discusiones similares a principios de la década de 1980 durante la primera ola de establecimiento de la historia pública como un campo aparte en la academia. Tales debates son animados y elaboran una comprensión de los significados y las prácticas de la historia pública. A pesar de las importantes diferencias entre académicos y profesionales, existe un amplio acuerdo en que la historia pública es, como sostienen Gardner y Hamilton, sobre la “práctica de la historia fuera de la academia”. Mas allá de esta premisa básica, identifican dos áreas principales que constituyen la historia pública y demarcan las diferencias en estos enfoques: “Algunos ven la historia pública como un proceso de producción que subraya

la estrecha conexión entre la educación y la práctica; otros la ven como un proceso de traducción, mediación y popularización”. También es cierto que la historia pública está profundamente moldeada por los contextos en los que emerge y evoluciona. Las ideas y prácticas iniciales que más tarde asumieron la etiqueta de historia pública se originaron en Sudáfrica durante el resurgimiento de la lucha contra el *apartheid* y la prevalencia de la historia social en las universidades locales. El History Workshop de la Universidad de Witwatersrand (Johannesburgo) fue uno de los principales espacios conformados por estos procesos.

Raphael Samuel, fundador del History Workshop del Reino Unido en la década de 1960, argumentó que la historia debería ser un ejercicio de colaboración que incorpora a historiadores académicos y diversos públicos en los mismos circuitos de producción de conocimiento. Con este enfoque las comunidades son actores en la creación e interpretación de sus propias historias. Además, debe haber un reconocimiento de que los públicos fuera de la academia, durante mucho tiempo e independientemente, han producido sus propias historias. La articulación de los diferentes circuitos de producción de conocimiento histórico —la academia y los públicos— para constituir prácticas de coproducción es fundamental para la historia pública.

El *History Workshop* en Sudáfrica ha estado involucrado en la historia popular y pública desde la década de 1980. En los últimos quince años, nuestras actividades de historia pública han registrado aumentos significativos, impulsados por el creciente interés en la producción

por parte de las comunidades de sus propias historias. Nuestro objetivo en estos esfuerzos es establecer colaboraciones donde los intereses de investigación de estas comunidades estén en primer plano, para trabajar en contra de la práctica estándar de imponer agendas de investigación generadas por la universidad a públicos externos, lo que genera prácticas de investigación extractivistas. Así, se crea un espacio para desarrollar alianzas basadas en agendas mutuas y prácticas participativas, lo que mejora la posibilidad de democratizar la producción de conocimiento histórico. Tales asociaciones han variado desde proyectos a corto plazo, de uno a dos años, hasta colaboraciones a largo plazo, de una a dos décadas. Uno de los métodos tradicionales y esenciales empleados en este trabajo es la historia oral. Esta ha dado a los investigadores acceso a historias previamente no registradas, compartidas por informantes y ha resultado en la creación de nuevas historias.

Por supuesto, este enfoque de la historia pública es idealista. Existen numerosos desafíos en la práctica que juegan fuertemente en contra de la coproducción de historias. Un compromiso con las prácticas participativas no elimina automáticamente las asimetrías de poder entre los investigadores académicos con buenos recursos y las comunidades con escasos recursos, por ejemplo. Particularmente en las comunidades pobres, el acceso a recursos y el control sobre ellos tienden a ser fuentes de controversia en los proyectos de investigación y pueden producir fácilmente una desconfianza que socava las prácticas participativas. La financiación para el trabajo

de historia pública es increíblemente difícil de conseguir en muchos países del sur global, especialmente donde los estados son débiles, están endeudados y se enfocan poco en los intereses públicos. La historia pública se desarrolla en el mundo real, no en laboratorios, y por lo tanto se define a través de su implementación y experiencia con ella.

El éxito de este enfoque depende en gran medida del compromiso de los historiadores públicos de involucrarse en las complejidades de construir y mantener prácticas de coproducción de conocimiento más allá de los espacios relativamente privilegiados de la academia. Otro papel importante de los historiadores públicos es participar en las esferas públicas, donde se determinan la política y las políticas. En Sudáfrica, durante las décadas de 1970 y 1980, a menudo los académicos involucrados en la historia popular y pública criticaban abiertamente dentro y fuera de los recintos de las universidades las injusticias del *apartheid*. Se veían a sí mismos como intelectuales públicos; para ellos, no bastaba con 'decir la verdad al poder' en los entornos relativamente seguros de seminarios universitarios o en artículos de revistas, sino que participaban activamente en desafiar y dismantelar el sistema del *apartheid*. Desafortunadamente, tal erudición comprometida, posiblemente una característica definitoria de un historiador público, está en declive en las últimas dos décadas. Con la sólida expansión de la historia pública, seguramente es posible que los historiadores públicos restablezcan conexiones y compromisos con la justicia social.

2. Historia Pública, Activismo y Justicia Social

La historia pública y el activismo social suelen compartir objetivos comunes, aunque de manera inconsistente, a través del tiempo y el lugar. Un hilo sobresaliente que los ha entretejido es una crítica de las narrativas históricas dominantes, particularmente en el sur global donde la historiografía colonial tergiversó y borró las experiencias históricas subalternas. En el proceso, se han producido narrativas contrahegemónicas con ideas que ponen en primer plano y teorizan las prácticas e ideas de numerosos grupos marginados, como las mujeres, los jóvenes, las poblaciones indígenas, los trabajadores, etc. En Sudáfrica y en otros lugares, esto significa poner énfasis en recuperar e iluminar las historias negras. Además, la historia pública a veces ha sido fundamental en la construcción de movimientos de justicia social, como en la educación de activistas sobre historias de luchas pasadas y las lecciones que se pueden aprender de ellas en la construcción de movimientos contemporáneos.

El contexto influye en la determinación de la relación entre la historia pública y la justicia social. El renacimiento a partir de principios de la década de 1970 de los movimientos contra el *apartheid* contribuyó al desarrollo de la erudición radical, en particular la historia revisionista con sus raíces disciplinarias en la historia social, moldeada por el nuevo movimiento de la izquierda y las luchas anticoloniales de las décadas de 1960 y 1970. Entró a un paisaje bastante serio de la historiografía establecida,

una ola de nuevas investigaciones centradas en las historias laborales y comunitarias, y en la resistencia de la clase trabajadora negra en los lugares de trabajo y los municipios. En ese momento, este movimiento operaba bajo la rúbrica de Popular or People's History, inspirada en *The Making of the English Working Class* de E. P. Thompson y en *The People's History of the USA* de Howard Zinn y las numerosas historias de grupos subalternos que emanaban del movimiento History Workshop.

La producción y popularización de historias alternativas fue percibida como un ingrediente importante en la constitución del activismo y las identidades políticas. El referente de este género es probablemente la trilogía de Luli Callinicos, *A People's History of South Africa*, que situó la explotación y la resistencia de los trabajadores negros en el centro de una historia revisada de Witwatersrand (el núcleo minero e industrial del país, con Johannesburgo en su centro). Esta historiografía tenía sus raíces en el activismo político radical, conectado en particular con los sindicatos negros emergentes, que asumieron un papel central en la lucha de liberación. El análisis y la popularización de las historias de conquista y desposesión colonial y el desarrollo de movimientos emancipatorios contribuyeron a la creciente actitud desafiante hacia la hegemonía blanca y a la creación de políticas alternativas. Producir historias alternativas con movimientos, difundirlas a públicos más amplios y utilizar dicho material con fines educativos dentro y fuera de la academia también constituyó el desarrollo temprano de la historia pública en el país.

Sin embargo, la relación mutuamente productiva entre la historia pública y el activismo disminuyó en la era posterior a 1994 de la democracia constitucional, por varias razones. Los traumas de la experiencia negra bajo el *apartheid*, tan gráficamente revelados durante la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, hicieron que muchas personas enfocaran su atención en el presente y el futuro con la esperanza de beneficiarse de la sociedad igualitaria y democrática prometida por la incipiente dispensación constitucional. La mercantilización neoliberal de la educación, con su objetivo principal de producir engranajes en la máquina del mercado laboral, también contribuyó a un ataque concertado al valor social de la Historia, lo que condujo a una disminución del interés en el tema en todas las instituciones educativas en los niveles secundario y terciario. Sin embargo, hubo momentos en que las conexiones entre la historia pública y el activismo se restablecieron e incluso avanzaron. Uno de esos momentos de inflexión fue la lucha de los estudiantes universitarios de 2015-17 (conocida como Fees Must Fall), que se unió ampliamente en torno al llamado a descolonizar las universidades. Durante el curso de esta campaña nacional, los activistas estudiantiles revisaron el pasado para aprovechar las experiencias de los movimientos estudiantiles negros anteriores, particularmente los de la década de 1970, cuando la Conciencia Negra dominó entre los estudiantes y dio forma a sus identidades políticas. El compromiso público con esta historia generalmente implicaba evaluaciones críticas del carácter y los logros de esas luchas, incluida una crítica particularmente profunda al predominio del patriarcado en ellas. Las ac-

tivistas estudiantiles contemporáneas, especialmente las mujeres, insistieron en que sus identidades políticas estarían enmarcadas por críticas feministas radicales al patriarcado y por poner en primer plano las luchas LGBTIQ+. Tales compromisos públicos con el pasado y las reconexiones posteriores de la historia y la justicia social resultaron efímeros y disminuyeron con la desaparición del movimiento estudiantil.

Un área de la historia pública y el activismo que lucha por impulsarse es la de los sindicatos, debido en gran parte al declive de estos y de los estudios laborales. Los esfuerzos para convocar un proyecto de historia pública sobre las experiencias de los años setenta y ochenta pocas veces tuvieron resultados positivos. No obstante, conviene hacer referencia a un modesto ejemplo de nuevas posibilidades basadas en la constitución del diálogo intergeneracional en los sindicatos. Durante la pandemia de COVID, un grupo de jóvenes sindicalistas trabajó con historiadores públicos para producir biografías de mujeres mayores que desempeñaron un papel formativo en la creación de los sindicatos independientes. Las jóvenes recibieron capacitación en métodos de historia oral, realizaron entrevistas y participaron en talleres con pares e historiadores para producir breves biografías de las entrevistadas seleccionadas. Ahora en su tercer año, esta iniciativa se asocia con el descubrimiento de las historias de las mujeres sindicalistas y como parte de una campaña más amplia para desafiar las desigualdades de género persistentes en los sindicatos y la sociedad. Por lo tanto, en la Sudáfrica contemporánea, la historia pública y el activismo solo están conectados de

manera inconsistente; sobre todo cuando se los compara con los años setenta y ochenta. Sin embargo, el creciente descontento y las protestas sugieren la posibilidad de revivir tales relaciones mutuamente productivas en la creación de nuevas políticas de justicia social.

La justicia social se define fundamentalmente por el rechazo de las injusticias múltiples e interseccionales que enfrenta el creciente número de personas pobres y marginadas, así como el planeta Tierra en sí. Se opone diametralmente a la concentración de riqueza y poder en manos de una élite global, el llamado “uno por ciento”. La continua expansión de la desigualdad es el símbolo potente de la injusticia. El concepto de justicia social tiene sus orígenes en las críticas al capitalismo industrial de mediados del siglo XIX, pero cobró popularidad a partir de finales del siglo XX con la proliferación de nuevos movimientos sociales en contra de la profundización de la crisis ambiental, la violencia de género, el racismo, la homofobia, la xenofobia, la pobreza, el poder aparentemente desenfrenado de las corporaciones multinacionales, entre otros. Estos movimientos se definen no solo por su crítica al *statu quo* global sino por su insistencia en que otro mundo es posible, uno basado en la justicia social.

Aunque la relación entre la historia pública y la justicia social está relativamente bien establecida, es importante reconocer que la historia pública no es intrínsecamente progresiva ni está conectada automáticamente con los movimientos de justicia social. En los últimos años, este nexo progresivo y generativo se ha enfrentado a desafíos por un contexto en el

que las nociones del «fin de la historia», las corporaciones multinacionales y los gobiernos afirmando que no hay alternativa al *statu quo* y la popularidad de las ideologías de la “pos-verdad”. Los políticos conservadores han galvanizado sus versiones de la historia para apoyar causas de derecha como la supremacía blanca, la xenofobia y el patriarcado.

Sudáfrica desvela una idea de los flujos y reflujo de las relaciones entre la historia pública y la justicia social. Durante las últimas tres décadas en Sudáfrica, el amplio movimiento de la historia pública, incluido el patrimonio y los museos, se ha enfocado en transformar la historia para que refleje las experiencias de la mayoría negra. La celebración de historias de liberación, un elemento importante en este proceso, ha recibido un fuerte apoyo del Estado y tiende a subrayar el papel de liderazgo del Congreso Nacional Africano, el partido gobernante desde 1994. A medida que la crisis socioeconómica en el país se ha profundizado en la última década y media, la hegemonía del ANC ha comenzado a desmoronarse, creando espacio para el surgimiento de políticas alternativas y contrahegemónicas. En este contexto, hay signos de un renacimiento de la historia pública y la posibilidad de una rearticulación con los movimientos sociales.

Ahora quiero mencionar dos ejemplos para ilustrar estas reconexiones nacientes. Primero, es un programa de historia pública que no tenía aspiraciones de justicia social en su fundación. El Non-Racial Sports History Project (Proyecto de Historia del Deporte No-Racial) se estableció para descubrir las historias de

los deportes de base y el papel que desempeñaron en la lucha contra el *apartheid*. Aunque bastante ignorado en las nuevas historias producidas después de 1994, el movimiento deportivo no-racial (organizado por el Consejo Sudafricano del Deporte) fue reconocido como el ala deportiva del movimiento de liberación y en su mejor momento en la década de 1980 tenía cerca de un millón de miembros. El proyecto es una asociación con ex miembros de SACOS y el History Workshop y en los últimos siete años ha podido recolectar más de 200 entrevistas de historia de vida, curar exposiciones, crear un archivo y producir publicaciones populares, incluso del rol de las mujeres en el deporte. El año pasado este grupo creó una red nacional de pares para llamar la atención sobre el grave estado del deporte en las comunidades pobres y las escuelas públicas, cuyo efecto ha sido negar a los jóvenes pobres el acceso a las instalaciones y la participación en el deporte. En un contexto de desempleo juvenil extraordinariamente alto (entre 40 y 50%) y abuso desenfrenado de drogas, la campaña para la provisión de instalaciones deportivas se percibe como una intervención importante para contrarrestar las innumerables crisis sociales que enfrentan los jóvenes en las comunidades pobres y para presionar al estado para que cumpla con su compromiso de proporcionar servicios públicos.

Segundo, las asociaciones entre archiveros independientes (del estado y las empresas) e historiadores públicos han trabajado para reimaginar los archivos como espacios de activismo. Mientras que convencionalmente los

archivos se perciben como espacios pasivos de recolección y preservación, la idea de los archivos activistas se basa en la reconfiguración continua de los archivos y su uso en el activismo por la justicia social. Las comunidades y la sociedad civil colaboran para crear nuevos archivos y ponerlos a disposición de los movimientos sociales, así como utilizan los archivos para arrojar luz sobre los delitos menores de los gobiernos pasados y presentes y el poder corporativo. De esta manera, la historia pública y los archivos contribuyen a la expansión de la democracia. Los archivos independientes también han sido fuentes importantes en los juicios del personal de seguridad del *apartheid* quienes escaparon de la red de enjuiciamiento de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Este trabajo sigue siendo crucial frente a las injusticias del pasado y también para responsabilizar al Estado democrático.

Estos ejemplos demuestran cómo la historia pública puede ser útil para la justicia social y además revelan las limitaciones de tales contribuciones. Reconocerlo no es disminuir la importancia de este nexo, sino que es un estímulo para su expansión. La relación de la historia pública con la justicia social no debe reducirse a una función instrumentalista estrecha, sino que también debe basarse en oportunidades para criticar, involucrados, el pasado y el presente. Esto no debe malinterpretarse como un fetiche del mantenimiento de la distancia crítica académica, que podría ser un pretexto para desengancharse de las luchas de la justicia social. Eso convertiría a la academia en cómplice de las injusticias del *statu quo*.

3. Autoridad compartida y prácticas participativas en la historia pública

Tiene sentido que la cuestión de la autoridad compartida haya ocupado un lugar central en los debates sobre los significados de la historia pública porque destaca la relación fundamental entre los historiadores académicos y los públicos. La historia pública aspira a inculcar procesos democráticos y dialógicos en las relaciones entre los diversos actores involucrados en la producción de conocimiento histórico. Al hacerlo, tiene el potencial de perturbar las relaciones jerárquicas convencionales entre instituciones, como las universidades, y las comunidades al otorgar autoridad a estas últimas. En la práctica, sin embargo, es muy difícil cumplir con estas aspiraciones durante períodos prolongados. Una pregunta sobresaliente es cómo efectuar una transformación sustantiva en estas relaciones que tienen como objetivo trascender los «procesos consultivos» superficiales cuando sus objetivos invariablemente incluyen «invitar» a las comunidades a participar en arreglos predeterminados que en sí refuerzan las asimetrías de poder preexistentes. Las relaciones jerárquicas necesitan ser desafiadas continuamente, por difícil que sea, para establecer modos genuinamente colaborativos de producción de conocimiento histórico. Es vital para tales esfuerzos reconocer que los socios y sujetos de investigación no suelen ser participantes pasivos; generalmente tienen sus propios objetivos y agendas que influyen en la configuración de los espacios de investigación, así como en el contenido y los resultados de

dicha investigación. Para este efecto, solo se pueden señalar algunas experiencias de convocatoria de espacios participativos creativos en los que el tema de la autoridad compartida ha sido continuamente discutido y reimaginado.

En primer lugar, sin embargo, es importante reconocer el potencial de la historia oral en la coproducción de conocimiento histórico, que es ampliamente reconocido, pero es practicado de manera inconsistente. Las entrevistas son espacios donde se pueden contrarrestar las convenciones de la investigación extractivista, especialmente si se basan en el respeto por los entrevistados como titulares del conocimiento que están dispuestos a compartir. Los entrevistados son más que unos sujetos de investigación y fuentes de información, son también interlocutores y socios en la creación de conocimiento, incluyendo las interpretaciones de historias. Cuando se convocan como diálogos, las entrevistas de historia oral pueden promulgar procesos participativos que sean significativos para todos los participantes. Sin embargo, tales espacios de diálogo no niegan la presencia de múltiples dinámicas de poder entre el investigador y el sujeto a lo largo de fallas sociales como el género, la raza, la clase y la edad. Podría decirse que esta conciencia es fundamental para cualquier instancia de participación creativa en hacer historia.

Durante los primeros años de la democracia, hubo muchos esfuerzos concertados para transformar el patrimonio y el paisaje museístico de Sudáfrica en algo que reflejara las historias de la mayoría de la población negra. En su forma más productiva, estos esfuerzos involu-

craron diferentes ideas y ejes de la producción de conocimiento en los museos y buscaron reimaginar los marcos epistemológicos para la producción de nueva historia y patrimonio. Los nuevos museos fundados en esa época (por ejemplo, Robben Island, District Six, Hector Pieterse) a veces se convirtieron en espacios donde los significados y las prácticas de la historia pública fueron interrogados y posiblemente transformados. El District Six Museum en Ciudad del Cabo ha sido un ejemplo importante de cómo constituir una asociación a largo plazo con una comunidad y de promover su participación en el trabajo del museo: en este caso los antiguos residentes del suburbio (District Six) que fueron expulsados forzosamente por el gobierno del *apartheid*. Según Rassool el museo debe entenderse como un espacio híbrido, que combina la erudición, la investigación, la colección y la estética del museo con formas comunitarias de gobernanza y rendición de cuentas. Este enfoque hace gestos a las prácticas de participación y autoridad compartida. Al hacerlo, también se desafiaron los modos convencionales de producción de conocimiento.

Los proyectos de historia comunitaria proliferaron en la era democrática para contrarrestar el hecho de que las historias de los municipios negros bajo el *apartheid* fueron borradas. Con algunas excepciones, tales historias se centraron inicialmente en los municipios como sitios de opresión, sujetos a violencia y remoción, y también como espacios de resistencia. Así, estas historias solían corresponder con narrativas dominantes emergentes, especialmente en relación con la historia de la liberación que amplificó el papel del ahora gobernante Con-

greso Nacional Africano (ANC en su sigla en inglés). Sin embargo, recientemente la demanda para diferentes historias locales está creciendo. Uno de los principales gatillantes de este fenómeno ha sido el descuido percibido de tales historias en los proyectos de historia impulsados por el estado, que enfatizan el papel de las organizaciones y líderes nacionales, en su mayoría hombres del ANC gobernante. Una consecuencia importante de este cambio ha sido un creciente interés por las historias de experiencias cotidianas, de la vida social, la música, el deporte, la educación y la cultura, junto con un énfasis en importantes figuras locales.

Tales historias comunitarias o locales han proporcionado espacios productivos para la historia pública, donde las comunidades pueden establecer agendas de investigación. De hecho, a medida que las historias públicas locales han recuperado impulso, las comunidades han afirmado su derecho a participar más activamente e incluso a controlar la producción de estas historias. Esto pasó tempranamente en un proyecto sobre la historia del municipio de Alexandra (uno de los municipios negros más antiguos que es también una fuente crucial de mano de obra para Johannesburgo). Al inicio de nuestro proyecto, varias organizaciones comunitarias crearon un Grupo de Referencia Comunitario, compuesto principalmente por ancianos que tenían una posición como custodios de la historia de la comunidad, para servir formalmente de enlace con los investigadores. Su actividad principal era asesorar en temas pertinentes de investigación y compilar listas de posibles entrevistas. Con el tiempo, este grupo dio forma más activamente a la investigación al iden-

tificar los temas y preguntas más destacados a seguir y las brechas a llenar. Es importante destacar que los miembros del grupo leyeron y comentaron los borradores de un manuscrito de libro, generando conversaciones interesantes sobre sus contenidos y argumentos. Si bien los autores conservaron la autoridad sobre el libro, se reconocieron las intervenciones de este grupo. Además, se capacitó a varios jóvenes de la zona para realizar entrevistas e investigaciones de archivo, y ayudar en la curaduría de sus exposiciones. Ninguno de estos resolvió los importantes problemas de autoridad (el libro menos), pero a lo largo de la investigación los miembros de la comunidad desempeñaron un papel cada vez más influyente. Estos ejemplos sugieren la necesidad de experimentar con la creación de espacios participativos y que las comunidades, que no son homogéneas ni están libres de disputas internas, inventen sus propios espacios para crear historias.

Recientemente se lanzó el Soweto History and Archives Project, una asociación entre el History Workshop y varias organizaciones comunitarias; en base a experiencias previas de historia pública en la comunidad, produce historias del municipio más grande e icónico del país. Se establece así un archivo comunitario, que comprende historias orales y material recopilado de organizaciones, familias e individuos, que, con el apoyo de archivos independientes, se digitalizará y hará accesible, especialmente a las escuelas. La investigación se enfoca en la escala local, impulsada por las comunidades. Presta cada vez más atención a lo cotidiano para arrojar luz sobre las ricas historias del arte, el deporte, la cultura, la educación, los espacios de

convivencia, las redes asociativas y la economía local, entre otros. Si bien estas investigaciones marcan un cambio importante con respecto al predominio de las historias políticas, permiten una comprensión diferente y más amplia de lo político. En el fondo, estas dimensiones de la historia comunitaria tienden a ser los dominios en los que las mujeres son más activas, lo que permite un mayor margen para la producción de historias centradas en las mujeres.

Estas aspiraciones de desarrollar prácticas participativas y de trasladar poder en búsqueda de una autoridad compartida adecuada, presentan varios desafíos. Por ejemplo, las comunidades no tienen acceso a recursos para llevar a cabo el trabajo necesario para crear historias. En un contexto de pobreza y desigualdad, es extremadamente difícil sostener actividades de historia pública, incluso con un fuerte compromiso y voluntariado. Como resultado, las iniciativas de historia comunitaria son de corta duración, lo que deja poco tiempo para profundizar en las prácticas participativas. Los proyectos de historia pública sostenibles y de largo plazo son casi imposibles por la falta de apoyo estatal. Las fuentes alternativas de financiación, tanto de las organizaciones filantrópicas como del sector privado, invariablemente producen relaciones de dependencia y también de intereses políticos potencialmente divergentes.

4. A 50 años del golpe militar en Chile y las posibilidades de una historia pública

Sudáfrica no tuvo un evento sísmico equivalente a la tragedia del golpe de estado de 1973 en Chile, pero el advenimiento del *apartheid* en

1948 inauguró de manera similar un período de gobierno violento por parte de una minoría, especialmente cuando fue desafiado por fuerzas prodemocráticas. En el transcurso del siglo XX hubo una serie de masacres de comunidades negras que reconfiguraron profundamente el panorama político. Quizás el más significativo de ellos fue la Masacre de Sharpeville de 1960 y el tiroteo de manifestantes estudiantiles en 1976, que resultó en numerosas muertes, detenciones a gran escala, ahorcamientos, ejecuciones extrajudiciales y hostigamiento general de activistas. Estos fueron algunos de los momentos más dramáticos en la historia del gobierno del *apartheid* que impuso violentamente el despojo de tierras, la segregación, los traslados forzosos y, en general, las malas condiciones de vida de la mayoría negra. Aunque existen diferencias significativas entre los contextos chileno y sudafricano, las reflexiones sobre cómo este último enfrentó las atrocidades mencionadas anteriormente en la era democrática ofrecen algunas ideas sobre el papel de los historiadores en las conmemoraciones.

El gobierno democrático de Sudáfrica controla la mayoría de las conmemoraciones de eventos históricos principales como parte de un proyecto político más amplio de reconciliación y construcción de la nación. Las conmemoraciones tienden a ser especialmente espectaculares y monumentales para indicar la importancia e ilustrar el compromiso del estado con estas. Esto incluye la construcción de museos y la declaración de los aniversarios de la masacre de Sharpeville y el levantamiento estudiantil de Soweto como feriados nacionales, con la intención de recordar constantemente al país

las tragedias que se desarrollaron en esos días. Sin embargo, estas conmemoraciones se han convertido en eventos rituales y expresiones públicas del poder del estado, donde los líderes políticos reiteran narraciones históricas redundantes a sus mismos partidarios mayormente. Cada vez más ausentes de estos majestuosos ejercicios de conmemoración están las comunidades que se vieron directamente afectadas por las tragedias. ¿Qué pueden hacer de manera distinta los historiadores públicos?

Los académicos también han utilizado aniversarios importantes, cuando hay una mayor conciencia pública de tales eventos, para organizar conferencias que reflexionan críticamente sobre los eventos que se conmemoran. Aunque no se establecen como contadores deliberados de las conmemoraciones oficiales, estas conferencias ofrecen perspectivas diferentes e interrogatorios más profundos que las reuniones públicas superficiales. Sin embargo, tales eventos y la erudición resultante generalmente permanecen confinados a los círculos académicos, incluso cuando han hecho contribuciones importantes a los análisis de las atrocidades del *apartheid*. Los historiadores públicos están mejorando en cerrar la brecha entre estas importantes intervenciones académicas y varios públicos. Al convocar eventos y garantizar la participación de las víctimas/sobrevivientes y otras comunidades afectadas, así como producir exposiciones, documentales y material didáctico para las escuelas, los historiadores públicos han contribuido a alterar la forma y el contenido de la conmemoración para reflejar mejor las experiencias y puntos de vista de los grupos afectados. Se han organiza-

do tales eventos conmemorativos en torno a grandes atrocidades, así como tragedias locales como asesinatos y deportaciones forzosas.

Para el aniversario 60° de la masacre de Sharpeville, el History Workshop colaboró con grupos comunitarios. Juntos crearon un programa de conmemoración impulsado localmente que crearía espacios para que las voces de las víctimas sobrevivientes y sus familias fueran escuchadas y creídas en lugar de las de los políticos nacionales que no tienen conexiones con el lugar o los eventos que se conmemoran. Los públicos para las conmemoraciones alternativas fueron otros miembros de la comunidad quienes no solían tener la oportunidad de reflexionar sobre el trágico momento de gran importancia en la historia de su lugar. Tales conmemoraciones locales e impulsadas por la comunidad son más significativas que los eventos espectaculares que invisibilizan a los sobrevivientes y las víctimas.

Podría argumentarse que el compromiso público más significativo con las atrocidades del *apartheid*, que también involucró a numerosos públicos e investigadores, fue la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR). La CVR se estableció poco después de las primeras elecciones democráticas como un ejercicio importante para tratar de descubrir verdades sobre las atrocidades perpetradas durante el *apartheid*, especialmente por las fuerzas de seguridad del estado. A través de audiencias públicas, donde las víctimas y las familias dieron testimonios desgarradores, y con el apoyo de un ejército de investigadores (con énfasis en la recopilación de testimonios orales) se

recopilaron pruebas para producir atrocidades narrativas que también podrían usarse en posibles enjuiciamientos. Sin embargo, la CVR también conllevaba sus propias limitaciones. Sus términos de referencia limitaban las investigaciones y los posibles enjuiciamientos a actos de grave violación de los derechos humanos. Por lo tanto, las múltiples formas de violencia, física y emocional, que definían el *apartheid* fueron marginadas. Su énfasis en las violaciones graves de los derechos humanos llamó la atención principalmente a los combatientes de ambos lados, generalmente hombres. En consecuencia, las mujeres a menudo se reducían al papel de auxiliares en la lucha y como víctimas secundarias: madres, amantes, hermanas. Su agencia y experiencias de diversas formas de violencia fueron así borradas.

Además, el enfoque en dicha violencia tendía a oscurecer la opresión estructural y la explotación que causaron daño a millones a lo largo de generaciones. Se prestó poca atención al papel de las grandes empresas (locales e internacionales) que apoyaron activamente y sacaron provecho de la violencia del *apartheid*. Fundamentalmente, el trabajo de la CVR se enmarcó como una contribución a la reconciliación, como un proyecto de sanación para la construcción de una nueva nación. Aunque estos objetivos pueden haber sido loables, en la práctica reemplazaron la búsqueda de justicia. La evidencia más clara de esto ha sido el insignificante número de enjuiciamientos de perpetradores de violencia, lo que se consideró potencialmente perturbador para la reconciliación entre los antiguos gobernantes del *apartheid* y el nuevo gobierno. Muchas personas que trabajaron

para la CVR, incluidos historiadores públicos, han rechazado este resultado. En cambio, han seguido trabajando con las víctimas y sus familias para descubrir nuevas atrocidades y ayudar en los procesos judiciales. Activistas de la justicia social, archivistas e historiadores públicos, entre otros, han trabajado para garantizar el acceso a los archivos con fines procesales, lo que ha registrado cierto éxito en los últimos años. Al trabajar con las comunidades locales, los historiadores públicos pueden colaborar con ellas para contrarrestar las omisiones y los silencios. Mantener la historia de múltiples atrocidades en el dominio público es un acto colectivo contra el olvido, no como un espectáculo, sino de una manera sustantiva que sea significativa para las víctimas, los sobrevivientes, las familias y sus comunidades en general. De esta manera, los historiadores públicos contribuyen a la búsqueda de justicia continua. Durante la década de 1980, los movimientos contra el *apartheid* y de solidaridad chilena fueron posiblemente los movimientos de solidaridad internacional más importantes. Los activistas sudafricanos extrajeron lecciones de los movimientos que llevaron a Allende al poder, los esfuerzos de su gobierno para transformar la sociedad chilena y el golpe de Pinochet que no solo aplastó la democracia, sino que, con el apoyo de las potencias occidentales, convirtió al país en un laboratorio para el neoliberalismo y la violencia. Víctor Jara fue llorado y celebrado, al igual que las madres que valientemente se mantuvieron firmes en su búsqueda de niños desaparecidos. El año 1990 también marcó puntos de inflexión cruciales en la historia de ambos países: el fin del régimen de Pinochet y el comienzo de una transición negocia-

da en Sudáfrica. Cada sociedad ha recorrido diferentes caminos hacia la democracia y ha intentado enfrentar la violencia del pasado en el proceso. Queda claro que ambos países tienen asuntos pendientes para lidiar con sus pasados: descubrir historias ocultas y buscar justicia. Los historiadores públicos en Chile y Sudáfrica harían bien en restablecer la solidaridad para emprender colectivamente estas tareas.

ESTUDIANTES

Formación y prácticas de la Historia Pública en el Instituto de Historia UC

En el marco del encuentro “Historia en acción. Diálogos para el futuro”, organizado por la Revista Historia del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en el contexto de la sección Polifonías, se invitó a estudiantes de Licenciatura en Historia de dicha casa de estudios a presentar proyectos de Historia Pública. En particular, se presentaron cuatro proyectos realizados por estudiantes en los cursos dictados por los profesores Rodrigo Sandoval y María José Vial; Rodrigo Mayorga y Javier Correa. Esta actividad fue presencial y tuvo lugar el 21 de marzo de 2023 en el Auditorio de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Experiencias de Historia Pública entre estudiantes en Chile



“Los derechos humanos son una invención, muy sabia, de los marxistas”.

El Archivo de la Vicaría de la Solidaridad y su rol hoy.

Pilar Quintana y Paula Smith. (Publicación digital)

Este proyecto es el resultado de la pasantía realizada en 2022 por Pilar Quintana y Paula Smith, estudiantes del curso Archivos para la Sociedad del Conocimiento del Instituto de Historia de la UC, en la Fundación Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad ubicada en la ciudad de Santiago de Chile. El objetivo de la intervención fue dar a conocer el archivo y su estructura, relevar la enorme y variada documentación guardada y permitirle a un público amplio la consulta de sus acervos de una manera amigable a través de una aplicación digital. La amplia documentación contenida en el archivo es información fundamental para la historia reciente de Chile, ya que los documentos (declaraciones juradas, testimonios, recortes de prensa, archivos estatales, entre otros) constatan la necesidad de preservar cualquier tipo de información sobre personas perseguidas por los organismos de la dictadura militar. El quehacer de la fundación y los acervos que resguarda permiten constatar las severas violaciones a los derechos humanos que experimentaron cientos de ciudadanos en Chile en el periodo de la dictadura. Para las personas perseguidas y/o desaparecidas, la información permite resguardar su integridad y dignidad. Para las generaciones posteriores, esa documentación impacta en la formación de la conciencia histórica y de la memoria colectiva. Ahí radica la importancia de su difusión, y la necesidad de dar a conocer el trabajo que realiza la fundación a través de su archivo, junto a la democratización del acceso para que estudiantes, investigadores y público general, puedan hacer uso de este.

■ Revisa el proyecto ingresando a:

<https://scalar.usc.edu/works/archivos---vicaria-de-la-solidaridad/index>



“Vale más que mil palabras”: exhibición digital del muralismo en la población La Bandera en tiempos de dictadura (1973-1989).

Bernardita Bascuñán y Josefina Rossi. (Exhibición virtual)

En el contexto posterior al llamado “estallido social” de octubre de 2019 en Chile, la reflexión por el resguardo de la memoria individual y colectiva, así como la resignificación y conservación de diversos patrimonios, tomó especial importancia. A partir de este diagnóstico, las estudiantes Bernardita Bascuñán y Josefina Rossi del curso “Historia Pública: conceptos, formatos y conciencia histórica” del Instituto de Historia UC, realizaron la exhibición virtual “Vale más que mil palabras” para poner en valor y rescatar la importancia del muralismo como patrimonio a través del caso de la población La Bandera, ubicada en la comuna de San Ramón, en la ciudad de Santiago de Chile. En particular, el foco de esta exposición está puesto en los murales realizados durante la dictadura militar, a partir de 1973, como herramienta de expresión de la comunidad de dicha población. Para eso realizaron una exhibición digital que expone diferentes murales y testimonios de vecinos de la población, específicamente la Junta de Vecinos n° 5, compuesta por los primeros pobladores del lugar. La muestra se realizó en conjunto con la propia comunidad y con el público al cual está dirigida: por un lado, los integrantes de la Junta de Vecinos n° 5 de la población y, por otro, estudiantes del llamado Patio de Humanidades de la UC (Facultades de Historia, Geografía y Ciencia Política, Letras y Filosofía). Así, en un proceso colectivo de construcción, tanto vecinos como estudiantes aportaron en el proceso de curaduría y selección de los elementos a exponer.

- Visita la exhibición escaneando el código QR



- También puedes hacerlo ingresando a:

<https://sites.google.com/uc.cl/poblacionlabandera/portada?authuser=2>



“Aún en Tres y Cuatro Álamos”.

Samuel Ávila, Dayenus Pino, Francisco Valderrama. (Documental)

Durante la dictadura militar en Chile, operó el Campamento de Detenidos de Tres Álamos, el cual incluía el centro de detención Cuatro Álamos, ubicado en San Joaquín en la ciudad de Santiago de Chile. Se trató de un centro de detención y tortura, caracterizándose como un sitio de transición entre otros recintos. Este lugar, declarado Monumento Histórico por el Estado de Chile en 2012, en la actualidad funciona como centro de detención de menores dependiente del organismo público Servicio Nacional de Menores (SENAME). El documental “Aún en 3 y 4 Álamos” realizado en 2022 por Samuel Ávila, Dayenus Pino y Francisco Valderrama, estudiantes del curso “Seminario Narrativa Audiovisual Histórica” del Instituto de Historia UC, propone una reconstrucción histórica de diversas facetas de la vida en torno a este sitio de memoria, por medio de testimonios de personas vinculadas a este recinto. En el marco de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado, el proyecto busca realizar un ejercicio de memoria, reconstruyendo la vida de los presos políticos y la experiencia familiar de los detenidos, abordando las facetas emocionales de estas experiencias, tanto individuales como comunitarias, y exponiendo la continuidad histórica del recinto como centro de detención de menores infractores de ley administrado por el SENAME.

Ficha técnica:

País: Chile

Año: 2023

Idioma: Español

Género: Documental

Duración: 29:54

Realización: Samuel Ávila, Dayenus Pino y Francisco Valderrama

El documental forma parte del [Laboratorio de la Imagen y el Audiovisual Historia UC](#) (LIA).

■ Para ver el documental, ingresa a: <https://youtu.be/Rkb22AXT3QY>



“Ninguno está olvidado”.

Vicente Gómez, Carmina Gutiérrez y Daniela Pizarro. (Documental)

“Ninguno está olvidado” es un documental realizado en 2022 por Vicente Gómez, Carmina Gutiérrez y Daniela Pizarro, estudiantes del curso “Seminario, Narrativa Audiovisual Histórica” del Instituto de Historia UC, el que propone un recorrido por el Cementerio General de Recoleta, ubicado en la ciudad de Santiago de Chile. Para sus autores, el Cementerio es un espacio de encuentro entre vivos y muertos que, dada su condición de “ciudad de los muertos”, permite reflexionar sobre los discursos de poder desplegados en Chile. Al analizar quiénes se entierran y quiénes son los excluidos, es posible bosquejar quiénes pertenecen a las disidencias de la historia reciente del país. De esta manera, este ejercicio busca crear una narrativa visual que, a partir de la representación y el recorrido de los diversos espacios del cementerio, sus habitantes y visitantes, permita acercarse a la historia de los últimos cincuenta años de Chile. El documental culmina el 1° de noviembre, día en que se conmemora el día de todos los santos, en el que cada visitante lucha contra el olvido, expresión de la urgencia de la memoria en los relatos históricos.

Ficha técnica:

País: Chile

Año: 2023

Idioma: Español

Género: Documental

Duración: 18:57 minutos

Realización: Carmina Gutiérrez, Daniela Pizarro y Vicente Gómez

El documental forma parte del [Laboratorio de la Imagen y el Audiovisual Historia UC](#)

■ Para ver el documental, ingresa a: <https://youtu.be/i-zlms1Oy4E>

ENSAYO

Campeón del mundo en las políticas del pasado y de memoria.

Los casos de Chile y Alemania, una comparación a 50 años del Golpe en Chile

Stephan Ruderer

Campeón del mundo en las políticas del pasado y de memoria.

Los casos de Chile y Alemania, una comparación a 50 años del Golpe en Chile

Stephan Ruderer

Cuarenta años después del fin de la Segunda Guerra Mundial y del régimen nazi, el presidente alemán de ese entonces, Richard von Weizsäcker, dio un discurso oficial que fue catalogado como una “sensación” por sus contemporáneos¹. En este discurso, la cabeza representativa del Gobierno alemán declaró que el 8 de mayo de 1945 ya no sería visto como una derrota y el principio de la división de Alemania, sino como un día de “liberación” del pueblo alemán, ya que este día Alemania se habría liberado de la dictadura

nazi². Esta interpretación del pasado, bastante controversial hasta ese momento, se impuso gracias a las palabras del Presidente y se integró en la memoria oficial alemana sobre el pasado traumático de la época nazi. Para el presente ensayo, queremos destacar dos elementos de esta interpretación. Primero, el presidente alemán pudo imponer una memoria oficial que se basó en el desarrollo de las políticas del pasado y de memoria en Alemania desde 1945, las cuales intentaremos retratar *grosso modo* en este ensayo. Segundo, su interpretación de liberación cimentó una idea que se volvió central en el desarrollo de las políticas del pasado y de memoria, pero que no se podía dar por descontada, es decir, que la época nazi fue moralmente mala y que su fin significaba una liberación para todos los alemanes, incluso para los colaboradores del régimen nazi³. De esta manera, la memoria oficial se vistió con una connotación moral clara

¹ “Befreiung/Niederlag”, en Thorsten Eitz y Georg Stötzel, *Wörterbuch der Vergangenheitsbewältigung. Die NS-Vergangenheit im öffentlichen Sprachgebrauch*, Hildesheim, Georg Olms Verlag, 2007, p. 127.



Stephan Ruderer Profesor de Historia, Instituto de Historia UC, doctor en Historia, Universidad de Heidelberg, Alemania.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4352-5264> Correo electrónico: stephan.ruderer@uc.cl

² Richard von Weizsäcker, *Gedenkveranstaltung im Plenarsaal des Deutschen Bundestages zum 40. Jahrestag des Endes des Zweiten Weltkrieges in Europa*, 8. 5. 1985, disponible en: https://www.bundespraesident.de/SharedDocs/Reden/DE/Richard-von-Weizsaecker/Reden/1985/05/19850508_Rede.html [fecha de consulta: 19.01.2023].

³ “Befreiung/Niederlage”..., *op. cit.*, p. 128.

y significativa, que se transformó en el fundamento ético de la democracia alemana en el sentido de que no se pueden repetir nunca más los horrores de la dictadura nazi. Este consenso ético sobre el pasado se refleja también en los juicios académicos sobre las políticas del pasado y de memoria en Alemania. En el fondo, los alemanes son considerados como los “campeones mundiales en las políticas del pasado”, como dijo el escritor húngaro Péter Esterházy⁴. La época del nacionalsocialismo constituyó y constituye todavía, en la Alemania Federal, el acontecimiento fundacional que sirvió como trasfondo –con connotación negativa– frente al cual había que mostrar una versión mejorada y democrática. En palabras del profesor de historia alemán, Peter Reichel, en la República Federal siempre se mantuvo “la voluntad de enfrentar el pasado y sus múltiples problemas y retos, a pesar de las reticencias y conflictos intra-sociales que existían”⁵. Esta voluntad llevó a los historiadores a un juicio bastante positivo sobre los esfuerzos “oficiales” de tratar el pasado de la dictadura nazi. De tal manera, Edgar Wolfrum, profesor de historia en Heidelberg, que ha trabajado mucho sobre las políticas de memoria en Alemania, manifestó: “hay pocos Estados en el mundo, que –a largo plazo– han aprendido tanto de su pasado como la República Federal

de Alemania”⁶. Estos conceptos –que se simbolizan en el monumento al holocausto, inaugurado en 2005 en Berlín en el centro de la capital del país– pueden transformarse en un estándar moral ante el cual otros países quedan al debe. Es por esta razón que el caso de la Alemania Federal se presta para hacer una comparación con las políticas del pasado y de memoria en Chile a cincuenta años del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. El estallido social de octubre de 2019 ha traído de vuelta al debate el tema de la memoria y del pasado traumático en Chile, pero, por lo general, asociado a un juicio bastante más negativo que respecto de Alemania. El eslogan “No son 30 pesos, son 30 años” (que se refirió al hecho de que no era el aumento de 30 pesos en el precio del metro, decretado en octubre de 2019, sino los resultados de los 30 años de política de consenso después de la dictadura, que gatillaron el estallido social) simboliza la idea, entre muchas otras, de que no se ha hecho lo suficiente para tratar el pasado de la dictadura y para afianzar una democracia estable y profunda. A primera vista, estos balances más bien negativos sobre las políticas del pasado y de memoria en Chile se ven confirmados por expresiones desde la academia, que constatan, sobre todo en comparación con los juicios por violaciones de los derechos humanos llevados a cabo en Argentina desde los gobiernos kirchneristas⁷, los es-

⁴ Péter Esterházy citado en: Kathrin Hammerstein y Julie Trappe, “Aufarbeitung der Diktatur – Diktat der Aufarbeitung? Einleitung”, en Kathrin Hammerstein et al., *Aufarbeitung der Diktatur – Diktat der Aufarbeitung? Normierungsprozesse beim Umgang mit diktatorischer Vergangenheit*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2009, p. 9.

⁵ Peter Reichel, *Vergangenheitsbewältigung in Deutschland. Die Auseinandersetzung mit der NS-Diktatur von 1945 bis heute*, München, Beck Verlag, 2001, pp. 17-18. Traducciones del alemán realizadas por el autor.

⁶ Edgar Wolfrum, “Der 8. Mai 1945 ein Schlüsseldatum im historischen Bewußtsein der Westdeutschen”, en Rudolf von Thadden y Steffen Kaudelka (eds.), *Erinnerung und Geschichte. 60 Jahre nach dem 8. Mai 1945*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2006, p. 32.

⁷ Juan Manuel Palacio (Ed.), *Desde el banquillo. Escenas judiciales de la historia argentina*. Buenos Aires, EDHASA, 2021.

casos avances en esta materia en Chile a más de treinta años del retorno a la democracia⁸. Ahora, si se revisa la literatura especializada en este campo, los juicios sobre Chile contienen otra tendencia. De esta manera, ya en el 2006 los politólogos alemanes Ruth Fuchs y Detlef Nolte caracterizaban el caso chileno como “una historia de éxito o un caso modelo dentro de América Latina”⁹. Parecida es la tesis de Cath Collins en 2013 que afirma: “la labor de Chile respecto de las medidas de rendición de cuentas judicial era de las más activas y completas del continente, y quizá del mundo”¹⁰. E incluso en publicaciones más recientes se reconoce que “Chile fue uno de los pioneros en entablar –y combinar– medidas de lo que se ha llamado la ‘justicia transicional’”¹¹. Con estas palabras pareciera que no es Alemania, sino Chile, el campeón del mundo en las políticas del pasado. Por esta razón, queremos en este ensayo, efectuar una breve comparación entre las políticas del pasado de la Alemania Federal desde 1945 y del Chile post Augusto Pinochet, ya que creemos que la visión del historiador que se fija en el desarrollo cronológico puede entregarnos algunas pistas o claves para entender mejor las políticas del pasado y de

memoria en ambos países. La idea es, a través de una breve comparación con el caso “emblemático” de Alemania, llegar a unos juicios más matizados y fundados sobre las políticas del pasado y de memoria en Chile y, de esta manera, resaltar algunos elementos decisivos en este campo, que, ojalá, nos puedan ayudar a entender mejor las razones del malestar chileno con esta política de memoria, manifestado durante el estallido social. Los cincuenta años del Golpe parecen la ocasión propicia para revisar, también, la memoria oficial que existe sobre el pasado traumático de la dictadura y destacar algunos elementos que contribuyeron a su formación y que son importantes a considerar en el momento del juicio. En lo siguiente, queremos presentar en primer lugar, el desarrollo de las políticas del pasado y de memoria en Alemania Federal, para después analizar este mismo desarrollo en Chile y concluir identificando algunos elementos centrales que resaltan en la comparación, y que constituyen el fundamento de una reflexión final sobre las políticas de memoria en Chile. Esta comparación, por razones de espacio, necesariamente va a quedar corta: no es posible mencionar todos los detalles, ni todas las razones y actores importantes en esta historia¹².

⁸ Maja Dimitroff, “Die dunklen Schatten der Geschichte”, en *Latinamerika-Nachrichten* Vol. 469/470, 2013, p. 44.

⁹ Ruth Fuchs y Detlef Nolte, “Vergangenheitspolitik in Chile, Argentinien und Uruguay”, en *Aus Politik und Zeitgeschichte* 42, 2006, p. 24.

¹⁰ Cath Collins, “La política de la justicia. Chile más allá del caso Pinochet”, en Cath Collins, Katherine Hite y Alfredo Joignant (eds.), *Las políticas de la memoria en Chile: Desde Pinochet a Bachelet*, Santiago, Ediciones UDP, 2013, p. 85.

¹¹ Naomi Roht-Arriaza, “La tardía centralidad de la dimensión económica en la justicia transicional”, en Juan Pablo Bohoslavsky, Karinna Fernández y Sebastián Smart (eds.), *Complicidad económica con la dictadura chilena: Un país desigual a la fuerza*, Santiago, LOM, 2019, p. 47.

¹² Para la política del pasado y de memoria en Alemania, ver Reichel, *Vergangenheitsbewältigung...*, op. cit.; Edgar Wolfrum, *Geschichtspolitik in der Bundesrepublik Deutschland. Der Weg zur bundesrepublikanischen Erinnerung 1948-1990*, Darmstadt, WBG, 1999; y Christoph Cornelissen, “‘Vergangenheitsbewältigung’- ein deutscher Sonderweg?”, en Hammerstein, *Aufarbeitung der Diktatur...*, op. cit., pp. 21-36. Para Chile ver sobre todo Steve Stern, *Recordando el Chile de Pinochet: en vísperas de Londres 1998*, Santiago, Ediciones UDP, 2009; Steve Stern y Peter Winn, “El tortuoso camino chileno a la memorialización (1990-2011)”, en Steve Stern et al., *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*, Lima, IEP, 2013, pp. 261-410.

La idea es presentar ciertas etapas en el desarrollo de las políticas del pasado en ambos países y, con la comparación, resaltar algunos factores que nos parecen importantes para el entendimiento de estas políticas y para el juicio que nos formamos sobre ambos países. Con políticas del pasado y de memoria nos referimos sobre todo a medidas “oficiales”, o sea implementadas por el Estado y su impacto en el discurso público. Esto incluye medidas para conocer la verdad, para reparar –hasta cierto punto– los crímenes cometidos por los Estados, para enjuiciar a los victimarios, es decir, procesos judiciales, y para hacer memoria y recordar las violaciones a los Derechos Humanos¹³. Comparamos Chile con las políticas del pasado alemán sobre la época de los nazis a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, y no con las medidas implementadas después de la caída del muro de Berlín en 1990 relacionadas con el tiempo correspondiente a la Alemania socialista. Esto se explica sobre todo con esta idea general que existe sobre la política del pasado y de memoria de la Alemania Federal anteriormente planteado y que transforma

¹³ Stephan Ruderer, “La Política del Pasado en Chile 1990-2006. ¿Un modelo chileno?”, en *Revista Universum* Vol. 25, N° 2, 2010, pp. 161-177; Norbert Frei, *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*, München, Beck Verlag, 1996; Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires, FCE, 2021; Jon Elster, “Coming to terms with the past. A framework for the study of justice in the transition to democracy”, en *Archives Européennes de Sociologie* Vol. 39, N° 1, 1998, pp. 7-48. Es importante destacar que, en el ámbito de la memoria, las narraciones “oficiales”, es decir, desde los gobiernos, constituyen solo una memoria en las “batallas de las memorias”. Sin embargo, obtienen una legitimación autorizada por ser enunciadas desde el Estado, por lo que son importantes al momento de considerar las memorias colectivas de una sociedad. Es en este sentido que se habla de la memoria “oficial” en este artículo. Ver Aleida Assmann, *Der lange Schatten der Vergangenheit. Erinnerungskultur und Geschichtspolitik*, München, Beck Verlag, 2006, p. 26.

a esta parte en el caso “ideal” o, en palabras de Timothy Garton Ash, en la “norma DIN”¹⁴ de las políticas del pasado y de memoria¹⁵. El caso de Alemania se usa en este artículo, entonces, como una *lámina de contraste* para entender mejor el desarrollo de las políticas del pasado y de memoria en Chile, por lo que no es necesario entrar en un análisis muy detallado. Parece más importante detectar ciertas etapas en la manera de enfrentar el pasado en torno a la dictadura para poder entender las motivaciones e intenciones que guiaron las medidas desarrolladas y, así, llegar a una comparación que no se olvida de las grandes diferencias que existen entre ambos países¹⁶. Por razones de espacio, no incluiremos una descripción de la época nazi en Alemania¹⁷ ni de la dictadura de Augusto Pinochet en Chile y sus respectivos crímenes de Estado¹⁸, ya que el foco de este trabajo está en el tiempo posterior y en cómo los Estados democráticos han enfrentado las violaciones a los derechos humanos cometidos por sus gobiernos precedentes.

¹⁴ La norma DIN es la norma estándar definida por el Instituto Alemán de Normalización, que se aplica a muchos productos alemanes. La más famosa es la DIN 476, que se refiere al tamaño del papel.

¹⁵ Timothy Garton Ash, “Mesomnesie”, en *Transit*, Vol. 22, 2001/2002, p. 33.

¹⁶ Creo que, cuando se dice que el Holocausto no es “comparable” con ningún otro crimen de Estado, se quiere decir que no es “igualable”, lo que me parece fuera de duda. Hay que tener en cuenta, también para la presente comparación, que los crímenes de los Nazis y las violaciones a los derechos humanos de la dictadura chilena no son “igualables” ni en su planificación, ni en su dimensión o masividad. Sin embargo, el impacto de un crimen de Estado en la persona individual y sus familiares y en la sociedad puede ser parecido.

¹⁷ Hans-Ulrich Thamer, *Verführung und Gewalt. Deutschland 1933-1945*, Berlin, Siedler, 1986.

¹⁸ Carlos Huneeus, *El Régimen de Pinochet*, Santiago, Sudamericana, 2000.

Las distintas etapas de las políticas del pasado y de memoria en la Alemania Federal

Para la Alemania Federal se puede constatar una primera etapa que incluye el tiempo después de la Segunda Guerra Mundial hasta los primeros años de la década de 1950. Esta etapa estuvo dominada por la política de los aliados dirigida a una “desnazificación” del país ocupado. Las primeras medidas incluyeron el famoso cuestionario que todos los alemanes mayores de 18 años debían llenar y que debía ayudar a clasificar a la población según su participación en la administración nazi. Debido al alto trabajo burocrático y a la oposición de la población alemana en contra de esta medida, este cuestionario terminó teniendo un efecto contrario a lo buscado, ya que tocaba finalmente a muchas personas de rango menor en la administración nazi y no a los altos cargos¹⁹. La medida más importante de esta primera etapa está constituida, sin duda, por los procesos de Núrnberg, en los cuales se juzgó a los principales criminales de guerra: los jefes nazis. Este proceso, que estableció los principios jurídicos de los crímenes contra la humanidad, obtuvo un alto interés de los medios y terminó con el enjuiciamiento de todos los procesados. A este proceso le siguieron varios procesos más que, entre otros, se ocupaban de los médicos o juristas nazis, pero con mucho menos interés público²⁰. A pesar de su rol como modelo internacional, los procesos de Núrnberg tuvieron un efecto inmediato

ambivalente en Alemania. Como no distinguieron entre crímenes de guerra y los crímenes específicos de los nazis (como el Holocausto), dejaron abierto el espacio para que los asesinatos a los judíos se borrarán de la memoria pública de la población alemana. Además, el hecho de ver a los jefes nazis en el banquillo de los acusados ayudó a crear la idea de la victimización en la población alemana. En muchos hogares alemanes se estableció una “memoria” sobre el pasado que decía que los culpables eran Hitler y sus ayudantes, y que todos los alemanes “normales” habían sido víctimas, seducidas por este grupo criminal²¹. Sin embargo, el gran logro de los procesos de Núrnberg –y un elemento importante para la presente comparación–, es haber llevado los horribles crímenes de los Nazis a la opinión pública, a través de la cobertura mediática de los procesos. El juicio moral público sobre el pasado nazi quedó establecido. Política y públicamente ya no era posible defender a Adolf Hitler o jactarse de su propia colaboración con el régimen. Además, dentro de esta etapa se pueden contar las primeras leyes de reparación que se firmaron –a pesar de encontrar mucha oposición dentro de Alemania– con el estado de Israel a principios de la década de los 1950. De igual modo, en esta década empieza una segunda etapa que se resume en la idea de superar el pasado y olvidarse del tema. A pocos años del fin de la guerra y con el milagro económico en pleno auge, el enfoque de la política alemana estaba en reintegrar a los victimarios en la sociedad alemana. Por esta razón, se promulgaron leyes de amnistía para

¹⁹ Reichel, *Vergangenheitsbewältigung...*, op. cit., p. 37

²⁰ Anette Weinke, *Die Nürnberger Prozesse*, München, Beck Verlag, 2015.

²¹ Reichel, *Vergangenheitsbewältigung...*, op. cit., p. 69.

los colaboradores nazis en 1951 y en 1954, y se fomentó una política de rehabilitación del personal “desnazificado” a quienes, a través de una ley, se reintegró a sus antiguos puestos administrativos o se les pagó una jubilación por sus años de servicio, incluyendo la época nazi. Además, se debatió la puesta en libertad de los procesados en Nürnberg y muchos de ellos salieron de la cárcel en la década de 1950²². Estos años se caracterizaron por cierto pacto de silencio sobre lo ocurrido, tras cuyas bambalinas surgieron varios escándalos relacionados con el pasado. De esta manera, por ejemplo, un tribunal compuesto por antiguos jueces nazis absolvió al director de la película “Jud Süß”, uno de los filmes nazi de propaganda antisemita más famoso; y por la navidad de 1959 aparecieron imágenes de la esvástica en la sinagoga de Colonia. El alto potencial antisemita que demostraron estos hechos llevó al Gobierno alemán a empezar campañas informativas sobre la época nazi y a despachar una ley que castigaba la incitación a la xenofobia y al antisemitismo²³. Pero, en general, a diez-quince años del fin de la guerra, en la política de la democracia alemana dominaba de manera nítida la idea de borrón y cuenta nueva y las únicas medidas dirigidas a enfrentar el pasado eran aquellas que favorecían la reintegración de los victimarios y sus colaboradores. Un nuevo giro en las políticas del pasado, y con esto una nueva etapa, se dio recién durante la década de los sesenta, sobre todo con los procesos de Auschwitz en Frankfurt a partir de 1963. Estos procesos, que siguieron al juicio

de Adolf Eichmann en Israel, demostraron a los alemanes “la banalidad del mal”²⁴. En el fondo, los victimarios que en Auschwitz mandaban a los judíos a las cámaras de gas, eran alemanes “normales” que podían existir en todas las familias. Este proceso fue clave en desarrollar, en la Alemania Federal, una conciencia sobre la maquinaria del sistema de exterminio y una nueva visión sobre el genocidio al pueblo judío. Auschwitz se transformó, desde este momento, en un símbolo del Holocausto. Los crímenes específicos de los nazis entraron a la memoria pública de los alemanes²⁵. Este giro se debe, entonces, no tanto a una política planeada desde el gobierno democrático, sino a “irrupciones del pasado” desde el ámbito de la justicia. Fue, desde los tribunales, que comenzó un debate público sobre el pasado traumático y las responsabilidades de los alemanes en el sistema genocida de los nazis. En esta misma etapa se dieron varios debates sobre la prescripción del asesinato y del genocidio, a raíz justamente del Holocausto, y la manera jurídica de poder proseguir con estos crímenes, que siempre postergaron el tema hasta que, en 1979, finalmente el parlamento alemán decidió que los crímenes de los nazis no prescribirían²⁶. Pero en este año, ya estamos en una nueva etapa de la política del pasado alemán, que tiene que ver mucho con las transformaciones culturales y políticos que se dieron después de las rebeliones de la generación del 68. Estos cambios culturales, que se relacionaron con un cambio ge-

²² Frei, *Vergangenheitspolitik...*, op. cit., pp. 26 y ss.

²³ Reichel, *Vergangenheitsbewältigung...*, op. cit., p. 152.

²⁴ Hanna Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, Madrid, Random House Mondadori, 2013.

²⁵ Reichel, *Vergangenheitsbewältigung...*, op. cit., p. 162.

²⁶ Op. cit., p. 185.

neracional, sentaron, hasta cierta medida, las bases para la idea de la Alemania como “campeona mundial de las políticas del pasado”. Una nueva generación de jóvenes, que no conocieron la guerra, empezó a preguntar a sus padres sobre su involucramiento en esta época oscura, por lo que, lentamente, se rompió el silencio sobre el pasado en la sociedad alemana. La época de los nazis y sus crímenes entró de lleno al discurso público como símbolo del mal, aunque siempre acompañado de reticencia y oposición y de muchas voces que abogaban por un fin de los debates. Se pueden diferenciar, ciertamente, varias etapas en el desarrollo de las políticas del pasado y de memoria desde esta época hasta hoy, pero lo importante para la presente comparación constituye el hecho de que se cimentó cada vez más la condena moral al pasado de los nazis, la cual fue compartida por todos los sectores políticos y sociales importantes. Vamos a mencionar solo algunos hitos en este proceso, ya que para la comparación con Chile interesan, sobre todo, los primeros treinta años de las políticas del pasado en la Alemania Federal. La decisión de 1979 de no prescribir más el asesinato tuvo mucho que ver con la teleserie hollywoodense “Holocausto” que se transmitió ese año en la televisión abierta alemana y que tuvo un impacto emocional profundo sobre la sociedad. También, debido a esta historia emocional que fue un éxito de taquilla, se terminó por establecer el Holocausto como el tema principal en el discurso público sobre el pasado alemán²⁷. Varios debates y medidas más ayudaron, en la década de los 80, a crear

el clima para el discurso del presidente alemán Richard von Weizsäcker en 1985 –citado al principio de este ensayo–, y que se transformó en un paso importante en las políticas de memoria del Estado alemán. La interpretación de von Weizsäcker cambió la visión que se tenía hasta ese momento en Alemania sobre la guerra y su significado. La singularidad del crimen del Holocausto y la necesidad de recordarlo en esta dimensión casi “única” entró al debate público en el famoso “Historikertreit” –disputa de los historiadores– en 1986 que, finalmente, ayudó a cimentar la idea de incluir este crimen singular cometido por alemanes en las memorias oficiales²⁸. Cuarenta años después de la guerra, tanto a nivel político como en el debate intelectual y académico, hubo cierto consenso –a pesar de las disputas sobre las interpretaciones históricas– de recordar los traumas del pasado para no repetirlos. Durante la década de 1990, después del fin de la Guerra Fría y de la reunificación alemana, resurgieron varias manifestaciones neonazis, con residencias de asilados quemados que difundieron una imagen de la Alemania reunificada al mundo, que recordó la época nazi y revivió los temores de los vecinos europeos frente a una nación poderosa. Al mismo tiempo, y como muestra de que el consenso moral sobre el pasado nazi había calado hondo en la sociedad alemana, hubo un gran movimiento desde la sociedad que se opuso a esta imagen y que demostró el carácter democrático profundo que había alcanzado la sociedad alemana. Simbolizado en los “Lich-

²⁷ Cornelissen, “Vergangenheitsbewältigung”... *op. cit.*, p. 30.

²⁸ Volker Kronenberg, *Zeitgeschichte, Wissenschaft und Politik: der “Historikertreit” - 20 Jahre danach*. Wiesbaden, VS Verlag für Sozialwissenschaften, 2008.

terketten” –cadenas de luz, donde los alemanes se reunieron con una vela en sus manos para protestar contra los neonazis– la sociedad alemana expresó su rechazo a una repetición de los actos criminales del pasado²⁹. En esta etapa, películas como la *Lista de Schindler* o debates sobre el rol de la “Wehrmacht” –el ejército alemán–, durante la segunda guerra mantuvieron el pasado nazi en el debate público y aumentaron el consenso sobre esta época como un pasado totalmente negativo, que sirve a la República Federal para tratar de diferenciarse diametralmente de este pasado oscuro. Esta idea se cristalizó finalmente en el monumento al Holocausto que se inauguró en 2005 en pleno centro de Berlín y que, a pesar de los debates que surgieron sobre su significado, representa la voluntad del Estado alemán de no olvidar los crímenes más horrendos de su pasado. Esta voluntad es un reflejo de un debate público sobre el pasado, donde la condena moral de la dictadura estuvo, desde el principio, fuera de duda³⁰. En la actualidad, este consenso se encuentra en peligro debido al aumento de popularidad del partido de extrema derecha AfD, que se beneficia del miedo de una parte de la población de perder sus privilegios económicos y sociales, canalizando estos miedos a través de un discurso populista frente a los inmigrantes y

los partidos políticos establecidos³¹. Entre muchas razones, por este nuevo cambio de etapa en las políticas del pasado y de memoria, hay que destacar otro cambio generacional, ya que estamos frente a un momento en el cual los últimos testigos directos de la guerra y de los horrores del pasado se están muriendo. Esto hace cada vez más importante la política de memoria y el establecimiento de una memoria oficial colectiva que recuerde los crímenes del pasado como la base de un “Nunca más” efectivo y profundo³². Este breve recuento de las políticas del pasado y de memoria en la Alemania Federal mostró algunos hitos en este camino que logró fortalecer una memoria democrática fuerte que, sin embargo, está siempre en movimiento y en peligro de derrumbe. La comparación con el caso chileno servirá para identificar algunos elementos importantes para poder juzgar mejor estos complejos procesos.

Las distintas etapas de las políticas del pasado y de memoria en Chile

En Chile, una primera etapa, que va desde el comienzo de la democracia hasta la publicación del informe Rettig³³, está caracterizada por la iniciativa del gobierno democrático de Patricio

²⁹ Bernd Faulenbauch, “Eine neue Konstellation? Der Umgang mit zwei Vergangenheiten in Deutschland nach 1989”, en Hammerstein, *Aufarbeitung der Diktatur...*, op. cit., pp. 37-47.

³⁰ Michael Schmitz, “Erinnerung und Recht und Freiheit. Das Berliner Holocaust-Denkmal und die nationale Identität des vereinigten Deutschlands”, en *Deutschland Archiv. Zeitschrift für das vereinigte Deutschland*, Vol. 38, N° 2, 2005 pp. 210-215.

³¹ Katja Bauer y Maria Fiedler, *Die Methode AfD. Der Kampf der Rechten: Im Parlament, auf der Straße - und gegen sich selbst*, Stuttgart, Klett-Cotta, 2021.

³² Assmann, *Der lange Schatten...*, op. cit., p. 30.

³³ Este es el nombre del informe de la primera comisión de Verdad y Reconciliación, que se publicó en marzo de 1991. El nombre deriva del presidente de la comisión, el político radical Raúl Rettig.

Aylwin en asuntos de derechos humanos³⁴. Al principio de la democracia, la idea de tratar de algún modo el legado de violencia de la dictadura, todavía revestía una alta importancia dentro del programa político de los nuevos gobernantes. Esta prioridad se manifestó en actos simbólicos liderados por el propio Aylwin, como la ceremonia inaugural de la democracia en el Estadio Nacional o el funeral oficial de Salvador Allende en septiembre de 1990. Pero, ciertamente, la medida más importante fue la creación de la comisión Rettig, establecida por Aylwin a través de un decreto para “contribuir al esclarecimiento global de la verdad sobre las más graves violaciones a los derechos humanos [...] con el fin de colaborar a la reconciliación de todos los chilenos”³⁵. Gracias al trabajo valioso de esta comisión, se hizo imposible negar los brutales crímenes de la dictadura militar y se estableció una verdad oficial sobre los horrores del pasado. A pesar de que los militares reaccionaron de manera negativa rechazando las conclusiones de la comisión, el informe Rettig se convirtió en un hito en la política del pasado, que tendría una influencia enorme sobre el debate acerca de los derechos humanos en Chile³⁶. Sin embargo, la reacción vehemente de los militares llevó al Gobierno a minimizar el impacto público del informe Rettig, llamando

al fin de la discusión sobre el pasado incluso antes del asesinato a Jaime Guzmán que, a un mes de la publicación del informe, terminó definitivamente el debate acerca de los derechos humanos³⁷. De esta manera, a pesar de la revelación tan importante de los crímenes horrendos del pasado, no hubo un consenso moral en el ámbito público y tampoco se transmitió desde el Gobierno una “memoria oficial” inequívoca y de clara condena a la dictadura pasada. A partir de este momento, se puede detectar una segunda etapa en la política del pasado, caracterizada por la marginalización del tema, debido a los intentos del Gobierno de privilegiar una política de consenso que no molestara a las Fuerzas Armadas. Esta secuencia empezó ya en el Gobierno de Aylwin con la propuesta de la “Ley Aylwin” que, de ser aprobada, habría significado un punto final para la política del pasado. El poco interés del Ejecutivo se acrecentó con la llegada a la presidencia de Eduardo Frei Ruiz Tagle, quien propagó abiertamente una “política de prescindencia” en temas de derechos humanos. Desde el Gobierno se aspiraba a presentar una “transición exitosa”, en la cual los problemas del pasado, que eran fuente de conflictos con los militares y la oposición, fueron ignorados o marginalizados. Son ilustrativas para este aspecto, las palabras del entonces designado ministro del Interior Germán Correa, que explicaba que para el Gobierno “los derechos humanos no eran un tema fundamental”³⁸.

³⁴ El siguiente análisis sobre Chile sigue *grosso modo* las etapas establecidas en mi libro: Stephan Ruderer, *Vergangenheitspolitik und Demokratisierung in Chile, 1990-2006*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2010. Una traducción al español aparecerá, a principios del 2024, bajo el sello de Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Ver también, Ruderer, “La política del pasado...”, *op. cit.*

³⁵ Decreto Supremo n.º 355, en *Diario Oficial*, Santiago, 9 de mayo de 1990, pp. 1-2.

³⁶ Anita Ferrari, *El impacto de la Comisión de Verdad y Reconciliación en Chile. Evaluación a largo plazo desde una perspectiva histórica*, Santiago, Ediciones UAH, 2021.

³⁷ El 29 de marzo de 1991 el título de *La Nación*, refiriéndose a la discusión sobre el informe Rettig, decía: “Gobierno: El debate ha terminado”.

³⁸ Germán Correa en *La Época*, Santiago, 8 de enero de 1994, p. 15.

Para entender esta posición, hay que tomar en cuenta la política de presión que Augusto Pinochet, en su función de Comandante en Jefe del Ejército, pudo ejercer todavía, y que tuvo su expresión más álgida en el famoso “Boinazo” en 1993, pero también hay que destacar que el gobierno democrático apostó de manera consciente a una política de silencio y olvido del pasado. Esta apuesta por el silencio sobre el pasado se parecía a lo que pasó en Alemania Federal en los primeros quince años después de la Segunda Guerra Mundial y se manifestó, entre otros, en el hecho de que en la inauguración del monumento a los Detenidos Desaparecidos en el Cementerio General en 1994 no participó ningún funcionario de alto rango de la administración Aylwin³⁹. Lo que sí se llevó a cabo en esta etapa, y se siguió implementando en las siguientes, fue una política de reparación que, en un principio, incluyó a los familiares de las víctimas que figuraban en el informe Rettig y una ayuda financiera a los retornados del exilio. Estas medidas, que eran muy importantes para las víctimas, también a nivel simbólico, no generaron tanta controversia política, ya que no significaron un costo alto para el Estado y se implementaron sin una gran atención mediática. Es así que no interfirieron en las “batallas de la memoria”, por lo que los partidos de la derecha, en general, no se opusieron al pago de las reparaciones⁴⁰. Una tercera etapa, a partir del año 1995, está

³⁹ La poca importancia que le dio el gobierno se reflejó también en los medios, donde casi no se habló de este primer monumento a los Detenidos-desaparecidos. Alexander Wilde, “Irruptions of Memory: Expressive Politics in Chile’s Transition to Democracy”, en *Journal of Latin American Studies* Vol. 31, 1999, p. 485.

⁴⁰ Elisabeth Lira y Brian Loveman, *Políticas de Reparación. Chile: 1990-2004*, Santiago, LOM, 2005, pp. 355 y ss.

caracterizada por “irrupciones de la memoria”⁴¹, que obligaron al gobierno a reaccionar a problemas relacionados con las violaciones a los derechos humanos de la dictadura, sin que por eso la idea de Eduardo Frei sobre la política del pasado hubiese cambiado. El evento más importante en este sentido fue el “caso Contreras”, cuyos pormenores ocuparon la agenda política durante todo el año 1995. Por un lado, la llegada a la prisión del exjefe de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) significó un gran éxito –también en el plano simbólico– para el gobierno democrático, pero, por otro lado, el poder demostrado por los militares durante los intentos de Manuel Contreras de evadir la justicia, evidenciaba la fragilidad de la política de consenso: cada vez que el trato preferencial hacia los militares fue cuestionado, ellos trataron de amenazar y presionar al gobierno por medio de la fuerza. El Ejecutivo reaccionó, como acostumbraba a hacer en estas situaciones, intentando poner un punto final a la temática de los derechos humanos con la “Propuesta Frei” y la “Propuesta Figueroa-Otero”. Ambas propuestas establecieron, en lo general, un intercambio de informaciones sobre las víctimas por impunidad de los victimarios, lo que, en los hechos, hubiera significado el final de los procesos de DD.HH. Estos intentos fracasaron debido, sobre todo, a las presiones de las agrupaciones de derechos humanos que se negaron a una salida forzada de la política del pasado⁴². Sin embargo, en los años siguientes, la temática de los derechos

⁴¹ El término se debe al artículo de Wilde, “Irruptions of Memory...”, *op. cit.*

⁴² Ruderer, *Vergangenheitspolitik... op. cit.*, pp. 174 y ss.

humanos y la política del pasado siguieron ocupando un lugar muy marginal dentro del programa político, a tal nivel que la figura de Augusto Pinochet pudo transformarse, incluso para algunos personeros de la Concertación, en el garante de la transición chilena y en una especie de *elder statesman* en el momento en que asumió como Senador vitalicio a principio de 1998⁴³. Esta valoración del dictador de antaño cambió, y de manera drástica, con su detención en Londres el 16 de octubre de 1998, lo que rompió la apatía política hacia el pasado. De esta manera, empezó otra etapa marcada por el “caso Pinochet” y la Mesa de Diálogo. La acción de la justicia española e inglesa obligó al Gobierno de Eduardo Frei a ocuparse de manera central justamente de un tema que quiso marginar de su agenda política. De tal modo, su gestión estuvo dominada por una preocupación por lo ocurrido durante la dictadura, que demostró las falencias y omisiones existentes en el campo de la política del pasado. No es necesario analizar los detalles del “caso Pinochet” aquí⁴⁴. Para los efectos de entender el desarrollo de las políticas de derechos humanos en Chile es suficiente ponderar el impacto de la intervención global con la detención de Pinochet en Londres. La defensa inmediata de Pinochet de casi toda la clase política, con el fin superior de la vuelta al país del an-

ciano general, llevaba consigo argumentar que el dictador podría ser procesado por la justicia chilena. De esta forma, la vuelta de Pinochet a Chile implicaba hacerle un proceso ante las cortes nacionales, algo totalmente impensable a principios del año 1998, cuando Gladys Marín formuló la primera querrela en su contra⁴⁵. En los 503 días que Pinochet pasó en Londres, el ambiente político en Chile había cambiado: el tema de los derechos humanos volvió a un lugar central del debate público y tratar el pasado de la dictadura había adquirido una nueva importancia. No es exagerado, entonces, hablar de un “efecto catalizador” o “liberador” de la detención del dictador en Inglaterra –a pesar de que el proceso contra él en Chile fue sobreesido por una supuesta “demencia moderada”⁴⁶–. Este efecto no solamente se notó en los procesos judiciales, que a partir del año 1999 experimentaron un auge considerable, sino también en nuevos esfuerzos de solucionar el problema de los detenidos-desaparecidos, siendo la Mesa de Diálogo entre 1999 y 2000 la más importante. Por primera vez, los militares se comprometieron a ayudar en la búsqueda de los desaparecidos, y aunque los resultados expresados en el informe de las Fuerzas Armadas de enero de 2001, fueron “magros e insuficientes”⁴⁷, el tema de los desaparecidos se transformó –por algunas semanas– en

⁴³ Stephan Ruderer, “Pinochet - der Despot als Modell”, en Barbara Stollberg-Rilinger y André Krischer (eds.), *Tyrannen. Eine Geschichte von Caligula bis Putin*, München, Beck Verlag, 2022, p. 217.

⁴⁴ Para el caso de Augusto Pinochet, véase: Francisco Rojas y Carolina Stefoni (eds.), *El “Caso Pinochet”. Visiones hemisféricas de su detención en Londres*, Santiago, FLACSO-Chile, 2001, Madeleine Davis (ed.), *The Pinochet Case. Origins, Progress and Implications*, London, University of London Press, 2003.

⁴⁵ Juan Guzmán Tapia, *En el borde del mundo. Memorias del juez que procesó a Pinochet*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 136.

⁴⁶ David Pion-Berlin, “The Pinochet Case and Human Rights Progress in Chile: Was Europe a Catalyst, Cause or Inconsequential?”, en *Journal of Latin American Studies*, Vol. 36, 2004, pp. 479-505.

⁴⁷ El juicio de la comisión de Derechos Humanos del Senado, en Vicaría, *Informe semestral 1*, 2001, p. 10.

un núcleo fundamental del debate político⁴⁸. A partir de este momento, se puede distinguir una quinta etapa en el proceso de la Política del Pasado, que se caracteriza por nuevas iniciativas en cuanto a la búsqueda de la verdad (el informe Valech⁴⁹), de las reparaciones (la propuesta “No hay mañana sin ayer”⁵⁰), de actos simbólicos –como la apertura de la puerta de Morandé 80 por los 30 años del Golpe– y los avances en los procesos judiciales. Lo más importante de esta etapa es, probablemente, la comisión Valech, que –única en el mundo hasta ese momento– investigó los crímenes de tortura y pudo establecer más de 38 000 víctimas “oficiales” de tortura en Chile. Esta comisión significó un nuevo paso en las políticas del pasado, ya que en el debate público el Ejército reconoció, por primera vez, que las violaciones a los DD.HH. habrían sido una “política institucionalizada” durante la dictadura⁵¹. Esto significaba que los crímenes de la dictadura se habían integrado en el discurso de los victimarios y parecía existir, desde este momento, cierto consenso sobre los aspectos negativos de la dictadura en las narraciones de memoria sobre el pasado. Además, durante esta etapa, hay que constatar el caso del banco Riggs⁵², que demostró que Pinochet no era solamente un asesino, sino también un ladrón corrupto, lo que

le quitó mucho apoyo entre sus seguidores⁵³. En general, el Gobierno demostró una mayor disposición de acogida para proyectos de derechos humanos, lo que aumentó con el mandato de Michelle Bachelet, debido a que la presidenta tenía, por su experiencia personal, una cercanía con el sector de derechos humanos. Ahora bien, esta cercanía no se transformó en la elaboración de una estrategia de mediano o largo plazo de Política del Pasado. Las pautas en este campo se repitieron. Como le pasó a todos sus antecesores, el tema de las violaciones a los derechos humanos de la dictadura “irrumpió” en la agenda política, a pesar de no tener prioridad en el programa de Gobierno. Esta vez fue el Patio 29 y el escándalo de las identificaciones erróneas lo que tomó por sorpresa a la administración Bachelet en los primeros meses de su mandato⁵⁴. El cambio más evidente en el desarrollo de las Políticas del Pasado se notó en la reacción más rápida y “profunda” de la Presidenta. Esta vez sí se otorgó la importancia necesaria a este problema surgido por el pasado oscuro de Chile. Además, Bachelet marcó un nuevo discurso público con sus señales durante el entierro de Augusto Pinochet, a quien le negó un entierro de Estado– y con la inauguración del Museo de la Memoria en 2010, que se transformó, des-

⁴⁸ Ferrari, *El impacto... op., cit.*, p. 152.

⁴⁹ Este es el nombre de la segunda comisión de Verdad, que se llama así por su presidente, Mons. Sergio Valech.

⁵⁰ Así se llama el discurso que dio el presidente Ricardo Lagos para los 30 años del golpe, en el cual anunció, entre otras, nuevas medidas de reparación.

⁵¹ Stern y Winn, “El tortuoso camino”... *op., cit.*, p. 307.

⁵² Nombre del banco estadounidense donde Pinochet tenía, bajo varios nombres falsos, muchos millones de dólares, procedentes de cuentas del Estado chileno.

⁵³ Ruderer, *Vergangenheitspolitik... op., cit.*, p. 257.

⁵⁴ En el Patio 29 se habían exhumado restos de víctimas de la dictadura en el año 1991. Después de las identificaciones, se les entregaron estos restos a los familiares durante la segunda mitad de los años 90, a pesar de que el gobierno de Frei ya sabía en este momento de que había errores y dudas sobre las identificaciones. En el año 2006 se descubrió que casi todos estos restos fueron identificados de manera equivocada, por lo que las víctimas “desaparecieron” por segunda vez en plena democracia. Javiera Bustamante y Stephan Ruderer, *Patio 29. Tras la cruz de fierro*, Santiago, OchoLibros Editores, 2009.

de ese entonces, en un símbolo importante de los esfuerzos del Estado chileno de reconocer y recordar los horrores de su pasado con el afán de nunca más repetirlos⁵⁵. Sin embargo, los debates sobre este museo y el cuestionamiento desde la derecha política a su marco temporal (1973-1990) mostraron que todavía no existía/existe un consenso político-público que incluya una condena moral clara al pasado de la dictadura, a pesar de todos los pasos hacia esta dirección dados en los primeros veinte años desde el retorno de la democracia. Con el primer gobierno de Sebastián Piñera, se puede hablar de una nueva etapa que, probablemente, dura hasta la actualidad –o por lo menos hasta el estallido social–, donde en principio ya no se cuestiona la idea de tratar el pasado de la dictadura, pero donde tampoco se le da mucha importancia. De esta manera, sigue funcionando el Programa de Derechos Humanos del Ministerio del Interior, sigue abierto el Museo de la Memoria, y siguen muchos juicios contra los perpetradores de las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura, pero ya no con una connotación pública tan importante y, además, con algunos recortes de

recursos oficiales para estos programas⁵⁶. La ambivalencia del significado que había adquirido el pasado de la dictadura en Chile se demostró de manera muy clara en las conmemoraciones para los cuarenta años del Golpe. Fue muy llamativo que existieran dos ceremonias, una en el patio del Museo de la Memoria, donde habló Michelle Bachelet y otra en La Moneda, donde habló el presidente Sebastián Piñera, quien dejó en claro que las violaciones a las DD.HH. no se podían justificar, pero que también habló de una “responsabilidad compartida” por los crímenes de la dictadura. Esta idea demostró muy bien que en Chile seguía presente una “memoria híbrida”⁵⁷. Por un lado, ya casi nadie justifica ni niega las violaciones a los derechos humanos, pero por otro, sigue existiendo un discurso que responsabiliza también a la izquierda por la dictadura y que, al mismo tiempo, reconoce a esta dictadura también su “lado bueno” –lo que lleva a muchos políticos a defender medidas de la dictadura como el sistema educativo o de pensiones– con sus consecuencias para el estallido social de 2019. Esta memoria híbrida dejó la puerta abierta para una “contra-memoria” que, desde secto-

⁵⁵ Cath Collins y Katherine Hite, “Memories, Silences, and Re-awakenings”, en Cath Collins, Katherine Hite y Alfredo Joignant, *The Politics of Memory in Chile. From Pinochet to Bachelet*, Boulder, Colorado, Lienne Rynner, 2013, p. 155.

⁵⁶ El hecho de que a fines de 2022, numerosos políticos de la derecha negaran el presupuesto para el Museo de los Derechos Humanos correspondiente a 2023, muestra de que no se avanzó mucho hacia este consenso en la actualidad, ver Andrés Cárdenas, “Oficialismo cuestiona a la derecha por dejar sin presupuesto al INDH y al Museo de la Memoria: «Se están dejando llevar por posiciones extremas»” en *El Mostrador*, 17 de noviembre 2022, disponible en: <https://www.elmostrador.cl/destacado/2022/11/17/oficialismo-cuestiona-a-la-derecha-por-dejar-sin-presupuesto-al-indh-y-al-museo-de-la-memoria-se-esta-dejando-llevar-por-posiciones-extremas/> [fecha de consulta: 19 de enero 2023].

⁵⁷ Stephan Ruderer, “Hybride Erinnerung. Geschichtspolitik in Chile”, en: *Geschichte und Gesellschaft*, Vol. 36, N° 1, 2010, pp. 129-156.

res políticos de la derecha, trata de incluir valoraciones positivas de la dictadura o negar las dimensiones de los crímenes. De esta manera se explican los intentos de la UDI de liberar a los presos por violación a los derechos humanos durante la pandemia⁵⁸, algunas voces en los debates sobre el negacionismo⁵⁹ o el éxito relativo de José Antonio Kast en las últimas elecciones presidenciales⁶⁰. De todas maneras, a cincuenta años del Golpe, el pasado sigue presente en el Chile democrático, como igualmente sigue abierta la búsqueda de un consenso moral sobre la dictadura que incluya a todos los sectores políticos y sociales relevantes. En general, en Chile se está frente a una política de pasado y de memoria que muestra grandes avances – en el campo de las reparaciones, en la búsqueda de la verdad, también en el campo de la política simbólica y de memoria y, además, en el campo de la justicia, lo que explica los juicios positivos desde la academia

⁵⁸ El Mostrador, “Para Punta Peuco no alcanza: oposición introduce indicación a proyecto de indultos del Gobierno para que no beneficie a violadores de DDHH”, en *El Mostrador*, 26 de marzo 2020, disponible en: <https://www.elmostrador.cl/destacado/2020/03/26/para-punta-peuco-no-alcanza-oposicion-introduce-indicacion-a-proyecto-de-indultos-del-gobierno-para-que-no-beneficie-a-violadores-de-ddhh/> (fecha de consulta: 19 de enero 2023).

⁵⁹ El Mostrador, “Hermógenes Pérez de Arce es expulsado del matinal “Bienvenidos” por negar violaciones de DDHH en dictadura de Pinochet” en *El Mostrador*, 29 de noviembre 2019, disponible en: <https://www.elmostrador.cl/noticias/multimedia/2019/11/29/hermogenes-perez-de-arce-es-expulsado-del-matinal-bienvenidos-por-negar-violaciones-de-ddhh-en-dictadura-de-pinochet/> [fecha de consulta: 19 de enero 2023].

⁶⁰ El Mostrador, “Kast sale a aclarar dichos sobre dictadura de Pinochet: «Nunca he negado que se cometieron violaciones a los DD.HH.»”, en *El Mostrador*, 15 de noviembre 2021, disponible en: <https://www.elmostrador.cl/elecciones-2021/2021/11/15/kast-sale-a-aclarar-dichos-sobre-dictadura-de-pinochet-nunca-he-negado-que-se-cometieron-violaciones-a-los-dd-hh/> [fecha de consulta: 19 de enero 2023].

citados al principio. Aunque este campo, el de la justicia, también implica un juicio ambiguo, ya que el número de los victimarios que realmente está en la cárcel sigue siendo bastante bajo⁶¹. Y esto nos lleva a hacer un balance ambivalente: a pesar de los grandes avances, es sobre todo en el campo del discurso público donde en Chile se pueden constatar déficits, no en el sentido moral, sino frente a la meta de la democratización y de la instalación profunda en la sociedad de un “nunca más”. La represión del gobierno de Sebastián Piñera después del estallido social en 2019 y las masivas violaciones a los derechos humanos ocurridas en los últimos meses de ese año, demostraron en los hechos que la “no-repetición” de los crímenes de la dictadura está lejos de estar garantizada en la sociedad chilena actual. Además, todavía es posible hablar bien de la dictadura, lo que, en cierta manera y a pesar del reconocimiento general de los crímenes, relativiza estos crímenes y deja una memoria híbrida, que hace posible que la democracia en el campo del discurso público no se eleve lo suficiente por sobre la dictadura. La comparación con el caso de Alemania y el monumento al Holocausto en Berlín hace factible pensar en la posibilidad de construir un monumento a las víctimas de la dictadura en plena Plaza de Armas de Santiago, una idea cuya realización nos parece bastante lejana todavía.

⁶¹ Observatorio de Justicia Transicional UDP, *Principales hitos jurisprudenciales, judiciales y legislativos en causas de DDHH en Chile 1990-2023*, julio 2023, disponible en: <https://derechoshumanos.udp.cl/publicacion/principales-hitos-jurisprudenciales-judiciales-y-legislativos-en-causas-de-ddhh-en-chile1993-2023/> (fecha de consulta: 20 de enero 2023).

Factores relevantes para el juicio sobre las políticas del pasado y de memoria

Estas breves y necesariamente insuficientes descripciones del desarrollo de las políticas del pasado y de memoria en Alemania Federal y en Chile nos sirven, sin embargo, para rescatar algunos factores que nos parecen importantes al momento de entregar un juicio sobre las políticas del pasado en ambos países y que resaltan más en la comparación aquí propuesta.

Situación de transición

El primer factor se refiere a la situación de transición, al momento en que termina la dictadura: en Alemania estamos frente a un país ocupado y destruido, a un ejército vencido completamente y a una situación de *tabula rasa* en el ámbito político. Las primeras medidas de política del pasado se llevaron a cabo por los aliados que, por el hecho de ser los vencedores, pudieron implementar las medidas sin tomar en consideración la opinión de la población alemana y sin pensar ni siquiera en alguna oposición política a sus medidas. Esto, por un lado, hace mucho más fácil enfrentar el pasado, pero, por otro lado, puede generar, quizás, a mediano plazo cierta oposición en la población, ya que se percibe a las políticas de pasado como algo impuesto desde afuera. Es probable que en esta posible percepción se encuentre parte de las razones de por qué se dio la etapa de superación y silencio en los años de 1950. En Chile, al contrario, la dictadura terminó por un plebiscito, con un dictador que siguió siendo Comandante en Jefe del Ejército y se transformó en un político importante, con una oposición política fiel a la dictadura, con

una Constitución hecha por los militares y un sistema de elecciones binominal que favoreció a los partidos adeptos de la dictadura. Todos estos “enclaves autoritarios”⁶² hay que tomarlos en cuenta cuando se juzgan las políticas del pasado de los primeros gobiernos democráticos en Chile, ya que limitaron fuertemente el margen de maniobra de estos gobiernos. Un análisis detallado de la situación a principios de los años 90 nos muestra también que la política de Aylwin –en la “medida de lo posible”– se transformó en un buen pretexto para no enfrentar el pasado más allá de ciertos límites, sin haber tenido una planificación a mediano o largo plazo en el tema del enfrentamiento con el pasado traumático. Sin embargo, es importante tener en cuenta esta situación de transición restringida en Chile que es bien distinta también a la transición en Argentina, por ejemplo, y muy distinta a la de Alemania Federal.

Contexto internacional

El contexto internacional en el que se desarrollan las transiciones a la democracia constituye un segundo factor importante. En ambos casos hubo dos maneras en que el ambiente internacional impactó en el desarrollo de las políticas del pasado y de memoria. Por un lado, hubo acontecimientos puntuales que desde el exterior dieron un nuevo impulso a las maneras de ver y enfrentar el pasado. En Alemania, el juicio contra Adolf Eichmann en Israel desencadenó la iniciativa para los juicios de Auschwitz en 1963, que finalmente ayudaron a integrar al Holocausto en la memoria oficial. Un efecto

⁶²Manuel Garretón, *Hacia una nueva era política. Estudios sobre las democratizaciones*, México/Santiago, FCE, 1995.

incluso más profundo tuvo, probablemente, la teleserie *Holocausto*, hecha en Estados Unidos, para afectar las narraciones de memoria sobre el pasado alemán. En Chile, el acontecimiento central que desde el exterior provocó un giro fundamental en las políticas del pasado constituye, sin duda, el arresto de Augusto Pinochet en Londres. Sin este involucramiento internacional, la política del pasado y de memoria en Chile hubiera tomado un rumbo distinto. Por otro lado, el contexto internacional influyó a través de la generación de expectativas distintas hacia el enfrentamiento con un pasado dictatorial. En los años 50, era posible tratar de olvidar el pasado sin que esta actitud hubiera generado preguntas o demandas desde la comunidad internacional. Incluso en las décadas de 1970 y 1980, en España fue posible instaurar un “pacto de silencio” sobre el pasado de la dictadura franquista e igualmente ser aceptado por la Unión Europea como nuevo miembro⁶³. Este clima internacional cambió con la caída del muro de Berlín, el fin de la Guerra Fría y la “tercera ola de democratizaciones”⁶⁴, que incluyó no solo a las dictaduras de América Latina sino también a casi todos los países de Europa del Este. Desde ese momento, una democracia “verdadera” tenía que mostrar credenciales convincentes en el ámbito de las políticas del pasado y de memoria. Desde la comunidad

⁶³ Paloma Aguilar y Katherine Hite, “Historical Memory and Authoritarian Legacies in Processes of Political Change: Spain and Chile in Comparative Perspective”, en Paola Cesarini y Katherine Hite (eds.), *Authoritarian Legacies and Good Democracies*, Indiana, University of Notre Dame Press, 2004, pp. 191-231.

⁶⁴ Samuel Huntington, *The third wave: democratization in the late twentieth century*, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1991.

internacional y las sociedades democráticas se reclamaba por un camino para enfrentar el pasado e integrar la memoria de los crímenes cometidos en las narraciones oficiales, justamente como un elemento central que evitaba una repetición de estos crímenes. Es así que, desde los años 90 y hasta hoy, la presión internacional para que un país como Chile implemente medidas para enfrentar el pasado es mucho más grande que en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, algo que hay que considerar en este ejercicio de comparación.

El tiempo transcurrido

Un tercer factor a tomar en cuenta es el factor tiempo. A las voces que desde la década del 2000 hasta hoy se manifiestan con buenos argumentos, muy críticos con respecto a las políticas de pasado y de memoria en Chile, hay que recordarles el caso alemán –el supuesto “campeón del mundo” en estas políticas–, a quince o veinte años de la dictadura. A principio de 1960 en Alemania Federal, la política del pasado consistía en “superar” las medidas de los aliados, en reintegrar a los victimarios y, ojalá, no hablar mucho más del asunto. Esto cambió, lentamente, con los procesos de Auschwitz y con la generación del 68, pero veinte años después de la dictadura, Alemania seguramente no se hubiera ganado ningún campeonato mundial de enfrentar el pasado. El giro importante que ayudó a la sociedad alemana a asumir los crímenes horrendos de los nazis como una parte esencial de la memoria sobre el pasado, se llevó a cabo con el advenimiento de una nueva generación –a fines de los 60– que no ha vivido la dictadura y que demostró otras actitudes frente al pasado. En

este sentido, se puede encontrar una similitud con la actitud de los jóvenes manifestantes durante el estallido social que, por no haber vivido la dictadura chilena, no mostraron el miedo de sus padres frente a la represión estatal. Es razonable pensar que con el estallido estamos frente a una nueva etapa en las maneras de enfrentar el pasado de la dictadura. Pero ya en el año 2010, en Chile se habían implementado dos comisiones de verdad, muchos juicios, incluyendo juicios a Augusto Pinochet y Manuel Contreras, una alta cantidad de reparaciones y varios monumentos de memoria. El análisis concreto demuestra, entonces, que en el momento de emitir juicios sobre esta política, hay que prestar bastante atención al tiempo transcurrido después de la dictadura. Esto también deja abierta la esperanza de poder contar con un monumento a las víctimas de la dictadura en la Plaza de Armas en el año 2050, o sea sesenta años después del fin de la dictadura, que sería el mismo tiempo que se demoró la sociedad alemana en instalar el monumento al Holocausto. De igual manera, el factor tiempo es un recordatorio de que la preocupación de una sociedad por su pasado traumático constituye un tema dinámico, abierto, sujeto a cambios drásticos en la memoria oficial e imposible de “cerrar” definitivamente. La situación actual de Alemania, con un partido de extrema derecha bastante exitoso a nivel electoral, que está logrando desplazar los límites del discurso sobre el pasado, minimizando en algunos casos los crímenes de los nazis, nos recuerda que las “batallas por la memoria” no terminan nunca y que es muy importante establecer y mantener vivo un consenso democrático profundo en

una sociedad con un pasado dictatorial. En el momento en que la generación de los testigos oculares de los hechos traumáticos del pasado deja de existir, se vuelve más importante una memoria colectiva que incluya una real adhesión de todos los sectores políticos relevantes a un Nunca Más. Sin este consenso sobre el pasado, la democracia corre el peligro de sucumbir frente a embestidas populistas autoritarias.

El discurso público

Un cuarto y último factor, que es probablemente el más importante, es el discurso público, y es ahí donde se perciben las diferencias más grandes entre Chile y Alemania y el “déficit” más grande para Chile. Existen encuestas que demuestran que en Alemania, inmediatamente después de la guerra, y por lo menos hasta 1968, la opinión privada sobre Hitler y la época nazi aún era bastante positiva⁶⁵. Pero, y esto es importante, no se podía decir en público. Y ningún político importante de la época, aunque fuera tan conservador como Konrad Adenauer o Franz-Josef Strauss, iba a mencionar que Hitler también tenía sus cosas buenas. Estaba claro en el discurso público que había una diferencia abismal entre la nueva república democrática y el régimen de los nazis y estaba claro, por lo menos en público, el juicio ético sobre la dictadura. Esto no era y todavía no es así en Chile. Esta diferencia, obviamente, tiene mucho que ver con la situación de transición, pero también con el mercado de medios masivos en Chile y las políticas de los gobiernos democráticos acerca de estos me-

⁶⁵ Frei, *Vergangenheitspolitik...*, op. cit., p. 53.

dios masivos⁶⁶. Solamente un ejemplo, entre muchos otros, es el hecho de que todavía en el 2014, la UDI, el partido más votado de Chile en esta época, solicitó para el 10 de diciembre, día internacional de los Derechos Humanos y, casualmente, de la muerte del dictador chileno, un minuto de silencio en honor a Augusto Pinochet⁶⁷. Esto puede parecer una bagatela, pero, si un partido democrático hace honor a un dictador, no están claros los juicios éticos y se vuelve borrosa la frontera entre democracia y dictadura. Y esta frontera, muestra el caso alemán, es uno de los factores más importantes para la estabilidad y profundización de una democracia y, en este punto, los alemanes sí pueden, por lo menos hasta hace algunos años atrás, llamarse “campeones del mundo”.

Reflexión final

Tomando en cuenta el último punto sobre el discurso público acerca del pasado, nace una reflexión final a raíz de los cincuenta años del Golpe y de los acontecimientos políticos en Chile desde el estallido social. Como quedó demostrado en la comparación entre Alemania y Chile, en el tratamiento del pasado traumático no se puede sobreestimar la importancia de la memoria pública. En general, Chile tiene un buen balance comparativo con respecto a

la justicia transicional, la búsqueda de la verdad y a las reparaciones. Estos puntos respaldan los juicios positivos de la academia que se citaron al principio de este ensayo. Sin embargo, estas medidas no son, al parecer, las más significativas al momento de hacer memoria. Si pensamos en las razones del estallido social, el eslogan “No son 30 pesos, son 30 años” se refiere también –entre varias otras razones– al hecho de que no se logró tratar bien la herencia de la dictadura y que los gobiernos de la Concertación no hicieron lo suficiente para asumir y reparar el pasado de esta época. Este sentimiento se refleja justamente en el discurso público, en la memoria oficial sobre este pasado. Si todavía es posible referirse de manera positiva a la dictadura y si todavía hay políticos en puestos importantes que fueron colaboradores de ella, se genera un ambiente de rechazo y confusión acerca de la democracia actual. Y si a este rechazo a una democracia “semisoberana”⁶⁸ se agregan las desigualdades económicas, los abusos de grandes empresas y la distancia de muchos políticos con los problemas de la gente “normal” –como se dio en las semanas antes del 18 de octubre de 2019–, se crea el *cocktail* para un estallido. Pero la apertura del espacio público durante el estallido parece haber sido solamente un paréntesis. En los debates actuales por la conmemoración de los cincuenta años del golpe, al parecer, vuelve a predominar una memoria híbrida, donde muchas veces se mencionan lados “oscuros” y lados “luminosos” de la dictadura –como si las violaciones a los derechos

⁶⁶ Walter Krohne, *Las dos caras de la libertad de expresión en Chile (1990-2005)*, Santiago, Universidad Académica del Humanismo Cristiano, 2005.

⁶⁷ El Mostrador, “Parlamentarios de la UDI pidieron un minuto de silencio en el Congreso en honor a Pinochet”, en *El Mostrador*, 10 de diciembre de 2014, disponible en: <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2014/12/10/parlamentarios-de-la-udi-pidieron-un-minuto-de-silencio-en-el-congreso-en-honor-a-pinochet/> [fecha de consulta: 20 de enero 2023].

⁶⁸ Carlos Huneeus, *La democracia semisoberana. Chile después de Pinochet*, Santiago, Penguin Random House, 2014.

humanos y la política económica de la dictadura no hubieran estado estrechamente entrelazados-. Y este debate público hegemónico sobre el pasado, donde predomina la memoria híbrida y las voces de actores poco (auto)-críticos con lo sucedido, deja escaso espacio para las narraciones de las víctimas y sus familiares. La comprensión de esta situación ayuda, por ejemplo, a entender la reacción de las agrupaciones a los dichos del asesor presidencial para los cincuenta años, Patricio Fernández, -que no dijo nada que se hubiese podido leer como una relativización o negación de los crímenes de la dictadura-, pero cuyas palabras hicieron resurgir el miedo, en las personas más afectadas por el pasado, de verse marginalizados otra vez en las conmemoraciones actuales⁶⁹. La manera en cómo se recuerda un pasado traumático es decisiva para la imagen de cómo una sociedad ha tratado y ha enfrentado este pasado. Esta manera se refleja, en primera instancia, en el discurso oficial y en la memoria que se propaga desde los gobiernos. La condena moral a un pasado de dictadura no se puede considerar como una tarea de las agrupaciones de derechos humanos, de las víctimas o del ámbito cultural solamente. Lo que falta en Chile, todavía, es sacar la idea del “Nunca Más” y la condena absoluta y unívoca del golpe y la dictadura del clivaje político. Esta condena no impide una discusión sobre las razones del fracaso del gobierno de Salvador Allende, pero las voces, que desde la derecha

política y empresarial insisten en su derecho de discutir el pasado sin pedir perdón por su colaboración con la dictadura, no ayudan a la profundización de la democracia. Se necesita una diferenciación clara de los gobiernos democráticos y de todos los sectores políticos con respecto a la dictadura en el espacio público, no para “terminar” con los debates sobre el pasado, sino para usar esta memoria como fundamento democrático de un Nunca Más profundo, que va más allá de cualquier división política. La comparación con Alemania, el supuesto “campeón del mundo en las políticas del pasado”, deja ver que, a cincuenta años del golpe de Estado en Chile, la tarea de crear una memoria democrática consensuada acerca del pasado está vigente y es muy necesaria.

⁶⁹ Daniel Matamala, “Marcas bautismales”, en *La Tercera*, 08 de julio 2023, disponible en: <https://www.latercera.com/opinion/noticia/columna-de-daniel-matamala-marcas-bautismales/OEOAWKEHDNDWZJFDN6SIIZ7ZN4/> [fecha de consulta: 14 de julio 2023].